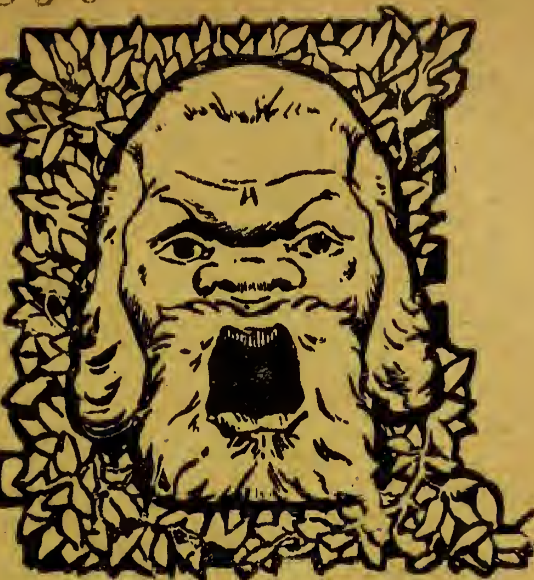
TEATRO

ANTIGUO

Y

MODERNO



E. IBSEN

BRAND

POEMA DRAMÁTICO EN CINCO ACTOS

UNA PESETA

BRAND

Tirada de diez ejemplares numerados sobre papel especial.

Teatro Antiguo y Moderno - Vol. X

E. IBSEN

BRAND

(FUEGO)

POEMA DRAMÁTICO EN CINCO ACTOS

VERSION CASTELLANA Y PRÓLOGO

DE

PEDRO PELLICENA



Libreria de Antonio López, editor.-Rambla del Centro, 20.—Barcelona : : : : : : : 1903

ADVERTENCIA

Las palabras noruegas *field*, *fiord y fiell* que se leen en este poema, no tienen traducción exacta en castellano.

Field, significa monte.

Fiord, lago de mar rodeado de rocas, bahía, etc.

Fiell, población, cabaña, etc.

Imprenta de F. Badía, Dou 14, Barcelona.

A MANERA DE PRÓLOGO.

Lector:

Tienes el privilegio de ser crítico. Tu juicio favorable rinde provecho y fama al autor que te entrega un libro sin esfoliar como un problema que resolver. Pero has de ser imparcial. No han de ganarte ni prejuicios de secta ni preferencias de raza.

Te presento el drama de un hijo del Norte. Para él, creador gigantesco, te pido respeto; para mí, traductor humilde, indulgencia.

Las obras de Ibsen *pueden* discutirse pero *deben* admirarse.

Sus dramas son templos, en que, oficiando como sacerdote el Genio, consagra la hostia pura del arte, en los altares de la Belleza.

Entra, pues, respectuosamente con el sombrero en la mano, bajo la bóveda de los actos grandiosos, junto á las columnas de las escenas esculpidas y á los arcos de los carácteres cincelados.

BRAND, (1) inflexible y ríjido como un Torquemada, te hablará de los deberes de la Humanidad para con su Dios, y recordando la trajedia del Calvario, te incitará á seguir los ejemplos del Impecable que murió en la cruz. Tiene algo de Cristo pero no del Cristo que extendió sus brazos para que los clavasen en el madero infamante, sino del Cristo que encendido en justa cólera, arrojó del templo á los mercaderes.

(1) En lengua noruega BRAND significa fuego.

Con sus arrestos de inquisidor y con sus impulsos de fanatismo, es algo más que un Torquemada; también corre por sus venas sangre de Nazarín (1).

Enemigo de prejuicios y contrario de ideas y doctrinas rutinarias, se declara panteista, defiende la existencia de una materia única en la cual se funde todo y que todo lo verifica, ser misterioso y supremo en donde todo muere y del que todo nace. Ese es su Dios. Un Dios fuerte, vigoroso y creador, no un Dios niño como el Jesús de los católicos, ni un Dios viejo, de barba blanca y de cabellos canos como el Padre Eterno de los protestantes. Por él niega la absolución á su madre, ave de rapiña que aun moribunda, aferràbase con sus garras á los tesoros de la tierra; por él sacrifica la vida de su hijo, flor delicada que necesitaba para vivir de los rayos de un sol y de las caricias de un aire tibio; por él, se mantuvo inflexible con su esposa, madre que lloraba la pérdida de su hijo, y consintió en arrancarle la existencia con los girones del ídolo filial, para que no prevaricara, *despuês de haber visto á Jehovah;* por él, sufrió insultos sin cuento, la derrota sin gloria, la pedrea infamante y la muerte sobre la nieve, cumpliendo en sí, aquella terrible y grandiosa máxima, con que tantas veces hizo temblar al pueblo débil que vacilaba ante el sacrificio: *O todo ó nada.*

Brand, arrebatado por el alud que provocó la imprudencia de una loca, brazo de un Ser impenetrable, herido de muerte por la muchedumbre indócil que le apedreó después de haberle aclamado; que tuvo su Domingo de Ramos, en su efímera victoria, sobre el espíritu de flaqueza y de cobardía que anidaba en aquellas almas; y que tuvo su Calvario cuando ascendió á la meseta nevada, temiendo que no hubiese sido estéril su

---

(1) Refiérese el traductor al drama de Victor Hugo y á la novela de Pérez Galdós.

sacrificio, preguntó si bastaba toda la voluntad de un hombre para comprar un átomo solo de salvación. Y una voz, voz de lo alto que proclamaba la verdad á la hora de la muerte, dominando el estruendo que ensordece de las nieves que se derrumban y de los vientos que silban, le contesta: «Dios es caridad». Respuesta consoladora en que se condensa el pensamiento de Ibsen, y que permite respirar al pecho angustiado por la moral estrecha, la doctrina inflexible, y la voluntad indomable, del sacerdote de fuego, de *Brand*.

Lector: nada más quiero decirte del drama que vas á leer. Tu juzgarás con tu buen criterio, de él. Pero sí, quiero advertirte, que cuando leas escenas nebulosas y frases cuyo sentido se oculta á tu juicio, hombre del Mediodía que te criaste entre luz, que naciste bajo los rayos de un sol siempre ardiente, recuerdes que estás ante un hijo del Norte, donde imperan las largas y sombrías noches invernales, donde la niebla lo envuelve todo, desde el pensamiento que se encumbra, hasta el gusano que se arrastra.

Creyente ó ateo, católico ó panteista, judío ó mahometano, lector te entrego un libro. En sus páginas hallarás hombres que luchan y mujeres que lloran, ánimos esforzados y espíritus débiles, cerebros en que la rutina abrió surcos indelebles y, cráneos que se entregan al arado de ideas nuevas y redentoras, en una palabra, la vida eterna, libro en que todo se escribe y del que nada se borra.

PEDRO PELLICENA.

Madrid 6 de Octubre de 1903.

INTERLOCUTORES

Brand.
Su madre.
Eynar, pintor.
Inés.
El baile.
El médico.
El dean.
El sacristán.
El maestro de escuela.
Gerd.
Un campesino.
Un adolescente, hijo del anterior.
Otro Campesino.
Una mujer.
Otra mujer.
Un escribano público.
Sacerdotes y empleados.
Pueblo, hombres, mujeres y niños.
El tentador del desierto.
Coro invisible.
Una voz.

La acción se desarrolla en nuestros días, ya en un punto ya en otro de las playas de un fiord, *en un distrito de la Noruega Occidental.*



ACTO PRIMERO

Elevada meseta cubierta de nieve. Neblina espesa. Llueve. La escena está casi á oscuras.

BRAND vestido de negro, con un bastón en la mano, y unas alforjas á la espalda, camina penosamente hacia el Oeste. Le siguen á algúna distancia, UN CAMPESINO Y SU HIJO.

Campesino.—¡Eh, extranjero! ¡No tan aprisa! ¡Donde estás!

Brand.—Aquí.

Campesino.—*(Gritando)* ¡Que pierdes el camino! La niebla se hace cada vez más espesa. Apenas se ve el extremo de su bastón.

El hijo.—¡Padre! Aquí hay una hendidura.

Campesino.—Y aquí una grieta.

Brand.—Y yo nada veo del camino.

Campesino.—*(Gritando)* ¡Detente! ¡Que Dios nos ayude! ¡Cuidado con la nieve! Su corteza es tan delgada como una hoja.

Brand —*(Escuchando)* Oigo el ruido de un torrente.

Campesino.—Hay un arroyo bajo la nieve, y mas allá un abismo sin fondo en el que nos despeñaremos.

BRAND.—Y sin embargo, lo repito: debo continuar hacia adelante.

CAMPESINO.—No es posible. Espera: la nieve cruje; está socavada. ¡Detente! Expones tu vida.

BRAND.—Es preciso. Obedezco al maestro que me envia.

CAMPESINO.—¿Como se llama tu maestro?

BRAND.—Se llama Dios.

CAMPESINO.—Y tú, ¿quien eres?

BRAND.—Un sacerdote.

CAMPESINO.—Puede ser. Pero te aseguro que aunque fueras dean ú obispo, morirías antes de que amaneciera si continuabas caminando sobre la nieve socavada por un torrente. *(Se acerca lentamente á Brand y le dice en tono persuasivo)*. Ni un sabio ni un héroe pueden hacer imposibles. Retrocede, pues. No seas tan inflexible, tan testarudo. Solo tenemos una vida. ¿No es verdad? ¿Qué quieres que hagamos si la perdemos? Hay una legua desde aquí hasta el poblado más próximo, y la neblina es tan espesa que puede cortarse con un cuchillo.

BRAND.—La neblina espesa nos proteje contra los fuegos fatuos.

CAMPESINO.—Pero, ¡oye! Por todas partes al rededor de nosotros, existen pantanos bajo el hielo. Y no hay nada tan traidor como esos pantanos.

BRAND.—Los atravesaremos.

CAMPESINO.—¿Vas á hacernos andar por encima de las aguas? ¡Adelante, pues! Pero tú prometes más de lo que puedes dar.

BRAND.—La verdadera fé nos permite andar por encima de las aguas. Hubo *uno* que así se lo demostró á los hombres.

CAMPESINO.—Eso ocurria en el tiempo antiguo. Hoy se hubiera ido á fondo.

BRAND.—¡Adios! *(Quiere avanzar).*
CAMPESINO.—Expones la vida!
BRAND.—Si el Señor necesita mi muerte, benditos sean los pantanos, los torrentes y los abismos.
CAMPESINO.—*(En voz baja á su hijo).* No. Es un loco, un rabioso.
EL HIJO —*(Casi llorando).* Padre, vayámonos. Ya ves que la lluvia aumenta y que el tiempo cada vez está peor.
BRAND.—*(Deteniéndose de pronto y acercándose al campesino).* Escúchame, campesino. Me dijiste hace poco que tu hija que vive en los bordes del *fiord*, se está muriendo. Así te lo ha participado y no morirá con tranquilidad sino te vé antes. ¿No es verdad?
CAMPESINO.—Sí; tan cierto como Dios me oye.
BRAND.—Te ha señalado un plazo que concluye hoy.
CAMPESINO —Sí.
BRAND.—¿Puedes perder un día?
CAMPESINO.—No.
BRAND.—Pues entonces ¡ven!
CAMPESINO.—No es posible. Retrocede.
BRAND.—*(Mirándole fijamente).* Oye. ¿Darías cien escudos por la salvación de tu hija?
CAMPESINO —Sí, padre.
BRAND.—Y doscientos escudos ¿los darías?
CAMPESINO.—Sacrificaría con gusto mi casa y mi ganado para que ella muriera con tranquilidad
BRAND —Y tu vida ¿la sacrificarías?
CAMPESINO —¡Qué! ¿Mi vida?
BRAND.—Sí.
CAMPESINO.—*(Rascándose la oreja).* A fé mía que todo tiene su límite! ¡Por Nuestro Señor Jesucristo acuérdate que tengo mujer é hijos!

Brand.—El que acabas de nombrar tenía una madre.

Campesino.—Pero eso ocurría, en tiempos que ya han pasado. Entonces se realizaban milagros y ahora no.

Brand.—Vuelve en tí. Tu vida es el camino de la muerte. Tu no escuchas á Dios, y Dios no te escucha á tí.

Campesino.—¡Oh! ¡Que inflexible eres!

El hijo.—*(Tirándole de la manga)*. Vayámonos.

Campesino.—Sí. Pero es preciso que él venga con nosotros.

Brand.—¿Yo?

Campesino.—Sí, tú. Si permaneces en este sitio se sabrá que hemos salido juntos; no podré negarlo y me acusarán de tu muerte. Si te ahogan las aguas, no quiero que me ahoguen los hierros.

Brand.—Sufrirás por la causa del Señor.

Campesino.—¡Qué me importan ni su causa ni la tuya! Demasiado tengo en que ocuparme. Ven, pues.

Brand.—Adiós! *(Se oye un ruido confuso á lo lejos)*.

El hijo.—*(Gritando)*. Un alud.

Brand.—*(Al campesino que lo coje por la esclavina)*. ¡Déjame!

Campesino.—No.

Brand.—Que me dejes, te digo.

El hijo.—Ven con nosotros.

Campesino.—¿No? Que el diablo me lleve. *(Luchando con Brand)*.

Brand.—*(Soltándose y haciendo caer al campesino sobre la nieve)*. Vive seguro de que lo hará algún día. *(Se aleja)*.

Campesino.—*(Frotándose el brazo, sin levantarse)*. ¡Ah! ¡Que rudo es! Y á esto llama traba-

jar por el Señor. ¡Eh, sacerdote! *(Levantándose).*

El hijo.—Camina hacia la cumbre.

Campesino.—Sí, aun le veo. *(Le llama de nuevo).* ¡Oye! ¿Te acuerdas hacia que sitio perdimos el camino?

Brand.—*(Oculto por la niebla).* No tienes más que fijarte en las señales de las encrucijadas: tú, caminas siempre por los grandes senderos.

Campesino.—¡Quiera Dios que sea verdad! Al menos podría calentarme esta noche junto al fuego! *(Márchase hacia el Este con su hijo).*

Brand.—*(Volviendo á cruzar la escena por un punto mas elevado, y escuchando hacia el sitio por donde partieron).* Intentan volver á su casa. ¡Ah! miserable esclavo! Si te restase un átomo de voluntad, si no te faltase más que el vigor, ¡de que modo aliviaría tu marcha! Con que placer te cargaría sobre mis espaldas, aunque me rindiese la fatiga, aunque tuviera los piés ensangrentados. Pero, ¿qué hacer por un hombre que no quiere cuando no puede? *(Dá algunos pasos hacia adelante).* ¡Ah! ¡La vida!... ¡La vida!... ¡De que modo encadena á este buen pueblo! Todo ser enfermizo, se aferra á la existencia, como si la salvación del mundo y de las almas, reposara sobre sus miserables espaldas. Pueden pedírsele sacrificios. Sí, pero ¿su vida? ¿su vida? Cuando se trata de ella, son avaros. *(Parece sonreir ante un recuerdo lejano).* Cuando era niño, dos ideas se me ocurrian á menudo, que me obligaban á reir, aunque corriese el peligro de ser asotado si la anciana maestra de escuela estaba de mal humor. Me imaginaba un buho que tuviese miedo de las tinieblas y un pez hidrófobo. Me era imposible alejar estos pensamientos.

Tenían garras y uñas y se aferraban á su presa. ¿De donde provenia que me riera tanto? Es que veía confusamente un divorcio entre lo que es y lo que debería ser, entre lo que nos doblega bajo una carga y lo que nos la hace más pesada. Débil ó fuerte, cada hombre de mi país es uno de estos buhos, uno de estos peces. Creado para las profundidades, debería vivir en la noche de la existencia, y eso es lo que le espanta. Se agita ansiosamente para llegar á la playa, ó bien, transido de miedo, ahogándose bajo la bóveda estrellada, pide aire y quiere ver el resplandor del día. *(Detiénese un momento, se extremece y escucha)* ¿Que es esto? Me parece que es un canto. Sí, un canto y risas. Silencio. Un ¡viva! dos, tres, cuatro, cinco, y he aquí al sol que aparece. La niebla se disipa. Percibo la llanura á lo lejos, y allá arriba en la cumbre, bajo los rayos primeros del sol se detiene un grupo alegre. Sus sombras se prolongan hasta Occidente Hablan y cambian apretones de manos. Ahora se separan. Todos se alejan hacia el Este, excepto dos que caminan en otra dirección. Ya agitan sus sombreros y sus velos, y con sus manos, hacen señales de despedida. *(El sol se eleva más y más, la niebla se disipa. Brand se detiene un momento y contempla una pareja que se aproxima).* Resplandece la luz á su alrededor. Diríase que la neblina huye á su aproximación, que la llanura y el ribazo se engalanan con sus arbustos, que el cielo les sonrie. Son sin duda, un hermano y una hermana. Apretándose las manos corren por la llanura. La jóven apenas toca el suelo. El jóven tiene una figura esbelta. ¡Ah! Ella se le escapa, se echa á un lado. El quiere co-

gerla. Corren, y su carrera se convierte en juego y sus risas terminan en canto.

(Eynar é Inés, en ligeros trajes de viaje, atraviesan la meseta y se aproximan jugando, con los rostros encendidos, sofocados por la carrera. La niebla se ha disipado por completo. Un hermoso día de verano ilumina la meseta con sus primeros rayos).

EINAR. Inés, linda mariposa,
quiero apresar tus encantos
con una red cariñosa:
con las mallas de mis cantos.

INÉS. Si soy mariposa pequeña y traviesa,
libar quiero, el néctar que brinda la flor.
Tú, joven alegre, si buscas un juego,
tras mí correr puedes, pero asirme, nó.

EYNAR. Inés, bella mariposa,
mi red dispuesta ya está,
y aunque huyas presurosa,
mi red te aprisionará.

INÉS. Mariposa bella, de color brillante,
por alegres cielos ansío volar.
Si prenderme quieres con tu redecilla
mis frágiles alas no debes tocar.

EYNAR. No; que con dulzura te asirá mi mano,
para colocarte junto al corazón,
y allí podrás libre, jugar para siempre,
los juegos hermosos que enseña el amor.

(Se acercan, sin apercibirse, al borde de un precipicio).

BRAND.—*(Les grita).* ¡Atrás! Ante vosotros hay un precipicio.

EYNAR.—¿De donde sale esta voz?

INÉS.—*(Señalando á Brand).* Mírale.

BRAND.—Tened cuidado! Aun es tiempo. Estais sobre un lienzo de hielo socavado y pendiente sobre un abismo.

EYNAR.—*(Pasa el brazo alrededor del talle de Inés y responde riéndose).* Despreciamos el peligro.

INÉS.—Tenemos por nuestra toda la vida para jugar juntos.

EYNAR.—Y al sol, para que alumbre nuestro viaje que tal vez dure cien años.

BRAND.—¡Cien años hacia el abismo! ¿No es eso?

INÉS.—*(Agitando su velo).* No. Hacia el cielo azul, á donde llegaremos jugando.

EYNAR.—Después de una fiesta de cien años, encendiendo las antorchas nupciales cada noche, una vida, un siglo de unión.

BRAND.—Y ¿después?

EYNAR.—Y ¿después? El regreso al cielo.

BRAND.—¡Ah! Entonces, ¿es del cielo de donde venís?

EYNAR.—¡Claro está! ¿De donde, sino, podríamos venir?

INÉS.—En este momento, la verdad es que venimos del valle que se extiende más allá del *fiell*.

BRAND.—Me parece haberos visto á lo lejos. Estabais á la orilla del torrente.

EYNAR.—Sí, allí fué en donde nos separamos de nuestros amigos, después de muchos apretones de manos, abrazos y besos. De este modo se sellan los buenos recuerdos. Desciende hasta nosotros. Te lo contaré todo. Verás que Dios ha sido generoso con nosotros y comprenderás nuestra alegría. Ven ya. Estás ahí como un pedazo de hielo. Muévete. ¡Deshiélate! En buen hora. Ante todo, soy pintor, y ya por esto debo agradecerle á Dios que haya dado alas á mis pensamientos, para que, de mis colores, haga surgir la vida como él hace salir la mariposa de la oruga. Pero el más espléndido de sus presentes, ha sido Inés, mi desposada. Llegué del Mediodia, despues de

grandes viajes, con mi caja de colores á la espalda...

INÉS.—*(Con entusiasmo)*. Y alegre como un rey; indiferente, sabiendo más de mil canciones!

EYNAR.—Cuando atravesé el país, hallábase recorriendolo ella. Vino á beber el aire del *fiell*, el sol, el rocío, y la brisa que corre bajo los abetos. A mí, una voluntad divina me impulsaba hacia las alturas. Una voz interior me decía: Vé á buscar la fuente de la belleza entre los abetos y los arbustos, donde el arroyo se desliza entre bosques, donde los nubarrones vuelan bajo la bóveda del cielo! Entonces pinté mi cuadro más hermoso, con rosas sobre sus mejillas, un rayo de placer en sus ojos, y en su boca, una sonrisa que hace cantar al alma.

INÉS.—¿Viste solamente lo que pintabas? Con los ojos cerrados vaciaste la copa de la vida á grandes sorbos. Después, en un hermoso día de verano, te ví de nuevo, apoyándote en el bastón, y llevando á cuestas tu equipaje.

EYNAR.—Y de pronto se me ocurrió una idea: ¡te has olvidado de pedir su mano! ¡Viva! ¡Pronto! ¡La Petición! La respuesta estaba preparada. Al momento se arregló todo, se puso en claro, y nuestro anciano médico no sabiendo como testimoniar su alegría, nos ha obsequiado con tres días de fiestas. Como invitados asistieron el sacerdote, el baile, el alcalde, el regidor y toda la juventud de los alrededores. Nos hemos puesto en camino esta noche última, pero la fiesta no ha terminado así. Con una bandera al frente, guirnaldas de follaje en nuestros sombreros, todos nos han seguido, de colina en colina.

Inés —Y bien de dos en dos, bien en grupos, han bailado mientras atravesaban la pradera.

Eynar.—El vino dulce en copa de plata...

Inés.—Resonando las canciones de la noche de verano...

Eynar.—Y desvaneciéndose ante nosotros la neblina del norte.

Brand.—Y ahora, ¿á donde vais?

Eynar.—Hacia la ciudad.

Inès.—En donde habito.

Eynar —Solo nos falta atravesar una cumbre para llegar al *fiord*. Al Este en la bahía, encontraremos un caballo de Agir (1) con su penacho de vapor. Nos conducirá á nuestra casa, en donde nos espera el gozar de nuestra boda Después, dirigiremos nuestro vuelo hacia el Sur, semejantes á dos cisnes que juntos se alejan.

Brand —Y ¿después?

Eynar.—Una vida de placer y de alegría, grande como un sueño, bella como una leyenda. Ten entendido que en una hermosa mañana de domingo, sin sacerdote, en medio del campo, nuestra vida recibió la bendición y los votos. que la auguraban una paz sin dolor, y se la consagró para la fiesta eterna.

Brand.—¿Por quién?

Eynar.—Por la compañía alegre. Al son de las copas que entre sí chocaban, lanzó su anatema sobre toda nube que amenazara nuestra suave cuna de amor. Desterró de su lengua, las palabras terribles que hablan de rayos y de tormentas, y, coronada de verdor, nos ha desposado, á nosotros, verdaderos hijos de la alegría, que desafia-

---

(1) Agir: el Neptuno de la Mitología escandivava.

mos el invierno y la escarcha.

BRAND.—¡Adiós, á vosotros dos! *(Quiere reanudar su marcha.)*

EYNAR.—*(Hace un movimiento y examina á Brand con más atención.)* Espera un poco. Me parece reconocerte.

BRAND.—Para vosotros soy desconocido.

EYNAR.—Y sin embargo, no sé si en casa, no sé si en la escuela, pero creo acordarme...

BRAND.—En la escuela, sí; en aquel tiempo, éramos amigos. Yo era un niño. Ahora soy un hombre.

EYNAR.—¡No es posible!... ¡Usted no es!... *(Gritando)* ¡Brand!... Pero sí, tú eres. Al fin te reconozco.

BRAND.—Yo enseguida te hé conocido.

EYNAR.—Cuanto me alegro de volverte á ver Mírame. Sigues siendo el mismo, siempre reconcentradó en tí, huyendo de la compañia alegre de tus compañeros, ocultándote á nuestros ojos.

BRAND.—Era un extranjero entre vosotros. A ti, sin embargo, creo que te amaba. Pero todos vosotros los que venís del Sur, tenéis una constitución diferente de mí, nacido en esta costa, á la sombra de una roca árida.

EYNAR.—Es verdad. Me acuerdo. Tú eres de este distrito.

BRAND.—Sí, y mi destino me conduce por aquí.

EYNAR.—¿Vas más lejos?

BRAND.—Sí, voy más lejos. Atravieso mi país á la carrera.

EYNAR.—¿No eres sacerdote?

BRAND.—*(Sonriendo.)* Pastor suplente. Como una liebre en los bosques, tengo mi albergue ya en un sitio, ya en otro.

EYNAR.—Y ahora, ¿á dónde vas?

BRAND.—*(Bruscamente.)* No me lo preguntes.

EYNAR.—¿Por qué?

BRAND.—*(Cambiando de tono.)* Pues bien, sí! El barco que os espera a los dos, debe conducirme á mi también.

EYNAR.—¿Mi caballo nupcial? ¡Viva! ¿Oyes, Inés? Viene con nosotros.

BRAND.—Sí, pero yo voy á unos funerales.

INÉS—¿A unos funerales?

EYNAR.—Y, ¿á quién se ha de enterrar?

BRAND.—A ese Dios que tú acabas de llamar tu Dios.

INÉS—*(Apartándose.)* Ven, Eynar.

EYNAR.—¡Brand!

BRAND.—El Dios de los esclavos, de los siervos que gimen en la servidumbre. Se le arrollará en su sudario, se le encerrará en su ataud, en medio del día. Es preciso que esto termine. Comprendedlo vosotros: hace siglos que agoniza.

EYNAR.—Estás enfermo, Brand.

BRAND—Me encuentro como el pino de las montañas, como el abeto de las praderas, lleno de vigor y de salud. El enfermo es el siglo, es la raza actual á la que se trata de salvar ¡Ah! Vosotros no pensáis más que en placeres y en fiestas amorosas Vosotros queréis creer un poco, pero sin fijaros mucho, y hacéis cargar todo el peso sobre aquel que se encargó de la expiación. Ya que él se dejó coronar de espinas por vosotros, no tenéis nada más que hacer sino bailar á vuestra conveniencia. Pero otra cosa, amigos míos, es saber á dónde os conduce este baile.

EYNAR.—¡Ah! Ya comprendo. Es una nueva cantinela puesta en boga ahora en todo el país. Tú perteneces á la nueva generación para la cual la vida no es más que polvo y vanidad, y que quiere, blandiendo las an-

torchas del infierno, precipitar al mundo en un saco de ceniza.

BRAND —Te equivocas. No soy un predicador del camino de la verdad. No hablo como servidor de la Iglesia. Apenas sé si soy cristiano. Pero sé que soy hombre y sé también lo que debilita la médula de nuestro país.

EYNAR.—(*Sonriendo*) Tienes razón. Esto es nuevo ¡Nuestra hermosa tierra acusada de anegarse en el placer y de vivir con exceso!

BRAND.—No, por cierto. La alegría no sale de nosotros. ¡Pluguiera al cielo que fuese así! Ya veo que tú eres esclavo del placer. Pero es preciso serlo todos los días de la vida, no hoy sí y mañana no. Sé lo que quieras, pero por completo, no á medias. La bacante es ideal, pero el borracho es innoble. Sileno; he ahí el arte: un hombre empapado en vino. Recorre el país, pregunta á sus habitantes y verás que cada uno de ellos está dispuesto á ser un poco de todo. Posee un poco de seriedad para engalanarse el domingo, un poco de buena fe para ser como sus padres, un poco de embriaguez á la salida de los banquetes, (porque sus padres hicieron otro tanto), un poco de entusiasmo cuando se celebra una fiesta y cuando canta este valiente pueblecito que vive sobre las rocas, resistente como ellas y que nunca ha sufrido el yugo ni el látigo, un poco de ligereza para prometer, un poco de tacañería para cumplir, á sangre fría, una palabra dada después de beber y que se discute cuando pasa la embriaguez. Pero, lo repito, posee todo esto pero en cantidades pequeñísimas. Sus virtudes y sus vicios no son decididos. En lo grande como en lo pequeño, lo forman porciones; porciones de bien y porciones de mal; pero lo peor

de todo, es que cada porción puede destruir á todas las demás.

EYNAR.—La burla es fácil, pero á mí me parece más hermosa la indulgencia.

BRAND.—Tal vez, pero menos sana.

EYNAR —¡Bueno! Pasen nuestros pecados nacionales. ¡Tienes razón! Pero, ¿qué relación tienen ellos con ese Dios que continúa siendo el mismo y qus tu quieres, tú, encerrarlo en su tumba?

BRAND.—Alegre amigo. Tú eres pintor. Enséñame pues, cual es ese Dios de que tú me hablas. Me han dicho que lo pintaste para edificación del pueblo creyente, y que tu cuadro es admirable. Veamos. Es viejo, ¿no es verdad?

EYNAR.—Sí.

BRAND —Claro está. Sus pelos son grises y pocos, como los tienen los viejos; su barba es de plata ó de hielo, como quieras. ¿Tiene aspecto bondadoso, lo bastante severo sin embargo para hacer llorar á los niños cuando se les acuesta? ¿Haces que lleve zapatillas? Poco importa. Pero lo que yo creo que le sentaría bien, serían unos lentes y un pequeño gorrito.

EYNAR.—*(Irritado.)* ¿Qué quieres decir?

BRAND.—No bromeo. Así es nuestro Dios de familia, el Dios de nuestro país que nuestro pueblo adora. Si los católicos representan en un niño al Héroe Redentor, vosotros lo representais en un viejo impotente, dispuesto á convertirse en niño. Si de todo el dominio de S. Pedro, lo que le resta al Papa es una doble llave, no encerreis en el recinto de una iglesia, el reino de Dios que abarca de polo á polo. Separáis la vida de la fe y de la doctrina. Ninguno de vosotros piensa en *ser*. Vuestros esfuerzos, vuestras

ideas, tienden á elevar los corazones, pero no á vivir una vida plena y perfecta. Para tropezar eomo lo hacéis, necesitais de un Dios que os mire por entre los dedos, de un Dios calvo y canoso como vuestra misma raza. ¿No convendría pintarle con gorro? Pues bien, no. Dios no es así. Mi Dios es tempestad; el tuyo solo es viento; es inflexible, el tuyo es sordo; es todo amor, el tuyo es bonachón. Es jóven como Hércules, no es, nó, tu Dios bisabuelo. En el Horeb, entre el zarzal ardiendo, el rayo acompaña á su voz cuando, parecido á un gigante armado que espanta á un enano, surgió ante Moisés. En el valle de Gabaón, detiene el sol. Hacía milagres sin cuento, y los haría aún, si la raza toda, no estuviera degenerada como tú.

EYNAR.—*(Con sonrisa forzada)* Se trata, pues, de transformar la raza?

BRAND.—Se la transformará Mi misión en este mundo es limpiarla de sus vicios y de su podredumbre.

EYNAR.—*(Moviendo la cabeza.)* No apagues el rescoldo que aún humea, pues hasta su olor nos puede guiar. Aunque las palabras antiguas estén demasiado usadas, no las quites de nuestra lengua, sin haber creado otras.

BRAND.—No ambiciono nada nuevo. Son los derechos del Eterno los que yo reclamo. No trabajo en pro de una iglesia ni de un dogma ¿No tuvieron su aurora? Pues, ¿por qué no han de tener su ocaso? El orden universal exige que haya sitio para las nuevas formas que aún han de nacer .. Lo que no perece nunca es el espíritu increado, es el alma incierta al principio del tiempo, formada ya en el nacimiento primaveral

del mundo; el alma que, con audacia y fe viriles ha constituído un arco que va desde la materia hasta la fuente del ser. Con la idea que de Dios ha formado la raza humana, se ha dividido esta alma en pequeñas porciones que se debilitan en detalle. Pero dé esta mutilación, de estos pedazos de alma, de estos miembros sueltos, esparcidos, es preciso que surja un todo, á fin de que el Señor encuentre al hombre que ha creado; á la más grande de sus obras, á Adán, al primer nacido, jóven y lleno de vigor.

EYNAR.—*(Interrumpiéndole.)* ¡Adiós! Creo que es mejor que nos separemos aquí.

BRAND.—Si os dirigís hacia el Oeste, yo me encaminaré hacia el Norte. Dos caminos, igualmente largos, conducen al *fiord*, ¡Adiós!

EYNAR.—¡Adiós!

BRAND.—*(Volviéndose al tiempo de bajar por el sendero.)* Separa la luz de las sombras, pintor, y acuérdate de que la vida también es un arte.

EYNAR.—*(Haciendo ademán de alejarse.)* ¡Vé! Vuelve el mundo al revés. Yo permaneceré fiel á mi Dios

BRAND.—Píntale, pues, con muletas. Yo voy á encerrarle en la tumba. *(Se aleja. Eynar da algunos pasos en silencio. Brand le sigue con la mirada.)*

INÉS.—*(Que parece abstraída, se extremece de pronto, mira á su alrededor y pregunta:)* ¿Se ha puesto el sol?

EYNAR.—No; solo era una nube. Ya ha pasado.

INÉS.—¡Qué frío el viento del Norte!

EYNAR.—Es una ráfaga helada que nos envía el ventisquero. Descendamos por aquí.

INÉS.—Antes no me había fijado en la montaña tan negra que nos separa del Sur.

EYNAR.—No te fijaste en ella mientras duraron nuestros cantos y juegos, antes de que él te asustará gritando. Que suba su cuesta árida y volvamos nosotros á nuestros juegos.

INÉS.—No. no, ahora no; estoy cansada.

EYNAR.—Es verdad, también yo lo estoy; y además, el camino es fatigoso. No es como el de la pradera, pero en la falda de la montaña, te prometo que bailaremos, y con más fuerza aun, mil veces más locamente que nunca. Mira, Inés, mira esta franja azul que se extiende hasta el sol. Mírala como se alegra, mírala como sonrie. Mira ese reflejo de plata y este hermoso rayo de ámbar. Es el mar, el mar fresco y grande que creías tan lejos. ¿Ves aquel oscuro penacho de humo que se eleva cerca de la costa, aquel punto negro que dobla el cabo? Es el vapor, Inés, nuestro vapor. Un momento más y entra en el *fiord*. Mañana lo abandonará por el mar, y tu estarás á bordo conmigo. Pero he ahí á la neblina que desciende, oscura y espesa. ¿Ves Inés, como el cielo y el mar se confunden ahora?

INÉS.—*(Que parece distraida contesta)*. Sí. Pero, ¿has visto, Eynar. .?

EYNAR.—¿Qué?

INÉS —*(Sin mirarle, bajando la voz como en una iglesia)*. Como se agigantaba al hablar. *(Comienza á descender y Eynar la sigue)*

El camino á lo largo de muros de rocas. A la derecha una escarpadura agreste. Detrás la montaña sobre un terreno elevado, otras alturas y picos nevados que medio se ocultan entre la bruma.

BRAND aparece en lo alto, desciende por el sendero, se detiene á mitad del camino, sobre una pequeña plataforma rocosa al borde de la escarpadura y mira hacia abajo.

BRAND.—Sí, lo reconozco todo: Cada repliegue de la ribera, cada palmo de terreno, la colina desgastada, la corona de abedules, la antigua iglesia, el penacho de olmos al lado de la playa; cada cosa está en su sitio, como cuando era niño. Pero todo me parece más pequeño, mas viejo, y la montaña proyecta su sombra negrusca mas allá que otras veces. Ha arrebatado un poco más de cielo al valle; y pende sobre él, le amenaza, le oscurece, le va robando cada vez más el sol. (*Se sienta y mira á lo lejos*). ¡El *fiord!* ¡Era tan triste en otro tiempo! Por allí abajo llueve. Un *yacht* tiende sus velas al viento. Mas al Sur, á la sombra de una roca, se vé una choza, un puente y un cerco pintado de rojo. Aquel es el paso y el retiro de la vida, mi residencia cuando niño ¡Que tropel de recuerdos despierta su vista en mí! ¡En esta playa pedregosa mi alma de niño fué abandonada! Una augustia oprime mi alma. Es el parentesco que sobre ella pesa; es la cadena que la liga á otra alma siempre inclinada hacia la tierra. Todo cuanto soñaba de grande, se vela y se oscurece. Valor y fuerzas me abandonan. Mi aliento. mi espíritu, se debilitan y se detienen. Al llegar á esta tierra que es mi suelo natal me consi-

dero como extranjero y me veo agarrotado, vendido, sin defensa. El despertar de Sanson en los brazos de la cortesana. *(Mira de nuevo)*. ¡Qué agitación! ¿Qué ocurre? Saliendo de sus casas, hombres y mujeres llegan de todas partes. Los repliegues del terreno los ocultan. Reaparecen por las alturas, en larga fila. Todos se dirigen hacia la vieja iglesia. *(Se levanta de un salto)*. ¡Ah! Os conozco á fondo, almas débiles, espíritus inertes! A todos vuestros padrenuestros les falta ese latir de alas de la voluntad, ese extremecimiento angustioso que eleva los cánticos hasta el cielo. Solo lo experimentais cuando pedís el pan nuestro de cada día. Este es vuestro grito de guerra y vuestra consigna. Desligada del conjunto, esta plegaria se ha incrustado en vuestro corazón. Es la única partícula de vuestra fé, que se ha salvado del naufragio. ¡Alejémonos! Aquí falta aire para respirar. Un hedor de sepulcro se eleva de ese estrecho valle. ¿De qué serviría desplegar una bandera, si ningún soplo libre y fresco la haría ondear? *(Quiere alejarse. Una piedra arrojada desde lo alto, pasa muy cerca de él. Se vuelve gritando)*. ¡Eh! ¿Quien tira piedras aquí?

(Sobre la cresta de la montaña se vé correr á Gerd, joven de quince años, que lleva algunas piedras en su delantal.)

GERD.—Grita. Le he tocado. *(Vuelve á arrojar piedras)*.

BRAND.—¡Eh! niño. Deja ese juego vil.

GERD.—Se balancea siempre sobre aquella rama desgajada. No hay medio de tocarle. *(Vuelve á echar piedras. gritando.)* ¡Ay! Vuelve hacia aquí. ¡Qué aspecto tan desagradable! ¡Socorro! ¡Ay! Me va á clavar sus garras en el cuerpo.

BRAND.—Por amor de Dios...!
GERD —Psit! ¿Quien eres tú? ¡Silencio! ¡No te muevas! Por aquí vuela.
BRAND.—¿A quien te refieres?
GERD.—¿No has visto el buitre?
BRAND.—No.
GERD.—El ave grande, de aspecto desagradable; su cresta aplastada hasta el pico, sus ojos cercados de amarillo y rojo.
BRAND.—¿A donde vas?
GERD.—A la iglesia.
BRAND —En ese caso, podemos ir juntos.
GERD.—¿Juntos? No, por cierto: yo me voy por allí hacía la cima.
BRAND.—*(Señalando el valle)*. ¿Cómo? Pero la Iglesia está allí.
GERD.—*(Mirándole con sonrisa burlona, señalando al valle)*. ¿Aquella iglesia?
BRAND.—Sí, ven conmigo.
GERD.—No. Es muy miserable.
BRAND.—¿Miserable? ¿Porqué?
GERD.—Porqué es muy pequeña.
BRAND.—¿Has visto tú otra mayor?
GERD.—¿Otra mayor? Sé donde está. ¡Adios! *(Señala la cumbre)*.
BRAND.—¿Este es el camino de tu iglesia? Si solo conduce á la cuesta salvaje.
GERD.—Ven conmigo. Yo te enseñaré una iglesia de nieve y de hielo.
BRAND.—¿De nieve y de hielo? Ah, sí. Ya me acuerdo. En mi niñez oí hablar de una barranca oculta entre esas dos cumbres. Es aquella *iglesia de hielo* sobre la que se cuentan tantas leyendas. Un mar helado le sirve de base y de suelo; encima de las paredes, se extiende un montón de nieve endurecida que forma un cielo raso.
GERD.—Sí; se cree que es una barranca y un montón de nieve y es una verdadera iglesia.

BRAND.—No entres nunca. Mas de una vez, una sola ráfaga de aire, un grito, una detonación, han hecho que se desplomase la nieve.

GERD.—*(Sin oirle).* Ven á ver una manada de rengíferos muerta por el alud. Se les ha encontrado esta primavera, en la gran fuente de las nieves.

BRAND.—No vayas allí; es peligroso.

GERD.—*(Señalando al valle).* No vayas allí; es muy feo.

BRAND.—La paz del Señor sea contigo.

GERD.—Ven. Allá arriba el alud y el torrente cantan el oficio, el viento recita sus oraciones sobre la cumbre: esto proporciona frio y calor al mismo tiempo, y nunca el buitre horrible penetra en mi iglesia. Se abate lejos, en el pantano negro, ó permanece inmóvil como el gallo sobre el campanario de allí abajo.

BRAND.—Perdiste el camino; tu alma está extraviada; pero del mal puede salir el bien: la vulgaridad, en cambio, siempre será vulgar.

GERD.—Vuela por encima de mí, batiendo sus alas. Adiós. Corro á guarecerme en la gloria. Allí estaré segura. ¡Oh! ¡La maldita bestia! ¡Qué aspecto tan desagradable tiene! *(Gritando.)* No te acerques ó te echo piedras. Si quieres utilizar tus garras, yo utilizaré mi bastón. *(Huye hacia el «fiell»)*

BRAND.—*(Después de un rato de silencio.)* Va á la iglesia, ella también. ¿Quién tiene razón? ¿La que corre hacia la montaña ó los que se presentan en la llanura? ¿Qué camino es el más desatentado? ¿Quién se acerca, quién se aleja más de su paz, de su hogar? ¿La inconciencia con la frente coronada de verdor que juega al borde de los

abismos? ¿La debilidad que se dirige por los caminos trillados, siguiendo las costumbres y las conveniencias? ¿La aparición salvaje de una tal gaviota que haría parecer hermoso el mal que la envuelve y la rodea? ¡Guerra á esta triple alianza! ¡Guerra á muerte sin tregua ni reposo! Oigo á mi vocación que me llama, y que brilla como un rayo de sol entre dos palomares desunidos. Conozco mi tarea. Yo derribaré estos tres monstruos y el mundo sacudirá sus males. Vencidos ya, la pestilencia desaparacerá y la raza podrá respirar. ¡Arriba! Prepárate, alma mía. Desenvaina tu acero y marcha al combate para librar á los vasallos del cielo. *(Descendiendo, se encamina hacia el país habitado.)*



ACTO SEGUNDO

Los limites del *fiord*. Horizonte de montañas escarpadas. Sobre un terraplen, no lejos de la costa, la antigua iglesia, pequeña y amenazando ruína. Tiempo tempestuoso.

La muchedumbre, hombres. mujeres y niños, están esparcidos por la costa y los ribazos inmediatos. Al centro sobre una piedra está sentado el BAILE auxiliado por un ESCRIBANO. Distribuyen trigo y otros víveres Más lejos se ve á INES y á EYNAR, en medio de un grupo pequeño En la ribera se ven algunas barcas amarradas BRAND aparece sobre el terraplén de la iglesia, sin que nadie le note.

UN HOMBRE.—*(Abriéndose paso.)* ¡Paso!

UNA MUJER.—Yo he llegado antes.

EL HOMBRE.—*(Apartándola bruscamente.)* Vete á paseo *(Atraviesa la muchedumbre y llega hasta el baile.)* Tomad. Aquí está mi saco. Solo tenéis que llenarlo.

BAILE.—Paciencia.

EL HOMBRE.—No es posible. Tengo que volverme. Cuatro ó cinco me esperan allá abajo y tienen hambre.

BAILE.—*(Bromeando.)* ¿No sabes el número exacto?

El hombre.—Uno de ellos se hallaba agonizando cuando me marché.

Baile.—Espera un poco. Debes estar en lista, según creo. *(Hojea los registros)*. No... Sí, aquí estás. Lo que es una suerte para tí. *(Al escribano)*. Dele el número 29. Vamos, vamos, buena gente. Un poco de paciencia. Nils Snemyr?

Un hombre.—Presente.

Baile.—Hoy recibirás una cuarta parte menos que la última vez. Ya no sois tantos.

El hombre.—¡Y es justo esto! La Ragnhild murió ayer tarde.

Baile.—*(Anotando)* Una boca menos. Así se hace siempre. *(Al hombre que se aleja)*. Y sobretodo no reincidas en segundas nupcias.

El escribano. — *(Riéndose estrepitosamente)*. Ji, ji!

Baile.—*(Con severidad)* ¿Porqué se rie Vd?

Escribano.—El señor baile sabe usar siempre la palabra que hace reir.

Baile.—Callese usted. Lo que hacemos no es una farsa. Pero contra las lágrimas conviene usar un poco del chiste.

Eynar.—*(Destacándose del grupo y seguido por Inés)*. He vaciado mi último bolsillo. Nada resta en mi bolsa ni en mi cartera. Me encontraré como una rata de iglesia al llegar á bordo, y tendré que dejar como garantía mi reloj y mi bastón.

Baile.—Sí, en buen momento habeis venido. Aquí solo hay manos pobres y bocas á media ración que parten con otras que nada tienen. *(Vé á Brand y le llama la atención)*. Uno más. Sed bienvenido? Sabeis lo que es una inundación, una sequía y luego una escasez? En ese caso, desatad los cordones de vuestra bolsa. Nosotros aceptamos cual-

quier ofrenda, grande ó pequeña. Nuestros recursos están casi agotados. Para una muchedumbre de pobres, cinco pequeños peces no constituyen una comida de nuestros días.

BRAND.—Diez mil peces repartidos en nombre de un ídolo, no salvarían una sola alma en peligro.

BAILE.—No son palabras las que os pido. Vientre vacío no tiene orejas.

EYNAR.—No puedes figurarte, Brand, la prolongada y cruel miseria de esta gente. Han sufrido un año de peste y de hambre. Muchos murieron y los vivos parecen cadáveres.

BRAND.—Es verdad. Todos los ojos están hundidos. Demasiado se vé quién se ha hospedado en estas tierras.

BAILE.—Y sin embargo permaneceis insensible como una roca.

BRAND.—*(Se coloca en medio de los grupos y dice apoyándose sobre sus palabras)*. Si para vosotros la vida se deslizase tranquila y apacible, desarrollando lentamente sus quehaceres cuotidianos, tendría piedad de los que pidiesen pan. El que se arrastra á gatas por el agujero en que ha nacido, no tarda en sentir despertarse en él la bestia. Cuando los días uno tras otro, se alejan con paso lento como un cortejo fúnebre, con fundamento puede uno creerse borrado del gran libro de Dios. Pero con vosotros ha usado de mucha misericordia Ha aterrado vuestros corazones. Os ha azotado con el látigo de la muerte; todos los bienes que os había dado, os los ha vuelto á arrebatar.

VOCES NUMEROSAS Y AMENAZADORAS.—¡Insulta nuestra miseria!

Báile.—Ofende á los que os dan pan.

Brand.—*(Moviendo la cabeza)*. ¡Oh! Si mi sangre pudiera convertirse en fuente de salud, la arrojaría á borbotones de mi corazón, hasta que no restase ni una gota en la última vena. Pero socorreros ahora sería un pecado. Bien veis que Dios quiere arrancaros del lodo. Un pueblo que vive, por débil y disperso que esté, se templa en la desgracia y adquiere fuerzas viriles. El espíritu afligido, alcanza una vista de águila para mirar á lo lejos, y para ver bien y de un modo exacto; la voluntad débil sacude su pereza y se prepara á la lucha, segura de triunfar. Y sin embargo, antes que las tribulaciones hubiesen despertado estas nobles energías, aquel no era más que un rebaño que no valía el precio de su redención.

Una mujer.—Una tempestad descarga sobre el *fiord*, como si sus palabras la hubiesen desencadenado.

Otra.—Atraerá sobre nosotros la colera divina. Acordaos bien de lo que os digo.

Brand.—Vuestro Dios no hace milagros.

Las mujeres.—¡Mira! ¡mira! ¡La tempestad! ¡Mira!

Una voz.—¡Fuera de aquí, alma dura! ¡Arrojadle á pedradas! *(La multitud se coloca amenazante alrededor de Brand. El Baile interviene. Una mujer desciende de la costa y llega azorada con la ropa hecha girones.)*

La mujer.—*(Gritando)*. ¡Jesús mio! ¿Quién me socorrerá?

Baile.—¿Qué pasa? Decidme vuestras necesidades.

La mujer.—¿Mis necesidades? No se trata de ellas por ahora. Jamás se ha visto horror semejante.

BAILE.—¿Qué pasa? Habla.
LA MUJER.—La voz me falta. Un sacerdote. ¡Socorro por favor, socorro!
BAILE.—Aquí no hay ningún sacerdote.
LA MUJER.—Está perdido, perdido. ¡Oh, Dios mío! ¿Porqué me has hecho nacer?
BRAND.—*(Aproximándose)*. Tal vez se encuentre uno.
LA MUJER.—*(Cogiéndole por un brazo)*. ¡Que venga entonces, que venga enseguida!
BRAND.—Dime lo que quieres y vendrá.
LA MUJER.—En la otra orilla del *fiord*...
BRAND.—Qué?
LA MUJER.—Mi marido... tres niños mueren de hambre... la casa vacía... ¡Dime, dime si se salvará!
BRAND.—Habla antes.
LA MUJER.—Mi pecho no tenía leche; y ningún socorro ni de Dios ni de los hombres. El pequeño luchaba contra la muerte. Aquello le partía el corazón. Entonces le ha matado!
BRAND.—¡Le ha matado!
LA MUCHEDUMBRE.—*(Con espanto)*. ¡Su hijo!
LA MUJER.—Enseguida, ha comprendido el espantoso horror de su acción. Desencadenáronse sus remordimientos como un torrente furioso. Atentó contra su vida. ¡Ah! ¡Ven á salvar su alma! Apesar de la tempestad y del mar enfurecido, ¡ven! No puede vivir y no se atreve á morir. Allí está, con el cadaver sobre sus rodillas y grita llamando al infierno.
BRAND.—*(Con gravedad)*. Ved donde el socorro es urgente.
EYNAR.—*(Que ha palidecido)*. ¿Es posible?
BAILE.—No es un hombre de mi distrito.
BRAND.—*(A la muchedumbre, con voz breve)*.

Desatracad un bote para que me conduzca al otro lado.

UN HOMBRE.—Con un tiempo semejante, nadie se arriesgará.

BAILE.—Hay un camino que rodea el *fiord.*

LA MUJER.—No. Está obstruido. Por allí vine. Pero, detrás de mi, el torrente desbordado ha destruído el puente.

BRAND.—¡Desatracad un bote!

UN HOMBRE.—¡Imposible! Sería enseguida estrellado contra una roca.

OTRO.—Ved esa masa que se desploma en el *fiord.* No se vé más que humo.

UN TERCERO.—Cuando hace un tiempo semejante, y de tal modo se desencadena la tempestad, hasta el deán nos dice que se suspenden los oficios.

BRAND.—El alma de un pecador que vá á comparecer ante Dios, no espera el fin de la tempestad! *(Desciende hasta el «fiord», desatraca un bote y desenvuelve la vela).* ¿Arriesgais vuestro bote?

EL PROPIETARIO.—Sí: pero no te embarques.

BRAND.—Está bién. Ahora espero al que quiera arriesgar su vida.

UN HOMBRE.—No seré yo.

OTRO.—Ni yo.

MUCHAS VOCES.—Tanto vale decir que se vá á la muerte.

BRAND.—Vuestro Dios nnnca ha ayudado á nadie á atravesar el *fiord*, pero acordaos que el mio está á bordo.

LA MUJER.—*(Retorciéndose las manos).* Morirá condenado.

BRAND —*(Se mete en el bote y grita á la muchedumbre).* No necesito más que un hombre para el achicador y la vela. Vaya, uno de esos que han dado á los demás. Dad, bue-

nas gentes, dad siempre, hasta la muerte, hasta la tumba!

ALGUNOS HOMBRES.—*(Retrocediendo)*. No nos pidas esto

UNA VOZ.—*(En tono de amenaza)*. Ven ya. Es demasiado. Esto es desafiar al cielo.

MUCHAS VOCES.—¡Ved! ¡La tormenta crece!

OTRAS VOCES.—La cuerda se ha roto.

BRAND.—*(Coge el bichero, se aferra con él á la orilla y grita á la mujer)*. Está bien. Pués ven tú. Pero ven pronto.

LA MUJER—*(Retrocediendo)*. ¡Yo! Cuando nadie..

BRAND.—No hagas lo que los otros.

LA MUJER.—No me atreveré nunca.

BRAND.—¿No quieres?

LA MUJER.—Piensa en mis hijos.

BRAND.—*(Sonriendo)*. Verdaderamente estais bien anclados en el lodo.

INÉS.—*(Con el rostro encendido se vuelve hacia Eynar y le pone la mano en la espalda)*. ¿Le has oido?

EYNAR.—Sí. Es un hombre valeroso

INÉS.—¡Que Dios te salve! Le has comprendido. (*Le grita á Brand*). Aquí hay uno que le seguirá. Es digno de embarcarse con usted.

BRAND—Ven, pues.

EYNAR.—(*Palideciendo*). ¿Yo?

INÉS.—¡Vé! ¡Te sacrifico! Mi espíritu que se arrastraba, se eleva ya y vuela á las alturas.

EYNAR.—Antes de conocerte me habria sacrificado yo mismo y le habría seguido voluntariamente.

INES.—(*Temblando*). Y ¿ahora?

EYNAR.—Soy joven. Amo la vida. No puedo.

INES—¿Qué dices? (*Retrocediendo*).

EYNAR.—No me atrevo.

INES.—Ha terminado todo. La tempestad ha cumplido su misión. (*Con trasporte*). Un oceano se ha interpuesto entre nosotros. (*A Brand*). Escúchame. Yo voy.

BRAND.—Está bien. Vén.

LAS MUJERES.—(*Con miedo al verla saltar en la barca*) ¡Socorro, Dios mio!

EYNAR —(*Con un esfuerzo desesperado para retenerla*). Inés.

TODOS.—(*Precipitándose hacia la ribera*). ¡Esperad! No partais.

BRAND.—(*A la mujer*). ¿Donde está vuestra casa?

LA MUJER.—(*Señalando una dirección*). Allí abajo, al extremo, junto á los arrecifes. (*El bote deja la orilla*).

EYNAR.—(*Gritando*). ¡Piensa en tus hermanos! ¡Piensa en tu madre! ¡Mira por tu vida!

INES.—Tres somos los que vamos á bordo. (*La vela se infla. El bote se aleja. La muchedumbre se precipita hacia las alturas y se reune en masa compacta; todas las miradas siguen con ansiedad la dirección de la barca.*)

UN HOMBRE.—¡Doblará el cabo!

OTRO.—No.

EL PRIMERO.—¡Sí! Vedle. Vá viento en popa.

OTRO.—¡Una rafaga! ¡Les ha alcanzado!

BAILE.—Mirad ¡E la se quita el sombrero!

UNA NUJER.—Sus cabellos negros baten el aire como alas de cuervo.

EL HOMBRE 1.º—Todo humea y se entenebrece á su alrededor.

EYNAR.—¿Que grito hiende los aires?

UNA MUJER.—Es el viento del *fiord*.

OTRA.—(*Señalando*). Ved; es Gerd que se burla de ellos y les grita.

MUJER 1.ª—Sopla en un cuerno de macho cabrio y arroja piedras y piñas.

OTRA.—Arroja su cuerno y lo hace servir de bastón. Ahora les llama con la bocina.

UN HOMBRE.—¡Ya puedes gritar y llamar, bruja malvada, pues él no tiene miedo y sabe volverse!

OTRO.—En lo futuro, aun con el peor de los tiempos, me embarcaré sin temor, si él se sienta al timón.

EL PRIMERO.—(*A Eynar*) ¿Quien es?

EYNAR —Un sacerdote.

OTRO.—Sea quien sea es un hombre. Bien se vé. Tiene valor, fuerza y audacia.

EL PRIMERO.—¡Este es el cura que nos hace falta!

VARIOS —¡Sí, sí; es el cura que nos hace falta! *(Se dispersan y desaparecen poco á poco).*

BAILE.—(*Recogiendo sus papeles y registros).* De todos modos, no guarda las formas quien usurpa las atribuciones de otro, é interviene y expone su vida, sin motivo alguno plausible. Yo tambien cumplo con mis deberes, pero siempre, en los límites de mi distrito. (*Se vá*).

Sobre el cabo, delante la cabaña. Hora avanzada del día. La superficie del *fiord* es apacible y brillante. INES está sentada en la costa Al cabo de un instante sale BRAND de la casa.

BRAND.—Esa es la muerte. Libre de sus tormentos, de sus terrores, de sus flaquezas, allí está, extendido, con sus facciones alargagadas en calma, en la paz y en la luz. ¿Un engaño, un fraude, podrían cambiar la noche en un dia semejante? De su acción infernal solo ha visto el aspecto exterior, lo que tiene un nombre, la parte tangible

la mancha grabada en su memoria, la muerte del niño degollado. Pero los otros dos, los dos niños pequeños que se acurrucan junto al hogar, temblorosos, abriendo sus grandes ojos, semejantes á dos pájaros que se estrechan uno contra otro, estos dos pequeños que miran, que miran siempre sin saber qué, ellos cuya alma está marcada con el hierro candente de uno de esos estigmas que nada lava, que nada borra, que resisten á la rapacidad del tiempo, que el viejo la lleva aun sobre sus espaldas encorvadas; estos niños cuya vida tendrá su origen á ese recuerdo maldito, para quienes el día amanecerá después de esta noche de horror, en cuyo pensamiento jamás se consumirá este cadaver ¡ah! no ha visto en ellos los instrumentos futuros de la expiación. Tal vez, partiendo de aqui, descenderán grado por grado hasta la culpa, hasta el crimen. ¿Porqué? Una respuesta se presenta insondable como el abismo: ¡son los hijos de su padre! ¿Cual es el pecado que merece indulgencia? ¿Cual es la falta que puede facilmente borrarse? ¿Hasta que punto la responsabilidad, esa carga que pesa sobre toda la raza humana, convierte en deuda á uno de sus retoños? ¿Qué tribunal, que juez que sentencie, decidirán estas cosas el día de los juicios supremos? ¿Qué declaración, que testimonio admitirán si todo el mundo se sienta en el banco de los acusados? ¿Quien se atreverá á presentar sus títulos, trapos viejos llenos de hipotecas? Y cuando alguien se aventure á decir: «Es mi padre el que ha cometido esta falta» ¿le será admetida tal defensa? Sombrio y terrible misterio que nunca podrá esclarecerse. ¡Qué importa! La muchedumbre insen-

sata baila al borde del abismo. Todas las almas deben temblar y gemir, y no hay una sola entre mil que se libre de la deuda acumulada, de la obligación aplastante nacida de esta sola palabra: la vida. *(De detrás de la cabaña salen algunos hombres que se aproximan á Brand).*

UN HOMBRE.—Estaba escrito que nos habíamos de encontrar.

BRAND.—El que está allí no necesita vuestra ayuda.

UN HOMBRE.—Duerme en paz, según eso. Pero hay otros tres en la cabaña.

BRAND.—Y ¿qué?

EL HOMBRE.—Hemos apartado algo de las migajas que nos han dado y les traemos este pequeño refrigerio.

BRAND.—Si todo lo das, excepto tu vida, ten entendido que no has dado nada.

EL HOMBRE.—Sí el que acaba de morir, se hubiese encontrado en el fondo de un bote en peligro, y yo hubiera oido sus gritos, habría sacrificado mi vida por salvarle.

BRAND.—¡Pero la salvación del alma es de poca importancia!

EL HOMBRE.—Tu lo sabes; somos una raza adormecida.

BRAND.—En ese caso, apartad los ojos de las cumbres radiantes. Dirigid vuestras miradas á la tierra. No lucheis más, con el ojo izquierdo hacia el cielo y el derecho fijo sobre los terrones que labrais, con la espalda encorvada, sujetos al arado.

EL HOMBRE.—Creía que nos aconsejarías que sacudiésemos nuestro yugo.

BRAND.—Hacedlo si podeis.

EL HOMBRE.—Depende de tí.

BRAND.—¿Yo?

EL HOMBRE.—Hace tiempo que se nos habla

del buen camino y se nos lo indica con el dedo. Mas de uno de nosotros lo ha señalado, pero tú eres el primero que lo has seguido.

BRAND.—¿Qué quieres decir?

EL HOMBRE.—Que un millón de palabras no vale lo que un hecho. Por eso venimos á buscarte en nombre de todos, porque, lo que nos hace falta es un hombre.

BRAND.—¿Que me quieres? *(Inquieto)*.

EL HOMBRE —Sé nuestro pastor.

BRAND.—¿Yo? ¡Pastor aquí!

EL HOMBRE.—Habrás leido ó te habrán dicho que nuestra parroquia estaba sin sacerdote.

BRAND.— Sí; me acuerdo.

EL HOMBRE.—Antes, el pueblo era muy numeroso. Hoy está casi desierto. Cuando llegó este año maldito, en que los trigos se han perdido, en que la peste ha diezmado á los hombres y á las bestias, en que la necesidad ha doblado las rodillas, en que la miseria ha endurecido las almas, en que el pan y la carne han escaseado, también nos han hecho falta pastores.

BRAND.—Pídeme lo que quieras, menos eso. Una misión más alta me llama. Quiero encontrarme allí donde la vida sea más robusta. Quiero que el mundo me escuche. Rodeado por todas estas montañas, la voz del hombre pierde su vigor.

EL HOMBRE.—Repetidas por la montaña las palabras resuenan por mucho tiempo, si se pronuncian con voz fuerte y robusta.

BRAND.—¿Quien querrá encerrarse en un hoyo, cuando la campiña sonrie, libre y fértil? ¿Quien querrá descuajar el páramo teniendo á su alcance buenos campos cultivados? ¿Quien piensa en plantar nogales que

darán sus frutos algún día, cuando los huertos ofrecen su primera cosecha? ¿Quien querrá entender en los intereses pequeños del vulgo, cuando puede lanzarse en busca de elevadas y serenas visiones?

El hombre.—*(Sacudiendo la cabeza)*. He comprendido tus hechos pero no tus palabras.

Brand.—No pido explicaciones. ¡Al mar! ¡Al mar! *(Quiere ganar la barca)*.

El hombre.—*(Cerrándole el paso)*. ¿Te diriges, pues, hacia esa misión que te llama, hacia esa obra tan poderosa?

Brand.—Sí; mi vida toda está con ella.

El hombre.—Espera, pués. *(Acentuando sus palabras)*. Si todo lo das, excepto tu vida, nada has dado.

Brand.—Hay algo que no puede sacrificarse: mi yo, mi ser interior. La vocación es un torrente que no puede retroceder, ni pararse, ni contenerse. Siempre se abrirá un paso hacia el Oceano.

El hombre.—Pero aunque se detenga en los pantanos, se convertirá en niebla y en lluvia, y acabará por ir á parar al Oceano.

Brand.—*(Mirándole fijamente)*. ¿Quien ha puesto tales palabras en tu boca?

El hombre.—Tu mismo al tiempo de ejecutar. La tempestad mugía y el mar llenaba de espanto. Tú te arrojaste, desafiando á la tempestad y al mar; exponiendo tu vida para socorrer el alma pobre de un pecador. Mas de uno experimentó á un tiempo calor y frío en su corazón. Era aquello como el sol; después como un viento que pasa... Se hubiera dicho que las campanas se lanzasen á vuelo y tocasen á rebato. *(Bajando la voz)*. Tal vez mañana todo se haya olvidado y nosotros arriaremos la bandera que tú has izado hoy.

BRAND.—No hay fuerzas, no hay misión. *(Con dureza)*. Cuando no se puede ser lo que se debe, se es lo que se puede. Entrégate en cuerpo y alma á los terrenos del campo.

EL HOMBRE.—*(Mirándole un momento fijamente)*. ¡Maldito sea el que aviva la hoguera al partir! ¡Malditos seamos nosotros que te hemos visto un instante! *(Se vá; los demás le siguen en silencio)*.

BRAND.—*(Mirándoles mucho tiempo alejarse)*. Uno á uno con la espalda encorvada, vuelven á sus casas en silencio. Con el alma entristecida, el paso arrastrando, avanzan lentamente y con fatiga. Al ver su aspecto sombrio diríase que sienten un látigo detrás de ellos. Se van como el Padre de los hombres arrojado del Paraiso y en sus frentes, como en la de Adán, se vé la marca de la culpa. Como sus miradas, las suyas se hunden en las tinieblas. Como él, llevan en sí la verdad que es su salvación y la ceguera que es su pérdida. ¡Tal es el hombre que yo tengo la audacia de querer purificar, de restituirlo á su figura primitiva! ¡Esta es la imágen del pecado, no es ya la imágen de Dios! ¡Adelante! ¡Me falta espacio! ¡Un caballero no puede combatir aquí! *(Vá á partir, pero se detiene al ver á Inés sentada sobre la playa)*. ¡Qué inmóvil está! Diríase que escucha y que se oyen cantos por el aire. Así escuchaba en la barca, sentada al timón, mientras hendíamos las aguas; así escuchaba, levantando su frente pura. Parece que de ella desapareció el oido y que escucha con los ojos. *(Se aproxima)*. ¿Dime, joven, es el *fijord* lo que tú miras, ó son los contornos de la costa?

INÉS.—*(Sin volverse)*. Mis ojos no ven ni el *fiord* ni la costa. Ven á lo lejos una tierra

mas grande; su bóveda se eleva atrevidamente por los aires. Veo mares, veo rios que se deslizan. Un rayo de sol atraviesa las nubes. Encima de las cumbres ensombrecidas, veo una claridad deslumbrante. Veo un desierto sin fin y palmeras encorvadas por un viento furioso, arrojando grandes sombras negras. Ni un rayo de vida se presenta. Parece una tierra que acaba de ser creada. Pero oigo un rumor de voces que se elevan y que dicen: «Esta es la hora en que se decide tu salvación ó tu desgracia. ¡Trabaja! Tu debes poblar la tierra.»

BRAND.—*(Subyugado)*. ¿Dí? ¿Qué mas vés?

INÉS.—*(Con la mano sobre el corazón)* Veo allí fuerzas que germinan olas que se levantan y una aurora que nace. Mi corazón es como un mundo que se eleva por todas partes: y oigo voces que dicen: «¡Tú debes poblar esta tierra!» Ya se despiertan todos los pensamientos, todas las acciones futuras Percibo brisas, murmullos, extremecimientos... ¡La hora de nacer ha sonado! ¡Y siento la presencia invisible de aquel, cuya mirada desciende sobre el mundo, llena de tristeza y de amor! La veo resplandeciente como la aurora, y sin embargo, entristecida hasta la muerte. Y oigo un murmullo que se levantan y voces que dicen: «Es la hora de nacer y de crear; ahora tu valvación ó tu desgracia se deciden. ¡Al trabajo! ¡Cumple tu deber!»

BRAND.—¡Oh! Volver en mí. Sí, estas son las palabras del oráculo. Este es el camino que se me indica. Nuestro corazón, es ese universo joven, creado para recibir el espíritu divino. Allí debe matarse el buitre de la codicia. Allí es donde el nuevo Adán debe nacer. ¡Que importa el mundo! Libre

ó esclavo, si me trata como enemigo, si quiere destruir mi obra, por el Cielo, sabre matarle! ¡Paso al sol! ¡Paso al que quiera ser verdaderamente él mismo! Es un derecho que todo hombre posee y no pido otro. *(Reflecciona un instante).* Ser uno mismo... ¿Y la herencia que se recibe, y los pecados de la raza que han de expiarse? *(Se extremece y mira hacia el campo).* ¿Quien viene? ¿Quien es aquella mujer que se adelanta, con la espalda encorvada y la vista fija en el suelo? Ha flanqueado la colina, se detiene, toma aliento y se apoya para no caer. Ahora hunde con avidez su mano en el bolsillo como palpando un tesoro. Su vieja enagua sobre sus piernas flacas, se parece á las plumas de la pata de un ave de rapiña. Sus dedos son ganchudos como sierras Tiene el aspecto de una de esas águilas que se clavan en las paredes de las granjas. *(Con angustia repentina).* ¿Qué cúmulo de recuerdos de mi infancia, de mi país, de mi *fiord*, despierta en mí esta mujer? ¡Misericordia! ¡Esta mujer es mi madre!

LA MADRE DE BRAND —*(Desciende por la colina, y se para á la mitad; se forma una pantalla con la mano y mira á su alrededor).* Me han dicho que está allí. *(Se aproxima).* Mal haya el sol. No me permite ver. ¿Eres tú mi hijo?

BRAND.—Sí.

SU MADRE.—*(Frotándose los ojos).* ¡Ah! Tanta luz os come la vista! No se puede distinguir un sacerdote de un campesino.

BRAND.—En casa nunca ví el sol desde la caída de las hojas, hasta el primer canto del cuco.

LA MADRE.—*(Sonriendo).* Se está bien allí abajo.

Nieva, y se endure cetodo como un pedazo de hielo. Esto nos fortalece. Me atrevería á todo sin temer por mi salud.

BRAND.—Buenos días y adios. Tengo prisa.

LA MADRE.—Sí; siempre la has tenido. Siendo niño, ya quisiste abandonar el país.

BRAND.—Todo andaba mal.

LA MADRE.—¡Dios mío! Las cosas no marchaban entonces mejor que hoy... Fué una fortuna que te hicieras sacerdote. *(Examinándole con detención)*. ¡Ah! Estás alto y fuerte. Pero escúhame bien: es preciso que seas más cuidadoso de tu vida.

BRAND.—¿Nada más?

LA MADRE.—¿La vida? ¿Qué más tenemos en el mundo.

BRAND.—Te pregunto si tienes algún otro consejo que darme.

LA MADRE.—Obra en todo como quieras, excepto cuando se trate de tu vida: yo te la dí y yo quiero que la conserves. *(Con cólera.)* Todos hablan de lo que has hecho. ¡Embarcarte con un tiempo semejante! ¡Tuve un miedo! Hubieras podido quitarme mi único bien; ¿no eres tú el último de tu raza? ¿no eres mi hijo, mi carne y mi sangre, la cúpula de ese edificio que he construido pieza por pieza? Sé fuerte y mira por tí: guarda tu vida. Un heredero tiene el deber de vivir y tú me heredarás algún día... más tarde.

BRAND.—Ya comprendo. ¿Por esto vienes aquí con los bolsillos llenos?

LA MADRE.—¡Ah! ¡No! ¡Hijo, tu estás loco! *(Retrocediendo.)* No te acerques ó te pego con el bastón. *(Dulcificándose.)* ¿En qué piensas? Cada día me hago más vieja. Más tarde ó más temprano tendré que dormir bajo tierra. Entonces tendrás todo lo que

poseo. Todo lo encontrarás pesado y medido. Nada tengo encima de mí, todo está encerrado allí abajo. No será una gran cosa, pero el que me herede no quedará pobre. Vamos. Mantente á distancia. Te prohibo que te acerques. Te prometo que no esconderé ni un sueldo de modo que no se pueda encontrar. No ocultaré nada ni bajo el piso, ni en el muro, ni en ninguna piedra. No, hijo mio, tú tendrás la herencia completa, tú y nadie más que tú.

BRAND —¿Con qué condición?

LA MADRE.—Con una sola. Que no arriesgues tu vida. Es menester que seas el guardián de tu raza, como lo han sido tus antecesores hasta ti. Esto es todo lo que te pido. Vela por que nada se pierda. ni se separe, ni se comparta entre otros. De aumentar ó no tu patrimonio, eres libre. Pero lo que conviene en absoluto es que se conserve entre tus manos.

BRAND.—Antes quiero hacer constar una cosa: ya sabes que fuí indócil después de mi niñez. Nunca he sido un hijo para tí, ni tü has sido una madre para mí. Así he ido creciendo mientras tus cabellos encanecían.

LA MADRE.—No te pido caricias. Sé como quieras. Tampoco yo soy cariñosa. Puedes ser inflexible, huraño, frio como el hielo. Estoy preparada y no me molesta, con tal que conserves tu herencia, que seas un árbol seco. Se trata solamente de lo que le queda á la familia.

BRAND.—*(Dando un paso hacia ella.)* ¿Y si yo, al contrario quisiera arrojarla á los cuatro vientos?

LA MADRE.—¿Disipar el resultado de toda mi vida de servidumbre, todo lo que me ha

hecho encorvar la espalda, todo lo que ha hecho encanecer mi cabeza?

BRAND.—*(Moviendo lentamente la cabeza.)* Sí; malgastarlo todo.

LA MADRE.—¡Malgastarlo todo! Sería mi alma la que arrojarías á los cuatro vientos.

BRAND —¿Y si lo hiciese sin embargo? Si una tarde, cuando tu durmieras el sueño de la muerte. me aproximase al lecho en que reposaras, á la luz de una antorcha con el libro de salmos en la mano, si yo buscase, palpase y lo registrase todo, recogiendo uno á uno todos los valores del tesoro, si yo cogiese la antorcha. si...

LA MADRE.—*(Apartándose de él con terror.)* ¿De donde proceden estas ideas?

BRAND.—¿De donde? ¿Quieres que te lo diga?

LA MADRE.—Sí.

BRAND.—Pues proceden de un recuerdo de mi infancia que jamás se me olvidará. Mi alma siente aún la impresión de horror que nos produce la vista de un labio ensangrentado. Era una tarde de otoño. Mi padre estaba muerto y tú enferma, guardabas cama. Yo me deslicé en la habitación en que estaba su cadáver. Un cirio encendido iluminaba su cara pálida. Oculto en un rincón, te vi sosteniendo un libro de salmos. Lo que más me asombraba era que durmiera tan profundamente y que su muñeca hubiese quedado tan delgada. Se percibía un olor de lienzo mojado. Una mujer entró sin verme y se dirigió sin vacilar al lecho. Comenzó á buscar, á registrar, apartó la cabeza del muerto, aparecieron primero un paquete, luego otros varios y se puso á contar, murmurando: «No está todo, no está todo.» Entonces ella

hundió su mano en el colchón y sacó un paquete fuertemente atado. Para desatar los nudos movía los dedos febrilmente y acabó por abrirlo con los dientes. Y buscó de nuevo, registró, encontró otros paquetes y se puso á contar, murmurando: «No está todo, no está todo!» Entonces desaparecieron las lágrimas, las oraciones, los gemidos y las imprecaciones. Husmeó los escondrijos, descubriólos y los vació aprisa con una alegría angustiosa, como un buitre sobre su presa. Por fin, después de haberlo vaciado todo, se alejó como un bandido á quien se condujese al suplicio. Envolviendo en un lienzo viejo todo lo que había recogido, murmuró: «Esto es, pues, todo lo que tenía.»

La Madre.—Esperaba mucho más. Lo poco que encontré, lo he pagado bien caro.

Brand.—Más caro de lo que crees. Te costó el corazón de tu hijo.

La Madre.—Tanto peor; no sería hoy cuando no se cambiase un alma por todos los bienes del mundo. Empecé por pagar un precio mayor aún. Creo haber vendido mi alma por nada. En fin, lo que he dado no lo he vuelto á ver. Y ahora lo recuerdo todo, como algo ligero y brillante, hermoso y bestial á la vez. No sé casi lo que era. Los hombres lo denominaban amor. Recuerdo que he luchado mucho. Recuerdo los consejos de mi padre: «Deja á este hijo de jornalero y coge al otro por tu cuenta, sin reparar en su aspecto ruín. El arrogante tiene una cabeza firme y sabrá duplicar le que posee.» Lo hice así y vi que me había equivocado. Nunca logró doblar su caudal. Solo yo, después de su muerte he

trabajado de tal modo, que puede decirse que casi lo he logrado.

BRAND.—Muy bien. Pero ahora que estás cerca del sepulcro, ¿piensas á veces que tu alma se vendió en este mercado?

LA MADRE.—Lo que te probará que pienso en ello, es que te he hecho sacerdote, hijo mío. Cuando suene mi última hora, á cambio de la herencia, cuidarás de mi alma. Si poseo bienes de fortuna, tú tienes el poder de consolar, tú posees la palabra divina y la autoridad.

BRAND.—Por muy avispada que seas, calculas mal si crees que yo me avenga á lo que te rodea. Por todas partes en torno nuestro, se encuentran entre los parientes sentimientos semejantes á los tuyos. Vuestro hijo, para vosotros, es un mandatario encargado de conservar vuestras alhajas antiguas. Aquí y allí entrevéis algo eterno y creéis atraéroslo, legando vuestro caudal á vuestra descendencia. De este modo pensáis hacer entrar á la vida en la muerte, porque vosotros concebís la eternidad, como la suma de esta larga serie de años sobre la que eleváis vuestros cálculos.

LA MADRE.—Deja, hijo mío, las ideas de tu madre y conténtate con recibir su herencia cuando te llegue la hora.

BRAND.—¿Aceptando las deudas?

LA MADRE.—¿Qué deudas? No tengo ninguna deuda.

BRAND.—Está bien. Pero si los hubiera, yo debería redimirlas una á una. Corresponde á los hijos velar porque ninguna sombra oscurezca la memoria de su madre. Aun cuando encontrase la casa vacía, heredaría las cargas.

La Madre.—Esto no está escrito en parte alguna.

Brand.—No; esto no consta en la ley escrita. Pero existe en otra grabada en todo corazón honrado. A ella se debe obedecer. Por ciega que estés, abre los ojos y mira. Te has apoderado de lo que pertenece al Señor, has encenagado el alma que El te dió á cultivar, has hundido en el fango su imágen que recibiste al nacer. Tú has manchado de lodo las alas de tu espíritu que quería volar libremente. ¡Esta es tu deuda! ¿Qué responderás cuando el Señor te pida cuentas de lo que le pertenece?

La Madre.—*(Asustada.)* ¿Qué responderé?

Brand.—No temas nada. Tu hijo carga con tu deuda. La imagen del Señor, desfigurada por tí, se purificará en mi alma y por mi voluntad. Puedes dormir tranquila. No descansaré después de tu muerte. Yo pagaré la deuda.

La Madre.—¿Deuda y pecado, todo lo pagarás?

Brand.—No respondo más que de la deuda. Piensa bien en esto: tu hijo pagará la deuda contraída por tu alma, pero en cuanto al pecado cometido, tú debes responder de él. Si algún esclavo de este mundo abre una brecha en el gran capital humano, otro cualquiera puede siempre con su trabajo reparar el daño; pero la malversación en sí es un crimen que exige ó el arrepentimiento ó la muerte.

La madre.—*(Con inquietud.)* Vale más que vuelvas á mi casa bajo la sombra de las cumbres nevadas. Tanto sol me aturde, porque obliga á descubrir el pensamiento, esa planta venenosa cuyo olor dá el vértigo.

BRAND.—Está bien. Vuelve á la sombra. No estaré lejos. El día en que te sientas atraida hacia la luz, hacia el cielo, si quieres verme de nuevo, envíame á buscar y yo vendré.

LA MADRE —Sí; para hablarme de condenación.

BRAND. —No Usaré contigo la ternura de un hijo y la caridad de un sacerdote, que te protegerán contra el viento de la angustia. Al pié de tu cama encontraré acentos para calmar tu fiebre, para adormecer tus dolores.

LA MADRE.—¿Me lo prometes? ¿De veras?

BRAND.—Sí. Iré á tu casa á la hora de los remordimientos. *(Se acerca á ella.)* Pero como tú pongo una condición. Es preciso que, por tu propia voluntad, arrojes lejos de ti todo lo que te liga á la tierra, y desciendas desnuda y sin nada á la tumba.

LA MADRE.—*(Volviéndose hacia él con furia.)* Di al fuego que se despoje del calor, á la nieve que se separe del frio, al mar que no sea líquido. ¡Basta! ¡Vete!

BRAND.—Toma tu hijo, llévale al *fiord* y arrójale al agua, rogando á Dios que bendiga tu acción.

LA MADRE.—Impónme cualquier otra condición, la sed ó el hambre si quieres, pero esta no; es demasiado dura.

BRAND.—Quien no acepta los más duros, pierde el mérito adquirido por los otros sacrificios.

LA MADRE.—Daré dinero á la Iglesia.

BRAND.—¿Todo lo que tienes?

LA MADRE.—Daré mucho. Veamos hijo mio, ¿no bastará esto?

BRAND.—No será expiación si tú, al morir, no te asemejas á Job sobre su lecho de cenizas.

LA MADRE.—*(Retorciéndose las manos.)* ¡Ah!

¡Haber sepultado mi vida, haber perdido mi alma, y, un día ú otro tener que separarme de mis bienes! ¡Quiero reunir y apretar contra mi seno todo lo que es mio; mio aún! ¡Mi fortuna, la hija de mis dolores, la fortuna! Por tí mi corazón ha sangrado. Quiero llorar como una madre sobre la cuna de su hijo enfermo. ¿Porqué mi alma ha nacido dentro de la carne, si el amor da la carne es la muerte del alma? Sacerdotee, no te alejes de mí. No sé aún como pensaré en la hora de las angustias supremas, pero si debo perderlo todo, esperaré á lo menos, hasta el último día. *(Se vá.)*

Brand.—*(Siguiéndola con los ojos.)* No, tu hijo no se alejará de tí. En la hora de penitencia, cuando le envíes á buscar y le tiendas tu vieja mano helada, él te la cogerá y te la calentará entre las suyas. *(Desciende hacia la orilla y se aproxima á Inés.)* La tarde es diferente de la mañana. Antes sentía en mí un ardor guerrero; creía ver signos de combate; en mi cólera iba á empuñar la espada, á matar la mentira, á aplastar el espíritu del mal, á atravesar el mundo con mi lanza.

Inés.—*(Volviendo hacia él su rostro radiante.)* Al lado de una tarde semejante, la mañana parecería pálida. Solo buscaba la mentira y el placer. Y mi verdadero placer consistiría en perder todo lo que deseaba adquirir.

Brand.—Como cisnes silvestres, grandes y hermosos sueños me habían elevado sobre sus alas poderosas. Vislumbraba un camino que me conducía fuera de mi casa. Desafiando el clamoreo, remontando las corrientes, avanzaba el vencedor del siglo y de sus vicios. Y las pompas de la Iglesia,

procesiones y banderas bordadas, inciensos y vasos de oro, himnos de triunfo, la estrepitosa admiración de la muchedumbre, coronaba mi obra terminada. ¿Qué riqueza y que embriaguez? Pero todo esto era falso, era un cuento, una perspectiva engañadora que alumbraron el sol y el rayo. Y en este momento, á la hora en que nace el crepúsculo, muy cercano el fin del día, heme aquí encerrado entre el mar y la costa brava, apartado de este mundo que se agita á lo lejos, teniendo apenas un poco de cielo sobre mi cabeza, pero con los pies sobre el suelo natal. El cuento hermoso ha terminado y es preciso desensillar el corcel de los sueños. Pero entreveo un fin más elevado. No se trata de un torneo, sino de un trabajo diario pesado, del cumplimiento de un deber sencillo que yo quiero ennoblecer, elevar á la altura de una empresa caballeresca.

INÉS.—¿Y el Dios que debía enterrarse?

BRAND.—Se le enterrará, pero en la sombra, en secreto, no ante los ojos de todos, y en pleno día. Entendi mal, lo confieso ahora, el modo de predicar la redención del pueblo. No es por medio de gigantescas proezas por las que se puede transformar esta raza No es despertando brillantes cualidades como pueden salvarse las almas deformes. Voluntad es lo que hace falta. La voluntad es la que liberta ó la que mata. Siempre es la misma, junto al pequeño como junto al grande, siempre entera en medio del fraccionamiento de todas las cosas. *(Vuélvese hacia el país habitado, sobre el cual comienza á extenderse el crepúsculo.)* Venid á mí, hombres que os arrastrais pesadamente por ese valle en que he nacido.

Alma con alma, en comunión íntima, vamos á intentar la obra de purificación, á abatir la incertidumbre, á imponer silencio á la mentira, á despertar, en fin, el joven león de la voluntad. El azadon puede ser tan noble como la espada. Todos tenemos el mismo objetivo: ser la mesa de bronce sobre la cual escriba el Señor. *(Quiere alejarse. Eynar le cierra el camino.)*

EYNAR.—Detente y devuélveme lo que me has quitado.

BRAND.- ¿Es de *ella* de quién hablas? Aqui está.

EYNAR.—*(A Inés.)* Escoge entre este lúgubre atolladero y la gran llanura alumbrada por el sol.

INÈS.—No debo escoger.

EYNAR.—Inés, Inés, créeme, acuérdate del antiguo refrán: fácil de tomar, pesado de llevar.

INÉS.—Sigue tu camino, hermoso tentador. Llevaré la carga hasta que se acaben mis fuerzas.

EYNAR.—Piensa en los seres queridos.

INÉS.—Saluda á mi madre y á mis hermanas. Ya las escribiré si encuentro algo que decirlas.

EYNAR.—Allí abajo, relucen las olas al sol poniente, las velas blancas se hinchan, los barcos se alejan de la orilla semejantes á nostálgicos sueños, las proas altas hienden el mar, huyendo hacia costas lejanas, marchando á la tierra de promisión.

INÉS.—Vé á donde los vientos te conducen y piensa en mí como en una muerta.

EYNAR.—Inés, sígueme, sé mi hermana.

INES.—*(Sacudiendo la cabeza.)* Un mar nos separa.

EYNAR.—¡Oh! Vuelve á lo menos á casa de tu madre.

INES.—*(Con calma.)* Nunca abandonaré á aquel que es mi hermano, mi maestro y mi amigo ..

BRAND.—*(Dando un paso hacia ella.)* Jóven, mira lo qne haces. En adelante, hundido entre dos *fiells*, bajo un humilde techo, al pié de una montaña que me ocultará el sol, mi vida se deslizará como una tarde triste de Octubre.

INES —No tengo miedo de las tinieblas. A través de las nubes veo una estrella que brilla.

BRAND.—Ten entendido que soy muy exigente, pido todo ó nada. Un desfallecimiento equivaldría á haber arrojado tu vida al mar. No esperes concesión alguna en los instantes difíciles, ni indulgencia para el mal. Y si la vída no pudiera resistir tanto, sería preciso aceptar voluntariamente la mnerte.

EYNAR.—Abandona ese yugo cruel, huye de ese hombre y de su ley siniestra, emprende la vida que conoces, la vida que puedes vivir.

BRAND.—Escoge; aquí los caminos se separan. *(Se vá.)*

EYNAR.—Si, escoge entre la calma y la tempestad, entre el puerto y el mar desconocido, entre la alegría y el dolor, entre el día y la noche, entre la vida y la muerte.

INES.—*(Se levanta y dice lentamente.)* Detrás de la noche, después de la muerte, allí abajo, veo despuntar la aurora. *(Sigue el mismo camino de Brand, Eynar la sigue un momento con la vista. Después baja la cabeza y toma el camíno del «fiord.»)*



ACTO TERCERO

Tres años después. Pequeño jardin de casa parroquial, rodeado por su cerca de piedras y situado al pié de una altura sobre la cual se ve el camino del *fiell*. El *fiord* que se apercibe al fondo, parece estrecho, encajonado. La puerta de la casa parroquial couduce á una escalera que llega hasta el jardin. El día declina. BRAND está de pie, en lo alto de la escalera. INES está sentada sobre un escalón.

INÉS.—Querido maestro, veo que de nuevo tu mirada se fija ansiosamente en el *fiord*.

BRAND.—Espero un aviso.

INÉS.—Estás inquieto.

BRAND.—Espero un aviso de mi madre. Hace tres años que lo espero y no viene. Esta mañana supe que su última hora se aproximaba.

INÉS --*(Con voz dulce y afectuosa)*. Brand, pero aún sin aviso, ¿no deberías ir á verla?

BRAND.—*(Sacudiendo la cabeza)*. Si no experimenta remordimientos no puedo alentarla ni consolarla.

INÉS.—¿No es tu madre?

BRAND.—No debo tener ídolos de familia.

INÉS.—Eres inflexible Brand.

BRAND.—¿Contigo?

INES.—¡Oh! ¡No!

BRAND.—Ya te dije que el camino era penoso.

INES.—*(Sonriendo).* Me engañaste. No lo es.

BRAND.—Inés, el ambiente que se respira es molesto y frio. Aja las rosas de tus mejillas. Hiela tu alma delicada. Nuestra casa es triste. Aludes y tempestades se desencadenan á nuestro alrededor.

INES.—Sí, pero el ventisquero nos proteje. Los aludes de la primavera pasan por encima del techo de nuestra casa parroquial, sin tocarla.

BRAND.—Y ¿el sol? Nunca le vemos.

INES.—Pero sus rayos suaves y calurosos brillan allí arriba, sobre la cumbre de la montaña.

BRAND.—Sí, durante tres semanas en verano. Pero nunca baja aquí.

INES.—*(Le mira fijamente, se levanta con viveza y dice):* Brand, sé lo que te espanta.

BRAND.—Por tí tengo miedo.

INES.—Nó, por tí.

BRAND.—Tú guardas un angustia en tu corazón.

INES.—Tu tambien.

BRAND.—Estás poseida del vértigo, como si hubiese un abismo á tus pies. Vamos. Habla. Dímelo todo.

INES.—Sí á veces tiemblo. *(Se interrumpe).*

BRAND.—¿Tiemblas? ¿Por quien?

INES.—Por Alf.

BRAND.—¿Por Alf?

INES.—¿Tu tambien?

BRAND.—Sí, á veces. Pero nó; Dios es bueno y no querrá quitárnoslo. ¡Mi pequeño Alf! Ya verás. Por fin se hará grande y fuerte. ¿Donde está?

INES.—Duerme.

BRAND.—*(Mirando por la puerta entreabierta).* Mira. No respira en su sueño como lo ha-

ría un niño enfermo. ¿Ves su manita regordeta?

INES.—Sí; pero muy pálida.

BRAND.—Muy pálida sí, pero ya se le pasará.

INES.—Duerme muy tranquilo. Este sueño le reanimará.

BRAND.—¡Qué Dios te proteja! ¡Duerme y despiértate sano y animado! *(Cierra la puerta)*. Vosotros dos, habeis introducido la paz y la luz en mi obra. Me alijerais todas las cargas y todos los pesares. A tu lado nunca he sentido debilitarse mi valor, y en los juegos de los niños, más de una vez he hallado nuevas fuerzas. Acepté mi vocación como un martirio. Pero después de algún tiempo ¡qué cambio! ¡Cuan dichoso fuí en mis esfuerzos!

INES.—Sí, Brand; mas, tú mereces esta felicidad ¡Oh; tú has sufrido y luchado! He visto tus pesares, tus fatigas, y tus lágrimas de sangre derramadas en silencio

BRAND—Es verdad. Pero nada me ha pesado. Contigo el amor penetró en mi alma como un suave rayo de primavera Hasta entonces nunca lo había conocido. No fueron ni mi madre ni mi padre los que la encendieron, porqué ellos dejaron que cada chispa se apagase bajo la ceniza. ¡Oh! Diríase que toda la suma de ternura secretamente acumulada en mi corazón, se convirtió en una aureola para ceñir tu frente y la suya, mi querida esposa.

INES.—No es solo la mía y la del niño, todas las frentes resplandecen en esa gran familia que es la nuestra propia, entre esos hermanos que nos ha dado el dolor, entre esos hijos que nos ha encomendado la desgracia, entre los niños que lloran y entre las madres consoladas, las frentes de to-

dos los huéspedes que se han aposentado en tu corazón y que han encontrado en él manjar abundante.

Brand—Por vosotros se hizo todo. Este espíritu de dulzura que se ha compenetrado conmigo, esta arca celestial, es obra vuestra. Para que un alma abrace á todos los seres, es menester que antes acaricie á uno solo. Careciendo de todo, en la soledad, mi corazón se habría endurecido. petrificado.

Ines.—Y aun tiene algo de áspero tu amor. Pegas antes de acariciar.

Brand.—¿Lo has experimentado, Inés?

Ines —¿Yo? No, mi bien. Tu solo me has impuesto una tarea igual y llevadera. Pero he visto á las almas alejadas de tí, por ese «to do ó nada» que las pides.

Brand.—Desconozco lo que el mundo llama amor y no quiero conocerlo. No conozco más que ese amor divino que nunca se debilita ni se enternece. Es fuerte hasta en las angustias de la muerte. En el monte de los Olivos, ¿cual fué la respuesta de Dios á su hijo que, con la frente sudorosa, gemia y suplicaba á su padre celestial, que apartase de sus labios el caliz de la amargura? ¿Se lo apartó? No, hija mia. Se lo hizo apurar hasta las heces.

Ines.—¡Ah! Si hubiesemos de ser juzgados con tal rigor ¿qué alma escaparía á la condenación?

Brand.—Nadie sabe quien será castigado. Pero mira lo que fué escrito con caracteres de fuego por una mano eterna: «Sin ser firme hasta el fin, no se adquiere la corona de la vida. Para purificarte no bastan los sudores de la angustia, es necesario el fuego del martirio; si no *puedes*, de fijo serás perdonado pero si no *quieres*, nó!»

Ines.—Sí, lo que tú dices debe ser verdad. ¡Oh! ¡Hazme llegar á las cumbres á que tú asciendes! Guiame, guiame hacia tus celestes alturas. Mi voluntad es fuerte pero mis fuerzas son débiles. A veces cuando la angustia se apodera de mí me siento desfallecer, y mi pié cansado se arrastra pesadamente por el suelo.

Brand.—Mira, Inés; hay una piedra de toque para conocer lo bueno: nada de vergonzosos compromisos. Un hombre ve condenada su obra si hace las cosas á medias, si no piensa más que en las apariencias. Es preciso que este precepto sea elevado á ley por las obras y no por las palabras.

Ines.—*(Arrojándose á su cuello.)* Quiero ir á donde me conduzcas.

Brand.—No hay cuesta por pedregosa que sea, que no puedan subirla dos juntos.

El doctor.—*(Desciende por la cuesta y se detiene á la entrada del jardin.)* ¡Ah! Aquí están las palomas arrullándose en su hoyo desierto.

Ines —¡Mi querido doctor! ¿Como? ¿Eres tú? ¡Entra pues! ¡Entra aprisa! *(Desciende corriendo y abre la puerta del jardín.)*

Doctor.—No es á vuestra casa á la que vengo. Ya sabes que estoy enfadado. ¿A quien se le ocurre instalarse en un paraje como este junto á los ventisqueros, con el cuerpo y el alma transidos por este viento de invierno?

Brand.—No, el alma no.

Doctor.—¿De veras? Sí, asi parece en efecto. Diríase que vuestra unión, contraída á la carrera, va dando pruebas de fuerza y de solidez, contra la creencia antigua que sostiene que las obras hechas á prisa no pueden durar.

INES.—Un beso del sol, una sola campanada, despiertan en todas partes un hermoso día de verano.
DOCTOR.—¡Adios! Me espera una enferma.
BRAND.—¿Mi madre?
DOCTOR.—Sí. ¿Venís también?
BRAND.—No aun.
DOCTOR.—¿Acabais, tal vez, de ir allí?
BRAND.—No.
DOCTOR.—Tiene usted el corazón endurecido, sacerdote. He atravesado toda la meseta bajo una lluvia torrencial, sabiendo sin embargo, que me pagaría como los pobres.
BRAND.—¡Que Dios le ayude! Procure usted aligerar esta prueba cruel.
DOCTOR.—Que Dios sea testigo de mi buena voluntad. Enseguida que me llamaron, acudí.
BRAND.—Ella le envía á buscar á usted. Pero se olvida de mí. Yo espero, siempre espero, con la angustia en el alma.
DOCTOR.—Vaya usted sin que le llamen.
BRAND.—Nada tendría que hacer.
DOCTOR.—(*A Inés.*) Pobre niña, tu tan frágil en manos tan duras.
BRAND.—No soy duro.
INÉS.—Derramaría su sangre por esa alma si pudiera salvarla.
BRAND.—Pagaré sus deudas como un hijo debe hacerlo.
DOCTOR.—Comience usted por pagar las suyas.
BRAND.—Dios quiere que uno solo pague por muchos.
DOCTOR.—Con tal de que no sea un mendigo endeudado hasta los pelos.
BRAND.—Rico ó mendigo, poseo una voluntad completa y esto basta.
DOCTOR.—Sí, siempre en su gran libro veo escrita la voluntad viril. Es una fórmula

que lo enriquece, pero quiero también, sacerdote, una página blanca: la rúbrica de la caridad. *(Se va.)*

Brand.—*(Siguiéndole con los ojos.)* No hay palabra que nos encadene más al cieno que la palabra *caridad.* Con astucia diabólica se forma de ella un velo para encubrir la falta de voluntad, y la vida se trueca en un juego de coquetería. ¿Está uno cansado de subir por una cuesta abrupta y resbaladiza? Se la abandona para seguir al *amor.* ¿Prefiere uno el camino ancho y cómodo? Va por él por *amor.* Se ve el fin que uno persigue, pero temiendo combatir cree llegarse á él por medio del *amor.* Y si alguien se extravía conociendo el verdadero camino, tiene una disculpa, el *amor.*

Inés —Sí, todo eso es falso, lo creo y sin embargo á veces estoy á punto de creer que es verdadero.

Brand.—¡No! porque hay una condicióu indispensable que se olvida. Ante todo, la ley suprema tiene sed de justicia. Ante todo, es preciso querer; no solo las cosas grandes y pequeñas, asequibles en cambio de algunas penas y de algunos esfuerzos, no, es preciso querer con insistencia, con alegría, venciendo las más terriblas pruebas. No son la cruz, ni el tormento, ni la muerte, lo que constituyen el martirio. Ante todo, es preciso querer la cruz, querer en medio de las angustias del alma. Solo entonces se puede esperar la salvación.

Inés.—*(Abrazándose fuertemente á él.)* A ti te tocará responder cuando hable esa ley incontestable. Tú eres fuerte, esposo mío.

Brand.—Cuando haya triunfado la voluntad en semejante combate, debe aparecer el

amor, descendiendo como una blanca paloma, portadora del olivo de paz. Pero aquí, ante un pueblo débil é indolente, el mejor amor es el odio. *(Extremeciéndose.)* ¡El odio! ¡El odio! Una palabra tan fácil de pronunciar. ¡Oh! Se necesita combatir sin descanso para querer lo que significa. *(Entra en su casa.)*

INÉS.—*(Mirando por la puerta.)* Se arrodilla al lado de su querido hijo, moviendo la cabeza como si llorase. Se entrega á la desesperación junto á la cuna del niño. ¡Ah! Qué tesoro de amor posee su alma fuerte y viril. Tiene el derecho de amar á Alf; la serpiente del mundo no ha mordido aún el pie del niño. *(Con espanto.)* Se levanta con sobresalto. ¿Qué habrá visto? Está pálido como un muerto.

BRAND.—*(Reapareciendo encima de la escalera.)* ¿Ningún aviso?

INÉS.—No; nadie ha venido.

BRAND.—*(Volviendo los ojos hacia la puerta.)* Su piel está tersa y reluciente, su pulso late muy aprisa, sus sienes arden. No te asustes, Inés.

INÉS.—¡Dios mío! ¡Qué idea!

BRAND.—No te asustes. *(Mira hacia el camino y grita.)* Veo un mensajero.

UN HOMBRE.—*(Aproximándose á la verja.)* Padre, puedes venir.

BRAND.—*(Vivamente.)* Sí, enseguida. ¿Qué recado me traes?

UN HOMBRE.—Es algo confuso. Se sentó en su cama y adelantando su cuerpo, dijo: «Id á buscar un sacerdote, doy la mitad de lo que tengo por recibir los sacramentos!»

BRAND.—*(Temblando.)* ¿La mitad solo? ¡Te equivocas! ¡Dí que te equivocas!

El Hombre.—*(Sacudiendo la cabeza.)* ¡No sería honrado, padre!

Brand.—¡La mitad, la mitad! Ha querido decir *todo*.

El Hombre.—¡Tal vez! Pero ha pronunciado la palabra muy claramente, en voz alta. Pasará mucho tiempo antes de que se me olvide.

Brand.—*(Cogiéndole por un brazo.)* El día del juicio supremo, ante el tribunal de Dios, ¿te atreverías á jurar que esas son las palabras que ha pronunciado?

El Hombre.—Sí.

Brand.—Lleva mi respuesta: ¡ni sacerdote ni sacramentos!

El Hombre.—No me habré explicado bien. Es tu madre quien me envía.

Brand.—No tengo dos medidas: una para la familia y otra para los extraños.

El Hombre.—¡Qué palabras tan duras!

Brand.—Ya sabe ella que es preciso sacrificar todo ó nada.

El Hombre.—¡Sacerdote!

Brand.—Dila que el pedazo más pequeño del becerro de oro, aún es un ídolo repugnante.

El Hombre.—La llevaré tu respuesta; un latigazo que procuraré que sea lo menos fuerte posible. Aún la queda alguna esperanza. Dios no es tan inflexible como tú. *(Se va.)*

Brand.—Sí, esta esperanza maldita ha contribuído mucho á la pérdida universal. Cuando llega el trance supremo, utilizan elegías y lamentos para apacigüar al juez. ¡Es tan cándido! No puede obrar de otro modo. Le conoce su hombre, ¿no es verdad? Todo cuanto hace indica que el viejo no es difícil de contentar. *(El hombre que ha en-*

contrado á otro, retrocede y llegan los dos juntos.)

BRAND.—¿Un recado nuevo?

EL 1.º—Sí.

BRAND.—¿Qué vienes á decirme?

EL 2.º—Las nueve décimas partes: esto es lo que ofrece ahora.

BRAND.—Todo, ¿no?

EL 2.º—No, todo no.

BRAND.—Ya sabéis mi respuesta: ni sacerdote ni sacramentos.

EL 2.º—Ha expiado sus faltas con crueles sufrimientos.

EL 1.º—Acuérdate que te ha dado la vida.

BRAND.—*(Retorciéndose las manos.)* No puedo tener dos balanzas: una para los míos y otra para los extraños.

EL 2.º—La enferma está muy angustiada. Ven ó envíala á lo menos, una palabra de consuelo.

BRAND.—*(Al 1.º)*—Vé y repite mis palabras á la enferma: es preciso preparar la mesa para el pan y el vino de la gracia. *(Se van.)*

INES.—*(Apoyándose en Brand.)* A veces me das miedo, Brand. Te veo llamear como la espada del Señor.

BRAND.—*(Con voz lacrimosa.)* ¿No te parece que es el mundo, el que una vez más la ha desenvainado contra mí? ¿No es mi alma la que sangra á los golpes de su eterna debilidad?

INES.—Es una condición dura que tu mismo te impones.

BRAND.—Atrévete á dictar una menos severa.

INES.—Somete al que quieras á una prueba semejante y verás si resiste.

BRAND.—No; si lo que tu dices es terriblemente verdadero. Hay algo de falso, de poco sólido, de trivial y de mezquino, en el modo

de ver de nuestra raza. ¿Quién, aunque estuviera ya en su lecho de muerte, consentiría en hacer un donativo en secreto? Pide al héroe que oculte su nombre y que se contente con la victoria. Impón la misma condición á un rey, á un emperador, y ya verás si obran como antes. Pide á un poeta que abra en secreto la jaula á sus bellos pájaros cantores, sin que sepan que le deben sus alas y la brillantez de su plumaje. No, la abnegación no florece, ni en los gigantescos arbolados, ni en los matorrales Dominan el mundo ideas de esclavo. Hasta en los bordes del abismo se aferra con furor rabioso al polvo de la vida, y cuando cede y se aventa, aún los hombres se agarran á los briznas de hierba, y hunden sus uñas en el lodo.

INES.—¿Y es á esta raza irreparablemente caída á la que tu gritas: *ó todo ó nada*?

BRAND.—El que quiera vencer no debe rendirse. Desde el mismo fondo del abismo, puede uno elevarse á gran altura. (*Calla algunos instantes y después añade con voz entrecortada.*) Y sin embargo, frente á cada alma aislada, á la que dícto las condiciones de su resurrección, me angustio como el náufrago que se aferra á una tabla. En secreto, en un acceso de dolor, muchas veces he mordido esta lengua aguzada para el castigo; y estos brazos que se levantaban para pegar, hubieran querido unirse en un abrazo estrecho. Ve, Inés, ve á ver el niño que duerme, y que tu canto le produzca un sueño alegre. Un alma de niño es serena y límpida como un lago pequeño en la montaña, en que jugueteașe el sol del verano. Que su madre se le acerque como un paja-

ro silencioso que vuela y se contempla en la superficie de aguas muy profundas.

INES.—(*Palideciendo*) ¿Qué tienes, Brand? Cuando se escapan las flechas de tu pensamiento, siempre se dirigen hacia él sus puntas.

BRAND.—¡Oh! no es nada. Vélale. Vélale dulcemente.

INES.—Dime una palabra.

BRAND.—¿Quieres que sea fuerte?

INES.—No, que sea dulce.

BRAND.—(*Cogiéndola por un brazo.*) El que esté sin pecado, vivirá

INES.—(*Cuya mirada se anima y se posa sobre Brand.*) Hay algo que Dios no puede exigir. (*Entra en su casa.*)

BRAND.—¡Y se atreve! (*Mirando fijamente*) El Señor pudo exigirlo todo, hasta el sacrificio de Isaac. (*Siguiendo su pensamiento.*) No, no; he ofrecido mi holocausto. He sacrificado mi vocación, yo que quería ser el rayo del Señor que despertase á los hombres de su letargo. ¡Mentira! Aquí no ha habido sacrificio, sino un sueño desvanecido, del que Inés me ha despertado para seguirme hasta aquí. ¿No es siempre la misma obra, la que hasta hoy vengo llevando á cabo en la sombra? (*Mirando al camino.*) Como tarda, este mensajero encargado de la palabra de penitencia, de la ofrenda expiatoria que ha de borrar el pecado y destruir el mal, desde su ramaje arrogante, hasta sus últimas raíces bajo tierra. ¡Allí está! ¡No! es el baile grueso y ágil, fresco y sonriente, con sus manos en los bolsillos, y sus brazos separados como los signos de un paréntesis.

BAILE.—(*A través de la reja.*) Nos vemos pocas veces y vengo sin duda en mala ocasión.

BRAND.—*(Indicando la casa.)* Dígnese usted entrar.

BAILE.—Gracias, estoy bien aquí. Es mi asunto el que le ruego que acoja usted con benevolencia. Puede usted estar seguro que es para el bien de todos.

BRAND.—¿De qué se trata?

BAILE.—Me han dicho que su madre está agonizando, lo cual me aflige mucho.

BRAND.—No lo dudo.

BAILE.—Me aflige profundamente.

BRAND.—Diga usted lo que le trae por aquí.

BAILE.—En fin, á su edad... ¡Dios mío! Todos pasaremos por ese trance más tarde ó más temprano: en esto venía pensando ahora en mi carruaje. Además, he oido á muchas personas, que desde su llegada aquí, ha existido entre usted y ella una desavenencia de familia.

BRAND.—¿Una desavenencia de familia?

BAILE.—También se dice que es algo intransigente cuando se trata de su fortuna. Usted cree sin duda que esto es demasiado. Cada cual tienen sus intereses que defender. Y desde la muerte de su padre, no ha habido partición: ella disfruta de todo.

BRAND.—Sin partición, es verdad.

BAILE.—Siempre hay desavenencias entre los herederos. Y juzgando, por varias razones, que la aproximación de esta última hora la soportaría usted con algo de indiferencia, he pensado que usted me escucharía con tranquilidad, aunque el momento pareciese mal escogido.

BRAND.—Ahora ó después, es lo mismo.

BAILE.—En buen hora. Abordo el asunto. Cuando su madre esté enterrada, lo que no puede tardar, usted será rico.

BRAND.—¿Lo cree usted?

BAILE.—Sí, lo creo, estoy seguro. Posee porciones de tierra á lo largo del *fiord*, tan extensas, que apenas pueden verse los límites con gemelos. Sí, sacerdote, usted será rico.

BRAND.—¿Y las leyes de partición?

BAILE.—(*Sonriendo*). ¿Que tienen que hacer aquí? Sólo conciernen á los coherederos y yo no conozco más que á usted.

BRAND.—Y ¿si se presentaran diciendo; tengo derechos auténticos?

BAILE.—Seria menester que fuera el diablo en persona. Míreme bien frente á frente: nadie puede hacer valer contra usted cualquier pretensión, sea la que sea. Creame usted. Estoy bien informado. Convengamos, pues, que en adelante usted será un hombre de posición desahogada y hasta rico. Usted no tendrá necesidad de ejercer su ministerio en este rincón. El mundo va á abrirse ante usted.

BRAND.—Escuche usted, baile. ¿Todo su discurso no podría reunirse en una palabra: parta usted?

BAILE.—Esto era poco más ó menos lo que iba á decir. Creo, en efecto, que eso convendría á todos. Considere usted atentamente á las gentes á las que predica la palabra de Dios, y se verá usted entre nosotros, poco más ó menos que como un lobo en medio de una manada de patos. Usted no conviene aquí. Compréndame usted bien. Sus cualidades, que le harían ser muy útil en una gran población, son más bien perjudiciales aquí, entre estas gentes, amos y señores hereditarios de las barrancas y de las derrumbaderos, como se titulan ellos mismos con orgullo.

BRAND.—Como un árbol hunde su raiz en la tierra, el hombre debe arraigar en el suelo

natal. Si no encuentra su actividad trabajo suficiente, es estéril, y está condenado en sus palabras y en sus obras.

BAILE.—La primera regla que debe seguir, el que quiera enseñar á los hombres, es acomodarse á las necesidades del país.

BRAND.—Esas necesidades mejor se ven desde las cumbres, que desde las profundidades que habitan los que dominan los *fields*.

BAILE.—Estas reflexiones son buenas para los habitantes de la ciudad, no para los de este pobre valle.

BRAND.—¡Oh! ¡Los límites que sabeis poner entre la llanura y la montaña! Reclamais tantos derechos como en las grandes ciudades pero quereis libraros de los derechos cívicos. Vergonzosamente creeis tener razón cuando pronunciais este grito lastimero: «No somos más que un pueblo pequeño.»

BAILE.—Cada cosa á su tiempo, á cada tiempo su labor, y á cada raza el surco que ha de abrir Nuestra comunidad ha depositado su óbolo en la gran caja universal. Hace mucho tiempo que ha ocurrido esto, es verdad. Pero la parte no ha sido por eso más pequeña. El pais, usted lo vé, hoy está casi desierto, pero su gloria la repiten las leyendas. Se remonta su grandeza, hoy decaida, á los tiempos del rey Bel. Aún se recuerdan las expediciones de los hermanos Thor y Ulf y de todos los valientes que por centenares, iban á buscar su botín en ia costa bretona, saqueando cuanto querían. El hombre del Sur lanzaba gritos de terror y, tembloroso, suplicaba á Dios que le librase del yugo de los bárbaros. Y estos bárbaros aunque se afirme otra cosa, eran nuestros antepasados. ¡Ah! ¡Los valientes! Ellos sí que sabian vengarse con el hierro y con el

fuego. Y nuestras tradiciones recuerdan á un guerrero de Dios que se cruzó, aunque sin añadir que fuese á Tierra Santa.

BRAND.—Este hombre tan fiel á su voto, ha dejado sin duda descendencia.

BAILE.—Seguramente, pero ¿cómo lo sabe usted?

BRAND.—¡Oh! Creo reconocer su noble raza en nuestros héroes modernos, tan pródigos en palabras, y en los que la cruzada produce el mismo resultado.

BAILE.—Sí, la familia existe aún. Pero no estamos en los tiempos del rey Bel. Nuestros hombres marcharon al principio lejos, después á los pueblos de vecinos y amigos, á los que visitábamos con el hacha en la mano, talando sus mieses, incendiando iglesias y chozas, y amontonando laureles sobre laureles. Tal vez se ha ensalzado más de lo justo la sangre así derramada, pero es lícito invocar estos gloriosos recuerdos del pasado, para afirmar que con la tea incendiaria y con la espada, nuestro pueblo ha trabajado también por el progreso universal, en la gran obra común, en la historia de la humanidad.

BRAND.—Pero hoy, olvidando que nobleza obliga, ¿no paseais el arado y el rastrillo por la herencia del rey Bel, que no es más que un campo cultivado?

BAILE.—De ningún modo. Vaya usted á nuestras fiestas populares, á aquellas en que el intendente, yo, el maestro de escuela y el juez de paz, ocupamos los sitios de honor. Verá usted cuando el ponche circule, que la memoria del rey Bel vive entre nosotros. En los brindis y en los cantos de los comensales, en los discursos cortos ó largos. al son de los vasos que chocan entre sí,

aparece su recuerdo provocando vítores. Yo mismo, á veces me siento inspirado por él, y mis pensamientos se truecan en coronas de flores que entusiasman á mis conciudadanos. Me gusta un poco la poesía: todos, en este país, sienten debilidad por ella. Pero es preciso usarla con medida; no la mezclemos con los negocios de la vida. La poesía tiene su hora, por la noche, entre siete y diez. Entonces se vé uno libre de ocupaciones, fatigado del trabajo y casi se necesita un baño de ideal. La diferencia entre nosotros es que usted quiere trabajar y combatir á la vez. Si le he comprendido bien á usted; su fin es combinar la vida real con el ideal de la existencia. Trata usted de unir en un todo, el combate por Dios y el cultivo de los patatas. del mismo modo que el carbón se une al salitre y al azufre, para formar la pólvora.

BRAND.—Casi, casi.

BAILE.—Pues bien, esto no es posible aquí. Tal vez pueda serlo en las grandes poblaciones. Predique usted, pues, allí, sus máximas sublimes y déjenos usted remover nuestros terrones y cavar nuestros jardines.

BRAND.—Cavadlos cuanto querais y llenaos la boca hablando de vuestros padres. Un enano siempre será un enano, aunque haya tenido á un Goliath por antepasado.

BAILE.—Grande es el pueblo que tiene hermosas tradiciones.

BRAND.—Sí, cuando los hechos que las originan ocurren durante nuestra vida. Pero vosotros bajo el túmulo sepulcral de vuestras hazañas, no escondeis más que una vergonzosa indolencia.

BAILE.—Acabo por donde comencé. Haría usted bien en marcharse. Aquí su trabajo re-

sultará estéril, su pensamiento, incomprensible. Si se necesita un pequeño vuelo, si hace falta un poco de aire para elevar á estos hombres de la tierra, yo trabajaré concienzudamente. Mi carrera ofrece testimonios de celo. Gracias á mí, la población se ha duplicado, ¿qué digo? ¡triplicado! Y es porque he sabido proteger á su debido tiempo, y convertirlos en fecundos, los grandes adelantos de la industria. Triunfando de la naturaleza que nos era contraria, nos lanzamos al vapor por la senda del progreso. Por todas partes se han abierto carreteras y construido puentes.

BRAND.—Excepto entre la vida y la fé.

BAILE.—Se han unido los *fiords* á los ventisqueros.

BRAND.—Pero nó la idea á la acción.

BAILE.—Lo que ante todo nos hace falta son vias de comunicación que unan las comarcas y acerquen á los hombres entre sí: todos estaban de acuerdo sobre este particular antes de la llegada de usted á nuestra parroquia. Después, todo se ha confundido. Se ven lucir á la vez la linterna del minero y la aurora boreal, y en medio de ese día falso, no se pueden distinguir la verdad del error ni el bien del mal. Usted ha ensombrecido todas nuestras relaciones y dividido en bandos hóstiles á toda esta tropa que, bien guiada, hubiera podido alcanzar la victoria.

BRAND.—Diga usted lo que quiera, no me iré. No debe escogerse el terreno en que se ha de trabajar. El que conozca su fin y quiere llegar hasta él, vé claramente, marcado con carácteres de fuego, el lugar que se le destina.

BAILE.—Pues permanezca usted aquí, pero en-

cerrado en ciertos límites. Mi mayor deseo es que limpie usted á ese buen pueblo, de los vicios y de los pecados que le hân invadido. Bien sabe Dios que á menudo necesita que le purifiquen. Pero todos los dias no son domingos. No los confunda usted con los dias de trabajo, y no ize usted su pabellón sobre todos los barcos que atraviesan nuestro *fiord*, como si todos condujeran al Señor.

BRAND.—Para hacer caso de sus consejos, debería cambiar de alma y ver el mundo de otra manera. Pero, cuando se tiene una vocación, es preciso hacer triunfar su causa y yo haré triunfar la mía, extenderé la luz por mi pueblo natal. Este pueblo gobernado por usted y por sus semejantes, debe despertarse de su adormecimiento. Bastante tiempo habeis tenido encerrado y atormentado por vuestro espíritu limitado, lo que aún le restaba de su naturaleza libre. Le someteis á dieta, al régimen de vuestra mezquindad, y por eso se le vé débil y embrutecido. Le habeis arrancado lo mejor de su sangre, la médula de su valor. Habeis roto, despedazado, el bloque de bronce de su alma. Pero aún puede estallar una rebelión, aún puede llegar á vuestros oidos un grito de guerra.

BAILE.—¿Un grito de guerra?

BRAND.—Sí. Un grito de guerra.

BAILE.—Si usted nos declara la guerra, usted será la primera victima.

BRAND.—Y en su día, cuando se abran los ojos á la luz, se verá en la derrota la mayor de las victorias.

BAILE.—Reflexione usted, Brand. Los momentos son críticos. No lo juegue usted todo á una sola carta.

BRAND.—Eso es lo que pienso hacer.

BAILE.—Si pierde, habrá usted derrochado su vida Usted posee todos los bienes de este mundo, heredero de una madre muy rica, padre de un niño para el que debe usted vivir y marido de una esposa amada. Se le ofrece á usted un conjunto de felicidad, como don de una mano bienhechora.

BRAND.—¿Y si vuelvo la espalda á ese conjunto de felicidad, como le llama usted? ¿Y si es preciso?

BAILE.—Combatir aquí es correr á una derrota segura. La tierra es ingrata Dirija usted su vuelo hacia el Sur, hacia las costas afortunadas en que el hombre se atreve á llevar la frente alta. Allí tendrá usted razón si les predica el esfuerzo, si les somete á pruebas sangrientas. Nuestro sacrificio no debe ser de sangre, sinó de sudor, el sudor que produce una lucha cuotidiana por el pan que tenemos que arrancar á estos estériles arrecifes.

BRAND.—Y sin embargo, permanezco aquí. Aqui estoy en mi casa y en mi casa es donde debo combatir.

BAILE.—Piense usted en lo que perderá por poco que su pié resbale, y sobretodo, en lo que deja usted escapar.

BRAND.—Si retrocedo, me pierdo yo mismo.

BAILE.—Brand, un luchador aislado combate sin esperanza.

BRAND.—Mi compañia es fuerte. Van conmigo los escogidos.

BAILE.—*(Sonriendo)*. Tal vez, pero tengo á mi favor el número. *(Se vá)*.

BRAND.—*(Siguiéndole con los ojos)*. Este es un hombre de la raza, con buenos principios, buenas intenciones, y hasta, á su manera equitativo, trabajador, y generoso. Pero

para su pueblo es una plaga. No hay alud, ni inundación ni invierno tempestuoso, ni hambre, ni peste que causen tantos estragos como ese hombre por medio de su modo de obrar á diario. Una catástrofe solo nos quita la vida. Pero él... ¡Cuantos pensamientos aniquilados, cuantas voluntades fuertes abatidas, cuantos acentos vigorosos ahogados por su alma pequeña y sin aliento! ¡Cuantas sonrisas de los labios del pueblo, cuantos gozos y sobresaltos sublimes hubieran podido convertirse en acción si ese hombre no lo hubiese inutilizado! *(De pronto poseido de ansiedad).* ¡Oh! Pero el mensajero... ¡Nadie! ¡Nadie viene! Si, veo el médico. *(Se precipita al encuentro del Doctor).* ¡Hable usted! ¡Hable usted! Mi madre...

DOCTOR.—Está delante de su juez.

BRAND.—¡Muerta! ¿Pero en estado de contrición...?

DOCTOR.—No lo creo. Hasta el último instante se la ha visto apegada á su fortuna.

BRAND.—*(Con la mirada fija, extremeciéndose ligeramente).* ¿Es un alma rebelde que se ha perdido?

DOCTOR.—Tal vez la juzgue con indulgencia, la misericordia, no la justicia.

BRAND.—*(En voz baja).* ¿Que ha dicho ella?

DOCTOR.—Dios, ha murmurado en voz baja, tiene el corazón menos duro que mi hijo.

BRAND.—*(Anonadado, dejándose caer sobre un banco).* En las tinieblas del crimen y en las de la muerte, siempre la misma mentira se apodera de todas las almas. *(Se cubre la cara con las manos).*

DOCTOR.—*(Se le acerca, le mira y mueve la cabeza).* Usted quiere resucitar un tiempo que ha pasado para no volver. Usted cree que

el pacto antiguo concertado entre Dios y su pueblo, aun está en rigor. Y no es así; Cada generación tiene su modo especial de ser. La nuestra no se asusta ya de los azotes de fuego, ni de los cuentos de viejas que le hablan de almas condenadas. Ser humano, tal es nuestro primer mandamiento.

BRAND.—*(Levantando la cabeza)*. ¡Humano! Palabra vergonzosa que sirve de consigna á la raza: pretexto explotado por todos los pobres de espíritu á quienes falta el valor y la voluntad: máscara del miedo que causa el arriesgarlo todo para vencer: puerto de todos los perjuros que desfallecen á una promesa seguida de vergonzoso arrepentimiento. Almas de enanos que convierten al hombre en un ser *humanitario*. ¿Lo fué Dios con Jesucristo? ¡Ah! ¡Si hubiese sido hijo de vuestro Dios, habría pedido perdón al pié de la cruz, y la obra de redención se hubiera convertido en algún sub ime protocolo. *(Apoya la cabeza entre las manos y permanece abismado en una cruel tristeza)*.

DOCTOR.—*(Con dulzura)*. ¡Vamos! Exhala tu cólera, alma repleta de tempestades. Querría verte llorar.

INES —*(Pálida y asustada, aparece en lo alto de la escalera y dice al Doctor en voz baja)*. ¡Venga usted pronto! ¡Sígame usted á mi!

DOCTOR.—Me asustas. ¿Que pasa, hija mía?

INES.—La angustia me ahoga, como si una serpiente se me enroscase.

DOCTOR —¿Que pasa?

INES.—¡Venga usted! ¡Oh, Dios todo poderoso! *(Entran en la casa. Brand no ha notado nada)*.

BRAND.—*(En voz baja, con la mirada fija)*, ¡Muerta sin arrepentirse! ¡Muerta como ha vivido! ¡Veo en ello la mano de Dios! Debo

hacer fructificar el tesoro que ella ha perdido. ¡Maldito sea si desfallezco! *(Se levanta)*. Por deber filial, debo, desde este momento, combatir aquí sobre mi suelo natal, luchando como caballero del Señor, para alcanzar el triunfo del alma con la derrota de la carne. Dios me ha dado el acero de su lengua, él me ha abrasado en el fuego de su cólera, y aquí estoy, con el poderío de mi voluntad, dispuesto á romper, á pulverizar los peñascos.

Doctor.—*(Seguido de Inés sale precipitadamente de la casa y grita á Brand desde lo alto de la escalera)*. Pon orden á tus asuntos y abandona el país.

Brand.—Aunque la tierra se abriese, permanecería en mi puesto.

Doctor.—En ese caso, tu hijo muere.

Brand.—*(Con un grito terrible)*. ¡Alf! ¡Mi hijo! ¡Alf! ¿Quien quiere asustarme? ¿Mi hijo? *(Se precipita hacia la casa)*.

Doctor.—(*Reteniendole*). ¡No; escucha! Aquí no hay luz, no hay sol; sopla una brisa polar y todo lo enmohece la espesa niebla. Un invierno más pasado en este clima, y acaba su existencia. Si partes Brand, tu hijo se salva. Decídate, aunque sea sacrificándote; parte mañana.

Brand.—Esta noche; no, enseguida, al momento ¡Oh! Quiero que crezca, que viva sano y fuerte. Ni el viento helado ni la brisa del *fiord* deben dañar su pecho. Ven, Inés, cógele con suavidad mientras duerme. ¡Huyamos! ¡Huyamos más allá de los estrechos! ¡Ah! ¡Inés! ¡Inés! ¡La muerte teje su tela alrededor de nuestro hijo!

Ines.—Con ansiedad, temblava en secreto, y no hacía más que presentir el peligro.

BRAND —(*Al Doctor*). Pero ¿esta huída le salvará? ¿Me lo promete usted?

DOCTOR.—Nunca temo por la vida de un niño, por cuya salud vela un padre noche y día. Entréguese usted por completo á su hijo, y pronto le verá rebosando salud.

BRAND.-¡Gracias! ¡Gracias! (*A Inés*) Envuélvele bien en sus pañales. El viento del Sur sopla ya sobre esta costa. (*Inés entra á la casa*).

DOCTOR —(*Contempla un instante á Brand, que inmóvil y vuelto hacia la puerta mira al interior de la casa. Despues se acerca á él, le pone la mano sobre su hombro y le dice:*) ¡Bien! ¡Tan inflexible con el mundo y tan acomodaticio cuando se trata de usted! La ley para el mundo no es *poco ó bastante*, sinó *todo ó nada*; pero cuando se trata de ofrecer uno mismo el cordero del sacrificio, tambien falta valor.

BRAND.—¿Que quiere decir usted?

DOCTOR.—Usted sabe hacer repercutir á los oidos de su madre la inexorable ley: «Maldita serás si no te despojas por completo, sinó bajas desnuda al sepulcro» Y más de una vez las mismas palabras se le han repetido al pueblo, en medio de las más duras pruebas. Hoy, al ver su propio barco batido por la tempestad, á punto de zozobrar, usted arroja al mar todos los decretos que hablan de penas y de abismos. Al mar, al mar, ese código grueso y pesado, con el que hiere usted los pechos de sus hermanos. Es su hijo el que está en peligro: es preciso apartarle de las escarchas de los vientos helados ¡Sálvese el que pueda! ¡A través de los golfos y los *fiords!* ¡Sálvese el que pueda! ¡Oh! Abandona el cadáver de su madre, abandona su ministerio y sus ovejas: el sacerdote cuelga sus hábitos.

BRAND.—(*Extremeciéndose convulsivamente, y apretando su frente como para reunir sus pensamientos.)* ¿Es que estoy ciego ahora, ó es que lo he sido hasta hoy?

DOCTOR.—Obra usted como un padre. No crea usted que le censuro. Para mí, es usted más grande ahora, así, vencido, que no antes, cuando creía ser hombre fuerte. ¡Adios! Le he presentado á usted un espejo. Mírese usted y diga suspirando: «¡Dios mío! esta es la imágen de un hombre que quiere escalar el cielo!» *(Se vá.)*

BRAND.—*(Permanece un instante inmóvil, con la mirada fija y después grita:)* Antes ó ahora ¿cuando estuve equivocado? *(Inés aparece en el umbral de la casa, con un manto sobre sus hombros y llevando el niño en brazos. Ella quiere hablarle, pero se detiene espantada al ver la expresión de su cara. Al mismo tiempo,* UN HOMBRE *se acerca vivamente á la reja, abre la puerta y entra. El sol se pone.)*

HOMBRE.—Oye, sacerdote, tienes un enemigo.

BRAND.—*(Crispando la mano sobre el pecho.)* Sí, allí está.

HOMBRE.—No cedas ante el baile. La semilla que has arrojado, germina en este terreno, mas él procura matarla con toda suerte de murmuraciones. Dice que pronto el curato quedará vacante, y que solamente esperas, para volvernos la espalda, la muerte de tu madre y la herencia que te deja.

BRAND.—Y ¿si fuese verdad?

HOMBRE.—Te conozco, sacerdote, y sé lo que valen esas palabras venenosas. Tú les haces frente á él y á los suyos. Nunca ha podido doblegarte, y de ahí su malquerencia.

BRAND.—*(Con vacilación.)* Y ¿si hubiese dicho la verdad?

HOMBRE.—Sería que tú habrías mentido cruelmente.

BRAND.— Dices...?

HOMBRE.—¿Cuantas veces no nos has repetido que Dios mismo te había lanzado al combate, que habías nacido entre nosotros, que éste era tu campo de batalla, que nadie debía ir en contra de su vocación, que era preciso luchar sin retroceder nunca? Y ¡tú tienes vocación! ¡tú! La llama que abrasa tu corazón ardiente y valeroso, ha prendido también en nuestros pechos.

BRAND.—Hombre, no hay aqui orejas que quieran oir. Casi todas las almas son débiles y perezosas.

HOMBRE.—Tú sabes que no. Aqui hay pechos en los que penetran los rayos de lo alto.

BRAND—Pero en la mayor parte domina la noche.

HOMBRE.—Estás aqui para iluminarla, como una lumbrera del cielo. Además, poco importa el número. Yo vengo á buscarte solo y te digo: «¡Parte, si puedes!» Tengo un alma como todos y un libro no la basta. Tú me has separado del abismo; á ver si te atreves á abandonarme. ¡No! ¡No puedes! ¡Te sujetaré con firmeza! ¡Mi alma se pierde si retiras la mano! ¡Adios! Me voy, seguro de que nuestro sacerdote no abandonará á Dios ni á mi *(Se va.)*

INÈS.—*(Timidamente.)* Te veo con las mejillas pálidas y los labios lívidos, como si ahogases un grito en tu corazón.

BRAND.—Sus palabras vigorosas me conmueven. El eco de la montaña centuplica su resonancia.

INÉS.—*(Avanzando un paso.)* Estoy dispuesta.

BRAND.—¿Dispuesta...? ¿A qué?

INÉS.—*(Con decisión)*.—A cumplir con mi de-

ber de madre. ¡Lo quiero! *(Se vé á Gera corriendo por el camino: después se detiene ante la verja del jardín.)*

GERD.—*(Batiendo palmas y gritando con alegría salvaje.)* ¿Saben ustedes la noticia? El sacerdote se vá. Por montes y por valles, aparecen gnomos y espectros, pequeños y grandes, negros y perversos. ¡Ah! Me han azotado, me han hundido sus garras hasta en los ojos, Mi alma está hecha girones. ¡No importa! Lo que queda me basta. Aún me restan hermosos despojos.

BRAND.—Niña, tu espíritu se extravía. Mírame aquí, delante de tí.

GERD.—¿Tú? Si, pero no al sacerdote. Desde allá arriba, desde el Pico Negro, mi buitre ha atravesado de un vuelo la montaña. Ensillado y embridado, salvaje y furioso, hendía los aires, ayudado por el viento de la noche y llevando un hombre encima. ¡Era el sacerdote! ¡Era el sacerdote! ¡ah! La iglesia de aqui está vacía, cerrada y sellada. La miserable ha cumplido su misión. Ahora reinará la mía; con su sacerdote, gigantesco y fuerte, revestido de su ropa talar hecha de hielo y tejida por el invierno ¿Quieres verle? Ven conmigo. La iglesia de aqui está vacía, te lo repito, y mi sacerdote sabe palabras que hacen temblar á la tierra.

BRAND.—Alma quebrantada, ¿quien te envía para arrastrarme hacia tu ídolo?

GERD.—*(Entrando en el jardin.)* ¡El ídolo! ¿De quién hablas? ¡El idolo! Ah! Si, ya sé Pequeño ó grande, siempre pintado, siempre dorado ¿E ídolo? Espera. ¿Lo vés? ¿Distingues bajo su manto sus piecesitos y sus manos de niño? Algo envuelve, entre los pliegues finos y entreverados de su manto. Diríase que tiene entre sus brazos su niño

dormido. Tiene miedo, retrocede protegiendo lo que lleva. ¡Un idolo! Míralo.

INÉS.—*(A Brand.)* ¿Suplicas? ¿Lloras? Yo no puedo; el temor me ha secado las lágrimas.

BRAND.—Inés, esposa mia, ¡maldición para todos! El cielo es quien envia á esta mujer.

GERD.—Escucha: sobre la cumbre salvaje, las campanas voltean. Mira que muchedumbre se aglomera en el camino de la iglesia. ¿Ves á esos millares de espectros que el sacerdote habia hecho precipitar en el lago? ¿Ves esos millones de enanos? Estaban en la tumba y él había sellado la piedra que la cubria. Ahora no les retienen ya, ni las aguas ni el sepulcro. Se arrastran, hormiguean, húmedos y frios. Veo gesticular á pequeños esqueletos de niños. No estaban muertos y sacudieron la tierra que pesaba sobre ellos ¿Les oyes? Llaman: «papá, mamá»; hombres y mujeres les responden. Y mira al baile en medio de esa muuchedumbre, como un padre entre sus hijos. Su mujer toma entre sus brazos á su hijo y le ofrece el seno. Lleva la cabeza más alta que nunca, como si fuese á un bautismo. Ahora que el sacerdote está lejos, todo revive aquí

BRAND.—¡Vete! ¡Déjame! Veo visiones terribles.

GERD —Escucha como ríe sentado en el borde del camino. Inscribe en su libro todas las almas que pasan. ¡Muy bien! Están allí casi todas. Y es que la iglesia de aquí está vacía, cerrada, sellada, y el sacerdote ha huído cabalgando sobre el buitre. *(Franquea la verja de un salto y desaparece en la sombra.)*

INÉS —*(Aproximándose á Brand, le dice con voz sofocada.)* Vayámonos, ha llegado la hora.

BRAND.—*(Mirándola fijamente.)* ¿A donde va-

mos? *(Señalando á la verja y á la casa.)* ¿Allí ó aquí?

Inés.—*(Retrocediendo espantada.)* ¡Brand! ¡Tu hijo! ¡Tu hijo!

Brand.—*(Siguiéndola.)* ¡Responde! ¿Era sacerdote antes de ser padre?

Inés.—*(Retrocediendo más.)* Cuando la voz de Dios me lo pregunte, no le responderé.

Brand.—*(Siguiéndola.)* Eres madre, tú debes decidir.

Ines.—Soy esposa. Manda, si te atreves. Yo me inclinaré, obedeceré.

Brand.—*(Procurando cogerla un brazo.)* ¡Escoge! Aparta de mi ese cáliz.

Ines.—*(Retrocediendo hasta detrás de un árbol.)* Sería preciso que no fuera madre.

Brand.—Leo una amenaza en esas palabras.

Ines.—*(Con entereza.)* Pregúntate si tienes derecho á escoger.

Brand.—La amenaza está más clara.

Ines.—¿Tú crees firmemente que te llama el Señor?

Brand.—Si. (*Cogiéndola una mano con violencia.*) Y ahora dí la palabra de vida ó muerte.

Ines.—Sigue el camino que tu Dios te indique.

Brand.—Vayámonos! Aún es tiempo!

Ines.—*(Con voz angustiosa.)* ¿A donde? *(Brand no responde. Inés le indica la verja.)* ¿Por allí?

Brand.—*(Señalando la casa.)* No: por allí.

Ines.—*(Levantando su hijo entre sus brazos.)* ¡Dios! La víctima que te atreves á exigir, la levanto hasta tu cielo. Guíame á través de las asperezas de la vida! *(Entra en la casa.)*

Brand.—*(Permanece un instante inmóvil, con la mirada fija. Después prorrumpe en sollozos, junta sus manos y se deja caer sobre la escalera gritando:)* ¡Jesús! ¡Jesús! Ilumíname!



ACTO CUARTO

La parroquia. Es la vispera de Navidad. La habitación está á oscuras. Puerta al fondo y puerta lateral; al otro lado una ventana. INES, vestida de luto, está sentadá frente á la ventana, con la vista fija en las tinieblas.

INÉS.—¡No ha vuelto aún! ¡Aún nó! ¡Que pesado es esperar cuando el corazon llama, llama y no le contestan! Cae la nieve en copos espesos. Una sábana blanca cubre el techo de la iglesia vieja. *(Se pone á escuchar)*. ¡Chit! Oigo rechinar la puerta del jardín, y pasos... pasos firmes y viriles. *(Se precipita hacia la puerta y abre.)* ¿Eres tú? ¡Ven! ¡Ven! *(Brand entra: su manteo y su bonete están llenos de nieve. Mientras Inés habla, se los quita Brand).*

INÉS.—*(Echando sus brazos al cuello de Brand)*. ¡Oh! ¡Cuanto has tardado! ¡No me dejes nunca más! No me dejes nunca más. No puedo, sola, soportar estas noches, apartar las sombras que me rodean. ¡Ay! ¡Qué noches he pasado y qué dias!

BRAND.—¡Hija mia! Ya estoy á tu lado. *(Enciende una bujia que esparce una claridad debil por la estancia)*. Estás pálida.

INÉS --Y cansada; casi sin fuerzas. ¡Cuanto te he esperado impaciente, inquieta! Después

he juntado algunos ramos, ¡oh! muy pocos: los ramos conservados después del verano para el árbol de Navidad, su zarzal, como le llamaba yo. Eran para él y con ellos le he hecho una corona... *(Solloza)*. Mira, casi desparece bajo la nieve ¡Oh Dios...!

BRAND.—¡Allí! En cl cementerio.

INÉS.—¡Oh! Esa palabra.

BRAND.—Seca tus lágrimas.

INÉS.—¡Sí, Brand, sí; ten un poco de paciencia! Mi alma sangra aún. ¡La herida es tan reciente! No tengo ni fuerzas ni valor. Sí, pero me corregiré cuando hayan pasado estos días. Ya lo verás: no me quejaré entonces.

BRAND.—¿Y así se festeja la venida del Señor?

INES.—No, ya lo sé, pero ten paciencia Reflexiona. Tan hermoso, tan robusto por la Navidad pasada y este año llevado, llevado... *(Solloza)*.

BRAND.—*(Con energia)*. ¡Al cementerio!

INES —*(Dá un grito)*. ¡Oh! No pronuncies ese nombre.

BRAND.—¡Es preciso pronunciarlo con toda la fuerza de los pulmones! ¡Es necesario lanzarle á los peñascos! ¡Que rujan como las olas que ellos rechazan!

INES.—Y te hace sufrir á tí, más de lo que quieres demostrar. Veo en tu frente el sudor que te ha producido el pronunciar ese nombre.

BRAND.—Es el agua del *fiord* con que el remo me ha salpicado.

INES.—¿Y esta gota en tu párpado? ¿Es de la nieve que se funde? ¡Oh! ¡No! Está demasiado ardiente. Su manantial está en tu corazón.

BRAND.—Inés, esposa mía, resistamos, seamos fuertes uno y otro. Unamos nuestras fuer-

zas, conquistamos el terreno palmo á palmo. ¡Ah! Yo era un luchador, allí, sobre el *fiord*. El agua escondía los escollos, apagaba el grito de las gaviotas; en medio del golfo, azotaba el granizo nuestra débil barca llevada por el agua helada, oia crugir el palo, los costados, las cuerdas. La vela salpicada de espuma no era más que un trapo viejo que el viento sacudía. Por todas partes, en la orilla, veíanse aludes que se desplomaban. Hélabase la sangre en las venas de mis ocho hombres. Parecían ocho cadáveres que hubiesen abandonado sus ataudes. Yo solo, al timón, me agigantaba en el peligro: mandaba á todos, y, como en un bautismo, la mano de Aquel que me llama, ungía mi frente preparándola para la prueba.

INES —Tempestades que desafiar, una vida de combates, todo eso es nada, todo es facil; ¡Oh! Pero piensa en mi, en este pobre nido abandonado en que las horas parecen tan largas. Piensa en mí que no sé nada de la lucha, que no veo ni una chispa de acción. ¡Piensa en mí que permanezco sola, temiendo recordar y no pudiendo olvidar!

BRAND.—¿Ni una chispa de acción? Nunca tu vida ha sido tan activa como ahora. Oyeme: te diré lo que me sostiene en el dolor. A veces mis ojos se nublan, mi corazón sangra y mi espíritu desfallece. No concibo más que una alegría; poder llorar, ¡llorar! Entonces, Inés, entonces Dios se me aparece y le veo más cerca que nunca, tan cerca, que con un paso más estaría á su lado. Y siento sed de estrecharme contra su corazón de padre, de abismarme como un niño en el abrazo reconfortante de su brazo poderoso.

INÉS.—¡Ah! ¡Brand! ¿Por qué no le vés siempre así, como un Dios que se deja abrazar, como un padre, más que como un amo?

BRAND.—No, Inés. En estas condiciones no podría combatir por él. Es necesario que se me aparezca grande y fuerte, dominando el mundo. Los tiempos lo piden porque son pequeños ¡Oh! Pero ¿tú? tú puedes contemplarlo de cerca, como un padre amado; ocultar tu cabeza en su seno, reposar en él cuando te halles fatigada é irte después, más dichosa y más fuerte, con un reflejo suyo sobre los ojos, con un rayo de su aureola que harás descender sobre mí, que habré sufrido y luchado. Mira, Inés, tal unión es la esencia del matrimonio. Uno debe combatir, luchar y defender la obra santa, y el otro debe curar sus heridas. Entonces solamente podrá decirse que los dos no forman más que uno. Desde la hora en que, volviendo la espalda al mundo, jugaste con audacia tu existencia y me seguiste como esposa, tu misión es esa Combatiendo hasta el último trance bajo los rayos del sol, centinela inmóvil durante las noches de nieve, espero de tus manos una bebida refrigerante y un manto que resbalará suavemente bajo el acero de mi coraza, y que reconfortará mi corazón. ¡No! No es este un papel despreciable.

INÉS.—Aún es superior á mis fuerzas, porque todos mis pensamientos tienden á un recuerdo. Todo aún me parece un sueño. Déjame gemir, déjame llorar; así me ayudarás á que me encuentre, á que reconozca mi deber. Esta noche, Brand, durante tu ausencia, le he visto entrar en mi cuarto con las rosas de la salud en sus mejillas; dulcemente, con pasitos de niño, avanzaba

hacia mi cama, vestido solamente con su camisita blanca y tendiéndome los brazos. Sonreía y llamaba á su madre, como si dijese: «Hazme entrar en calor». ¡Oh! ¡Cómo temblaba!

BRAND.—Inés!

INES.—Sí, entiéndelo, el niño tenía frio. ¡Oh! es que hace mucho frio allí abajo, en la almohada de madera en que reposa!

BRAND.—Su cadáver está bajo la nieve, pero el niño está en el cielo.

INES.—(*Apartándose de él.*) ¡Oh! Renuevas sin piedad mi herida, en medio de dolores y de angustias. Lo que tú llamas tan duramente *el cadáver*, es aún para mí el niño. Cuerpo y alma se confunden. No puedo separarles como tú y aparecen *uno* ante mis ojos. Ese Alf que duerme allí bajo la nieve, es mi Alf, es á él á quien veo.

BRAND.—Será preciso que renueve muchas veces las vendas de tus heridas para curarte.

INES.—Sí, pero ten paciencia, Brand. Puedes guiarme con dulzura y no con violencia; sé mi apoyo, mi sostén, y que tu palabra sea cariñosa conmigo Esa voz que truena, al hablar á las almas en los momentos supremos en que se decide su salvación, ¿no tiene acentos dulces para adormecer un dolor implacable? ¿No sabes tú ninguna palabra de vida y de esperanza? El Dios que me has enseñado á conocer, es como un rey en su palacio inaccesible, ¿cómo le contaría mi humilde duelo de madre?

BRAND.—¿Querrias mejor hablar al Dios que conocías antes de encontrarme?

INES.—¡No! ¡No! ¡Nunca volveré á él! y sin embargo, algunas veces, un remordimiento me asalta: me siento atraida hacia arriba, hacia el sol, hacia la luz. Más vale que nos

lleven que no tener que marchar doblegados por la carga. Aqui, todo es demasiado grande para mi, tu misión, tu voluntad, el fin que persigues, los caminos que conducen á él, el *field* que amenaza mi cabeza, el *fiord* que detiene mis pasos, el dolor, el recuerdo, el combate, las tinieblas: sólo la Iglesia es pequeña.

BRAND.—(*Con sobresalto.*) ¡La Iglesia! ¡Aún este pensamiento! Flota en el aire de este país. ¿Pequeña? ¿Qué quieres decir?

INES.—(*Con un movimiento de melancolía.*) ¡Qué sé yo! Es una idea sobre la cual no se puede reflexionar. Nos la traen las corrientes como el viento nos trae los olores. ¿De donde vienen? ¿A donde ván? Me basta comprenderlas. Sé, prescindiendo de otras razones, que la iglesia me parece demasiado pequeña.

BRAND.—Hay cierta clarividencia en los sueños del pueblo. Centenares de almas han repetido á mi paso el mismo pensamiento. Tampoco sabía por qué gritaba aquella jóven insensata allí arriba, cuando repetia: «¡Es muy miserable! ¡Es muy estrecha!» Tampoco razonaba sus palabras. Cientos de mujeres me han dicho más tarde: «Nuestra iglesia es demasiado pequeña.» Estas palabras de mujer revelan una necesidad: hay que construir un palacio para el Señor. Sí, Inés, ya lo veo; tú eres el ángel que Dios ha colocado en mi camino: sin reflexionar, con ojo certero, con paso firme, tomas el sendero que nunca habría sabido encontrar yo solo. Nunca te engaña un fuego fátuo. Desde el primer día me has indicado la verdad en este mundo, me has detenido en el momento en que iba á volar hacia el cielo. Has dirigido mis miradas

sobre mi mismo y sobre el mundo interior. Y de nuevo, Inés, has dicho palabras claras, has tomado mi mano en el momento en que vacilaba, y has iluminado mi obra. ¿Que la iglesia del Señor es pequeña? ¡Pues se la ensanchará! ¡Ah! Nunca he visto brillar tanto como hoy, el tesoro que Dios me ha encomendado. Por eso te ruego, como lo hacías tú hace poco: «¡No te vayas! ¡Sigue á mi lado!»

INES.—Sacudiré mi tristeza y enjugaré mis lágrimas. Cerraré la fortaleza de mis recuerdos como se cierra una tumba. Entre ellos y yo pondré el mar del olvido. Haré que se desvanezca mi mundo pequeño de sueños, á fin de que tú no encuentres en mí más que á tu esposa.

BRAND.—Marcharemos hacia las cumbres.

INES.—Peroaparta de mí el aguijon de tu rigor.

BRAND.—Alguien más grande que yo habla por mi boca.

INES.—Aquel de quien tu has dicho, que perdona á la voluntad cuando la falta poder. *(Quiere alejarse.)*

BRAND.—¿A dónde vas?

INES.—*(Sonriendo.)* No debo olvidar los quehaceres de la casa y esta noche menos que nunca. Te acordarás que en las últimas Navidades me echabas en cara mi prodigalidad. Por todas partes luces encendidas, follaje verde, adornos, juguetes en el árbol de Navidad y cantos y risas. Oye; esta noche las luces alumbrarán de nuevo, en honor de tal fiesta. Si Dios mira nuestra casa, verá á su hija castigada y á su hijo herido, soportando esta pena con humildad, y sabiendo que no se vuelve á los brazos de un padre encolerizado, arrojando

por despecho la alegría que nos dá. ¿Ves algún rastro de lágrimas en mis mejillas?

BRAND.—*(Estrechándola entre sus brazos y apartándola enseguida.)* Enciende las luces, hija mía; esa es tu misión.

INÉS.—*(Sonriendo tristemente.)* ¡Vete! Construye tu iglesia grande. Pero que esté terminada antes de la primavera. *(Se aleja.)*

BRAND.—*(Siguiéndola con los ojos.)* Sumisa en la desgracia, sumisa en el fuego del martirio, si le falta el *poder*, si el peso agobía su alma, no es porque no tenga voluntad. ¡Señor! Dala tu fuerza y aparta de mí el cáliz del deber. ¡Oh! ¡Qué cáliz tan amargo! ¡Tener que arrojar sobre ella el buitre de la ley que desgarra su corazón henchido! ¡Tengo fuerzas, tengo valor! ¡Haz que pese sobre mí tu carga! Solo para ella pido misericordia. *(Llaman á la puerta del jardín y entra el baile.)*

BAILE.—Es un vencido que viene á saludarle.

BRAND.—¿Un vencido?

BAILE.—Sí. Tal vez se acuerde usted que durante el verano pasado quise alejarle de este pueblo. Le vaticiné á usted que sería derrotado en la lucha.

BRAND.—Y ¿qué?

BAILE.—Que apesar de todos mis derechos, renuncio á combatirle.

BRAND.—¿Por qué?

BAILE.—Porque tiene á su favor el número.

BRAND.—¿Yo?

BAILE.—Sí, estoy seguro. Para todo cuenta con usted el pueblo. Reina aquí desde hace algún tiempo un espíritu nuevo. Bien sabe Dios que no es el mío. «Luego—he pensado—debe ser de él.» Esta es mi mano. Suspendamos la lucha.

BRAND.—Una guerra como la nuestra no pue-

de terminarse sin que se halle uno ú otro fuera de combate.

BAILE.—¿A qué conduce la guerra sino á la paz, y á un convenio? Ante todo uno es hombre y cuando siente sobre su pecho el hierro del enemigo, se rinde. Cuando solo se tiene un bastón para hacer frente á lanzas, más vale huir. Quien no se encuentra apoyado por nadie, debe retirarse.

BRAND.—En sus palabras distingo dos cosas. Ante todo me llama usted el más fuerte; será porque tendré el número á mi favor.

BAILE.—Sin duda.

BRAND.—Es posible. Pero en el día del sacrificio, ¿qeé causa será la más fuerte?

BAILE.—¿En el día del sacrificio? Pero ¡Dios mío! ese día no puede llegar nunca. En el peor de los casos; evitarían el sacrificio los bolsillos del buen pueblo. Vivimos en un siglo humanitario que no quiere víctimas preciosas. Lo que más me contraría es que á ese espíritu humanitario yo soy uno de los que le han hecho triunfar. A nosotros se nos debe que ya no haya ni sacrificios ni víctimas, á menos que no me haya sacrificado yo mismo. En cualquier caso, he proporcionado yo el acero que ha concluído con mi obra.

BRAND.—Tal vez tenga usted razón. Pero lo que no puedo comprender es lo que usted pretende. El acero nada puede; vive para su obra. El cielo es para todos el fin que debe perseguirse. ¿Y qué? Si nos separase un oceano de este fin, y el reino de Satanás estuviese ante nosotros, diríamos: «¡Nada de hecho! El infierno está cerca, arrojémonos en él.»

BAILE.—Le responderé que sí y que no. Es preciso llegar á alguna parte y el que se

vea en un trance apurado, hará bien en librarse de una fatiga inútil. El mundo está hecho de tal manera, que todo trabajo grande ó pequeño, exije una remuneración. Cuando la lucha es infructuosa, es preciso amoldarse á las circunstancias.

BRAND.—Sin embargo, lo que es blanco no se volverá negro.

BAILE —¿De qué sirve, querido amigo, decir: «esto es blanco como la nieve», si la muchedumbre proclama que la nieve es negra?

BRAND.—Y usted, ¿lo apoyaria?

BAILE —Entonces no diría es *negra*, diría es *gris*. Vivimos en un siglo humanitario. Hay que marchar delante del pueblo y no afrontarlo neciamente Piense usted que estamos en un país libre, gobernado por la opinión pública. ¿Quién se atrevería á decidir solo contra todos entre lo blanco y lo negro? En una palabra: usted ha conquistado la mayoria, usted es el primero entre todos nosotros, y yo hago como los demás, me uno á usted con todas mis fuerzas Nadie me acusará, según creo, de no haber luchado hasta el fin. El pueblo me ha persuadido de ello, juzga mi obra como incoherente y mezquina. Hay cosas más esenciales, dicen que acrecentar las cosechas. Las contribuciones se pagan de mala gana y una obra no puede triunfar si no se pone en juego la voluntad... Me es muy penoso, créame usted, renunciar á todos mis planes, puentes, carreteras, diques, obras de dragado, y tantos otros proyectos útiles. Pero ¿qué hacer, Dios mío? Cuando no se puede vencer, es preciso batirse en retirada, apartarse prudentemente, tomar lo que suceda con calma, y dejar que el tiempo siga su marcha. Por lo pronto he perdido el

favor popular: se ha ido como vino. ¡Sí! Y ¿qué hacer? Buscar su bien por otro medio.

BRAND.—Y, ¿para ganar el favor popular, usted ha empleado su espíritu y sus recursos?

BAILE.—No. Lo que he querido, es el bien público, la prosperidad de nuestro distrito. Pero junto á esto, espero, lo confieso, una hora de recompensa después de tantos días de lucha. Es natural; un hombre activo y dotado de sentido común, quiere ver el fruto de su trabajo pero no fatigarse y sufrir por una simple idea. Con la mejor voluntad del mundo, no podría olvidarme de mí mismo al consagrar á los demás mi inteligencia. Soy padre de una numerosa familia: tengo mujer é hijos que alimentar. Las ideas no calman el hambre ni apagan la sed. Y si alguien se asombra de lo que digo, no le responderé más que una cosa: «Usted es un mal padre de familia.»

BRAND.—Y ahora, ¿qué piensa usted hacer?

BAILE.—Construir.

BRAND.—¿Construir, ha dicho usted?

BAILE.—Sí, por cuenta del pueblo y por mi cuenta. En primer lugar, quiero reedificar mi buen nombre tal como lo gozaba antes. Las elecciones están próximas, y tengo que imaginar algo grande, para seguir siendo el hombre sin rival que nadie puede sustituir. Me he convencido de que es insensato ir contra la corriente. Aseguran que es menester que el pueblo se levante. Dejo ese cuidado á otros y me contento con ayudarle á andar. Pero es menester que estemos de acuerdo y tengo todo el mundo contra mí. Por esto, después de reflexión madura, he tomado mi partido. Busco un remedio contra la pobreza.

BRAND.—¿Quiere usted suprimir la pobreza?

BAILE.—No, por cierto. La pobreza es un mal necesario que se debe soportar, mientras se mantenga en límites prudentes, dándole formas determinadas. Esto no es imposible si se procura el remedio con tiempo. Todos saben que la pobreza, es terreno abonado para todos los vicios del pueblo. Yo quiero cercar ese terreno.

BRAND.—¿De qué modo?

BAILE —¿No lo adivina usted? Quiero destruir ese mal tan profundamente arraigado entre nosotros, edificando, como es costumbre en todo el distrito, un lazareto para los pobres. Le llamo lazareto porque en él se buscará remedio á la enfermedad del crimen. A este fin, pienso construir al lado del asilo, una prevención para encerrar bajo los mismos cerrojos la causa y el efecto, bastando con que una pared sencilla divida los dos departamentos. Después una vez emprendidas las obras, he pensado en añadir á este edificio un tercer pabellón que serviría para tribunales de justicia, convocatorias electorales, reuniones públicas y banquetes. Habría allí una tribuna y cuartos para alquilar. Sería, en una palabra, un pabellón de juntas políticas.

BRAND.—Su plan, sobre todo en su última parte, responde á necesidades urgentes. Pero conozco otras más esenciales.

BAILE.—¿Piensa usted en un manicomio? También habría pensado en ello. Pero, después de madura reflexión abandoné esta idea falta de porvenir. Sería una empresa demasiado grande. Un manicomio, créame usted, ocasionaría grandes gastos si tuviera que acoger á cuantos tienen necesidad ó derecho de ser recogidos. Hay que edificar

no para ahora, sino para el porvenir. Todo adelanta á pasos de gigante. Lo que bastaba áyer, mañana será pequeño. Usted ve en que proporción se agrandan todas las necesidades. La humanidad calza botas de siete leguas. Hay algo mágico en el desarrollo de las fuerzas, de las facultades de toda clase. Ensáyese usted haciendo un lugar para cada uno, hombres mujeres y niños: sería un placer muy costoso. Así es que me he dicho: siempre habrá tiempo para pensarlo.

BRAND.—Y además, para los locos que pudiesen caber, ¿no quedaba la gran sala de los banquetes?

BAILE,—*(Alegremente.)* ¡Oh! ¡Sí! Siempre estará libre. Bien pensado, Brand. Por poco que el plan resultase, nos encontraríamos con un manicomio gratis. Bajo el mismo techo, bajo la misma bandera todos los elementos que caracterizan nuestra comunidad: los pobres, la ola creciente de los criminales, los locos que ahora están libres, y para complemento, el fruto de nuestras libertades, luchas electorales y escaramuzas de elocuencia. Tendremos una sala de consejo donde se deliberará sobre las necesidades públicas; una sala de banquetes donde se jurará conservar la herencia de nuestros padres. En fin, si el proyecto no fracasa, el hijo de la costa brava, tendrá de pronto cuanto puede razonablemente exigir de su derecho á la vida. Dios sabe que nuestro pedazo de tierra no es rico; pero, una vez construída esa casa común, creo que podremos jactarnos de habitar un distrito modelo.

BRAND.—Más ¿y los médios?

BAILE.—¡Ah! Este es el punto débil, como

siempre. Cuando se trata de donativos, las voluntades vacilan, y si el concurso de usted me faltase, no tendría más remedio que recoger velas. Y si por el contrario, usted ayuda mi pensamiento con todo el valor de su palabra, el resultado es seguro y nunca se olvidará su concurso.

BRAND.—Hablando claro, usted me quiere comprar.

BAILE.—No es ese el nombre que yo daría á un plan que colmaría, para bien de todos, el abismo que nos separa con gran detrimento nuestro.

BRAND.—De todos modos, ha escogido usted mala ocasión.

BAILE.—Es verdad. Sé que gran desgracia le acaba á usted de suceder. No he pensado, al venir aquí, mas que en su valor y en el bien del distrito.

BRAND —En la desgracia como en la ventura, siempre voy á donde el deber me llama Si la gestión de usted es inútil, otra es la causa.

BAILE.—¿Cuál es?

BRAND.—Estaba pensando también en edificar.

BAILE.—¿En edificar? ¿Cómo? ¿Quiere usted apoderarse de mi idea?

BRAND.—De ningún modo. (*Volviéndose hacia la ventana y señalando con el dedo.*) Mire usted, baile.

BAILE.—¿Allí?

BRAND.—Sí, allí.

BAILE.—¿Ese grande y miserable edificio? Es la cuadra de la parroquia.

BRAND.—No, ese edificio más feo aún.

BAILE.—¡Ah! ¡La iglesia!

BRAND.—*(Con decisión.)* Quiero derribarla y construir otra mayor.

BAILE.—No, por el diablo, eso no será. Nadie

debe tocar á la iglesia. Eso sería destruir mis planes. Mi proyecto está terminado y el asunto es urgente. Usted me aventajaría. Son muchas dos empresas á la vez. No puede ser, le repito. ¡Atrás!

BRAND.—Nunca retrocedo.

BAILE.—Es preciso, amigo mio. Edifique usted mi prevención, con su lazareto y su departamento de fiestas, en una palabra, todo cuanto le he dicho, comprendiendo el manicomio, y nadie pensará en la iglesia. ¿Que necesidad es ésta? ¿No ha bastado hasta el presente?

BRAND.—Si; pero hoy es muy pequeña.

BAILE.—Aún no la he visto nunca llena.

BRAND.—No hay en esa iglesia aire ni aún para un alma.

BAILE.—(*Asombrado y moviendo la cabeza.*) Esa alma probaría la necesidad de un manicomio. (*Cambiando de tono.*) Se lo aconsejo á usted, no toque á la iglesia. Es una noble y preciosa herencia que no puede sacrificarse á un simple capricho. Aunque mi proyecto se rechace, no me ha de faltar manera de renacer de mis cenizas como el fénix, rompiendo lanzas por ese glorioso recuerdo de que se enorgullece nuestro pueblo. Antiguamente, en tiempos del rey Bel, en su lugar se elevaba una colina pagana. Después, en tiempo de nuestros antiguos guerreros, un templo la sirvió de corona. Los productos de sus campañas sirvieron para su construcción. Venerable en su sencilla apariencia, imponente con su revestimiento de piedra antiguo, aún se la vé en nuestros días.

BRAND.—Solo que ha desaparecido de tal modo todo vestigio de ese pasado glorioso, que ya no se encuentra ninguna huella.

Baile.—Ciertamente. Y esto prueba su antigüedad. Todavía en vida de mi abuelo veíase un pedazo de muro.

Brand.—¿Un pedazo de muro?

Baile.—Sí, grande como el disco de un tonel de trigo.

Brand.—Y ¿el muro?

Baile.—¡Oh! El muro se había derribado. No, se lo repito. Es imposible. No se debe tocar á la iglesia. Sería una vergüenza, un hecho bárbaro sin ejemplo. Y ¿los recursos? ¿De donde los sacará? ¿Cree usted que aquí son tan generosos, que se dejan seducir por proyectos muertos antes de nacer? ¿que darán un céntimo para construir ese edificio que á poca costa puede sostenerse muy bien sin temor á que se desplome? Pruebe usted, tantee el terreno cuanto quiera, que yo estoy seguro de mi victoria.

Brand.—Me guardaría mucho de pedir una limosna á mi Dios. Quiero construirlo á mis expensas. Toda mi herencia, hasta el último céntimo, será consagrada á esta obra. Y ahora, baile ¿tiene usted aún la esperanza de vencerme?

Baile.—(*Juntando las manos.*) Usted me anonada. En una ciudad pocas veces se vé algo semejante. ¡Y aquí, en este pueblo, entre nosotros, donde desde hace mucho tiempo hay costumbre de cerrar la bolsa á las necesidades más perentorías, va usted á abrir una fuente de abundancia, á deslumbrarnos, á darnos el vértigo á todos! No, Brand, se lo repito, usted me anonada.

Brand.—Hace mucho que me había despojado de la herencia con el pensamiento.

Baile.—Sí, había oido algunos rumores á propósito de este particular, pero los consideré como noticia absurda. Nadie se despoja de

todo lo que posee sín algunas ventajas positivas. ¡En fin! Eso es cosa de usted. Vaya usted delante que yo le seguiré. Usted tiene una ventaja; usted puede obrar y yo no puedo hacer otra cosa que deslizarme detrás de usted. Brand, edificaremos la iglesia juntos.

BRAND.—¿Qué? ¿Renuncia usted á su idea?

BAILE.—¡Pardiez! Ya lo creo que renuncio. Estaría loco si no lo hiciera. A quién cree usted que la muchedumbre seguirá, ¿al que ofrece abono, heno y forraje ó al que quiere ordeñar, esquilar, desollar? Si, á fé, estoy con usted. Me siento entusiasmado ya por esa idea. Estoy asombrado, conmovido. Mi buena estrella me ha guiado esta noche á esta parroquia. Porqué creo que sin mi plan, jamás habría usted concebido el suyo, y de todos modos nunca se hubiera llevado á la práctica. He planteado un asunto personal. Se dotará á la población de una nueva iglesia.

BRAND.—Pero sepa usted que se destruirá sin piedad esa miserable ruina que le recuerda á usted el tiempo antiguo.

BAILE.—*(Mirando por la ventana.)* A decir verdad, cuando se la mira así, alumbrada por la luna y por el reflejo de las nieves, aparece bastante agrietada.

BRAND.—¿De veras?

BAILE.—Sí, Brand; está demasiado vieja. ¿Como no me había fijado en ello hasta esta noche? El frontispicio amenaza ruina. Es imperdonable. ¡Y qué estilo, qué arquitectura cuando se la mira de cerca! ¿Qué parece tal edificio? Un inteligente se horrorizaría y á fé mía que con razón. Y ¿el techo viejo cubierto de musgo? Tampoco estamos seguros de que pertenezca á la época del rey

Bel. No, verdaderamente, el respeto conduce más allá de lo regular. Pero si salta á los ojos: ¡este viejo edificio carcomido, no es más que porquería después de todo!

BRAND.—Pero ¿y si la voz del pueblo se opone á que se destruya?

BAILE.—Aunque se opongan todos, lo quiero yo. Un domingo, lo antes posible, resolveré cuanto se refiera á la forma y enseguida se harán las gestiones necesarias. Escribiré, trabajaré, lo activaré todo. ¡Ah! ¡ah! Usted conoce al baile. Y aunque la muchedumbre estúpida me negase su concurso, me bastaría yo solo. Derribaré hasta la última viga. Sí, por vida del diablo, aunque tuviese que hacer trabajar á mi mujer y á mis hijos, ese edificio no quedará en pié.

BRAND.—Habla usted ya en otro tono.

BAILE.—Merced al espíritu humanitario, nuestro horizonte se ensancha. Si hay que creer al poeta, el pensamiento humano tiene alas. Y si las tiene, han de servir para volar. ¡Adiós! *(Toma su sombrero.)* Ahora, voy á ver á esos vagabundos.

BRAND.—¿Qué vagabundos?

BAILE.—¡Ah! Figúrese usted que esta mañana, ayudado por un solo hombre, he detenido en el límite de la provincia una cuadrilla de vagabundos, á los que hemos amarrado y entregado á nuestros vecinos del Norte. Pero que me ahorquen si no he dejado escapar á dos ó tres.

BRAND.—¡Vamos! Hace poco predicaba usted la benevolencia.

BAILE —¿Porqué esos abortos del infierno han llegado hasta aquí? Es verdad que hasta cierto punto pertenecen á la parroquia. De todos modos á usted le corresponden. Quiero exponerle un enigma. Usted verá

de resolverlo si el corazón se lo aclara. Han nacido unos seres á causa de aquella á quien usted debe la vida, y que sin embargo, no son nada suyo porque pertenecen á otra familia.

BRAND —(*Sacudiendo la cabeza.*) ¡Dios mio! Hay tantos enigmas que permanecen indescifrables.

BAILE.—Este no es muy complejo, después de todo. Usted habrá oido hablar de un pobre muchacho natural de un pueblo situado al Oeste. Era muy instruído, capaz de enseñar de nuevo á cuatro sacerdotes. Ese hombre había pedido la mano de su madre de usted.

BRAND.—Y ¿qué?

BAILE.—¡Qué audacia! ¿No es verdad? ¡Una de las jóvenes más ricas del distrito! Como es natural, ella le envió á paseo. ¿Sabe usted lo que hizo el mozo? Medio loco de despecho, fué á buscar mujer entre los gitanos, y murió después de haber aumentado con su descendencia esta cuadrilla de vagabundos, incrédulos y descamisados. Aún conserva nuestro pueblo uno de esos bastardos condenados, en recuerdo de su bonita hazaña.

BRAND.—Y ¿este niño, es...?

BAILE.—Gerd, la bohemia.

BRAND.—(*Con voz sorda.*) ¡Ah!

BAILE.—(*Alegremente.*) ¿Eh? ¿Qué tal? ¿Es malo mi enigma? La jóven es hija de la que le ha dado á usted la vida, porqué el móvil íntimo al cual debe su origen, es un amor inspirado por la madre de usted.

BRAND.—Escuche usted. ¿Conoce algún refugio para esas almas?

BAILE.—¡Cá! Sólo las conviene la cárcel. Están encenagadas hasta los pelos. Salvarlas

sería robar al diablo, quién tendría que declararse en quiebra si el mundo no le pagaba el tributo que le corresponde.

BRAND.—¿Usted proyecta, sin embargo, crear un refugio contra la pobreza y la desgracia?

BAILE.—La moción apenas presentada ha sido retirada por su ponente.

BRAND —No obstante, la idea era sugestiva.

BAILE.—*(Sonriendo)*. Ahora es usted el que cambia de opinión. *(Dándole golpecitos en la espalda)*. ¡Vaya! Lo que ha muerto, muerto está... El hombre debe ser constante en sus resoluciones. ¡Adios! No puedo perder tiempo. Quiero descubrir donde se ocultan los que se me han escapado. Hasta pronto y que pase una feliz Nochebuena. ¡Adios! ¡Adios!; salude á su señora de mi parte. *(Se vá)*.

BRAND.—*(Después de haber permanecido un momento abismado en sus pensamientos)*. ¡Oh! ¡Qué red de expiaciones! Miles de destinos se encadenan formando nudos complicados. En la confusión del mal y de sus consecuencias, las manchas se extienden, se comunican á lo más cercano, y no puede distinguirse lo que es justo de la más sangrienta injusticia: diríase que todas las cosas no forman más que una. *(Se acerca á la ventana y mira hacia fuera largo rato)*. ¡Pobre hijo mio! ¡Cordero sin mancha! Tú has sido castigado por la culpa de mi madre. El alma loca qué, trayéndome una orden de Aquel que truena sobre las nubes determinó mi resolución, solo existe porqué el alma de mi madre se extravió! Así el Señor convierte el mal en semilla de la que nacen la equidad y la compensación. Y así sus pruebas nos persiguen y nos per-

tenecen hasta la tercera generación. *(Se aparta de la ventana con terror)*. Sí, por encima de nuestra raza reina un Dios de justicia. Su primera ley es la de la compensación. La voluntad en el sacrificio, engendra la fuerza que resucita. Los hombres lo saben pero tienen miedo, y poco á poco la mentira ha falseado la palabra de vida. *(Paseando por la habitación)*. ¿Orar? ¡Sí! ¿Orar? Palabra que facilmente se pronuncia y que se repite siempre. Todos se sirven de ella. Pero lo que ellos llaman orar es pedir gracia al enigma de los enigmas con clamores que el viento se lleva; es mendigar el favor de la salvación, á costa de Jesucristo; es levantar los brazos al cielo permaneciendo encenagado hasta las rodillas en el fango de la duda. ¡Ah! Si esto bastase, yo también me atrevería, á llamar como todos, á la puerta del Señor del que no puede alabarse el nombre sin temblar. *(Se detiene y reflexiona en silencio)*. Y sin embargo, en la hora de las angustias inenarrables, en el momento del terror supremo, cuando la muerte velaba ya la mirada de mi hijo, y ningún beso de su madre reavivaba sus mejillas, ¿qué sentí? ¿No recé? ¿De donde llegaba aquel vértigo dulce, aquel canto que percibia, aquella brisa melodiosa que pasava, elevándome hacia lo alto, conduciéndome á la redención? ¿Recé? ¿La oración me reanimó? ¿Verdaderamente hablé á Dios? ¿Me oyó él? ¿Su mirada penetró en la mansión de duelo en que lloraba? ¡Qué se yó! ¡Ahora la puerta está cerrada y todo está oscuro á mi alrededor, y en ninguna parte veo luz! ¡Sí! Inés, Inés que vé en las tinieblas... *(Con voz angustiosa)*. ¡Luz, Inés, luz si puedes! *(Inés abre

la puerta trayendo los candelabros, en que lucen las velas de Navidad, que esparcen un resplandor vivo por la habitación).

BRAND.—¡Luz!

INES.—Aquí estoy, Brand, con las luces de Nochebuena.

BRAND.—(*Con voz baja*). ¡Oh! Las luces de Nochebuena.

INES.—(*Poniendo los candelabros sobre la mesa*). ¿Me he retrasado?

BRAND.—Nó, nó.

INES.—¡Qué frio hace aquí! ¡Debes estar helado!

BRAND.—(*Con energia*). Nó.

INES.—(*Sonriendo*). ¡Qué firmeza! Ni calor ni luz; no los necesitas, no los quieres. (*Pone leña en la chimenea*).

BRAMD.—(*Paseando por la habitación*). ¡No! Nada quiero.

INES.—(*Aparte, arreglando la habitación*). Este es el sitio de la hoguera de Navidad. La última vez tendía sus manecitas hacia el fuego, tan alegre, tan sano, tan despierto; levantándose de su sillita preguntaba si era un sol. (*Avivando un poco el fuego*). Ahora la llama alumbra este sitio... y sale hacia afuera. Ahora, desde el sitio en que reposa, puede verla á través de los cristales. Puede mirar dulcemente los resplandores del cuarto en que se festeja la Nochebuena. Pero parece que el vidrio está velado por lágrimas. Espera un poco, espera, pronto sonreirá.

BRAND.—(*Que la sigue con los ojos, bajando la voz*). La tempestad de los dolores se apacigüa, y las olas que surgieron desde el fondo, se calman y adormecen. Sí, es necesario que se adormezcan.

INÉS.—(*Aparte*). ¡Cómo brilla todo ahora!

Parece que las paredes se han abierto y que el cuarto llega hasta *él*. Diríase que aquella maldita tierra helada, de pronto se ha transformado en cálida alcoba donde el niño duerme tranquilamente.

BRAND.—¿Que haces, Inés?

INÉS.—¡Psit! ¡Psit!

BRAND.—(*Acercándose á ella*). ¿Porqué has levantado la cortina?

INÉS.—¡Oh! Soñaba. Ya me he despertado.

BRAND.—En los sueños hay acechanzas. Baja la cortina.

INES.—(*En voz suplicante*). ¡Brand!

BRAND.—¡Baja la cortina!

INES.—¡Oh! No seas inflexible. Es malo.

BRAND.—¡Bájala! ¡Bájala!

INÉS.—(*Obedeciendo*). ¡Ya está hecho! Las cortinas están echadas, todo está cerrado; pero creo firmamente no haber ofendido á Dios, acudiendo durante la corta duración de un sueño, á una fuente de consuelo.

BRAND.—¡No por cierto! Porqué es un juez indulgente y cariñoso. No reñirás con él, aunque introduzcas por unos instantes un ídolo en su culto.

INES.—(*Rompiendo en sollozos*). ¡Oh! ¡Dime, pues, hasta donde se puede llegar! Mi cansancio es mortal, mis rodillas se doblan, y mis alas me hacen caer de nuevo.

BRAND.—Ya lo he dicho: el que no lo sacrifica todo, echa su ofrenda al mar.

INES.—Pero yo todo lo he sacrificado. Nada me resta.

BRAND.—Es necesario que á tu sacrificio sigan otros muchos.

INES.—(*Sonriendo*). Pide. Tengo el valor de los pobres.

BRAND.—Dá.

INES.—Toma lo que quieres. Nada hallarás.

BRAND. – Tienes tu pena y tus recuerdos, y la ola de tu culpable tristeza.

INES.—*(Con desesperación).* Y las raices de mi corazón atormentado. ¡Arráncalas! ¡Arráncalas!

BRAND.—El abismo se tragará tu ofrenda si lloras por la pérdida sufrida.

INES —*(Temblando).* Los caminos de tu Dios son estrechos y penosos.

BRAND.—La voluntad solo arranca por ellos.

INES.—Y ¿los de la gracia?

BRAND.—Enlosados de piedras expiatorias.

INES.—*(Mirando fijamente hacia delante, dice con un extremecimiento de horror).* Ahora conozco yo el sentido, profundo como el abismo, de unas palabras de las Escrituras que nunca había comprendido.

BRAND.—¿Que palabras?

INES.—El que ha visto á Jehová debe morir.

BRAND.—*(Estrechándola entre sus brazos).* ¡Oh! ¡Ocúltate! ¡Ocúltate! ¡No le mires! ¡Cierra los ojos!

INES.—¿Le ves tú?

BRAND.—*(Apartándose).* No.

INES.—Sufres, Brand.

BRAND.—Te amo.

INES.—Tu amor es duro.

BRAND·—¿Demasiado duro?

INES.—No me lo preguntes, á donde vayas, te seguiré.

BRAND.—¿Crees que te he arrancado sin motivo de las fiestas y de los placeres, y que solo para obtener un resultado á medias, doblegué tu cabeza bajo la ley del sacrificio? ¡En ese caso, pobres de nosotros! El sacrificio ha sido muy grande y muy costoso. ¡No! Eres mi esposa, y tengo el derecho de reclamarte por entero: tú perteneces á la obra de mi vida.

INES.—Exije lo que quieras pero no te apartes de mí.

BRAND.—¡Sí! Necesito reposo, silencio. Pronto se levantará la gran iglesia.

INES.—Mi iglesia pequeñita está en ruinas.

BRAND.—Era el templo de un ídolo que la tempestad debía abatir. *(Abrasándola con una especie de angustia).* Que el Señor esté contigo, y que por tí, me ayude y se compenetre con mi obra. *(Vase).*

INES.—¡Brand! ¿Puedo apartar un poco esa cortina horrible de la ventana? Nada más que un poco. Así para un lado. ¿Puedo? ¿Dime, Brand?

BRAND.—*(Desde la puerta).* ¡No! *(Entra en su cuarto).*

INES.—¡Cerrado! ¡Todo está cerrado! ¡Hasta llegar al olvido! ¡Un cerrojo á los llantos, un sello á los suspiros, un candado á la puerta del cielo y de la tumba! ¡Quiero salir! No puedo respirar en el horror de esta soledad. ¿Salir? Y ¿á donde encaminarme? ¿No hay allí arriba una mirada severa que me observa? ¿Podría llevarme en mi huída el tesoro de mi corazón? ¿Podría apartar de mí, la causa de mi tristeza? *(Se acerca á la puerta del cuarto de Brand y escucha).* Lee en alta voz y no puede oirme. ¡Ninguna esperanza, ningún consejo, ningún consuelo! El Dios de Nochebuena tiene bastante con escuchar á los ricos, ricos de hijos y de felicidad, sus himnos de gratitud, sus alegrías y sus fiestas. Nochebuena es su noche y sus horas las de los placeres. No me mira y no sabe lo que hace una pobre madre que está de luto. *(Acercándose con precaución á la ventana).* ¿No abriré esta ventana que nos separa, para que las ondas de luz se esparzan por el sitio

sombrío en que duerme, en el espanto y horror de la noche? No. No está allí. Navidad es para el niño una época de esparcimiento: tiene el derecho de ir á su casa. ¿Tal vez esté preparado, extendiendo su bracito para llamar á la ventana cerrada de su madre? ¿No he oido un sollozo de niño? ¡Alf, nada puedo hacer para ayudarte! Está cerrada. ¡Tu padre todo lo ha cerrado! Y ahora no puedo abrir. Eres un niño prudente, nunca ni tú ni yo le hemos faltado en nada. ¡Oh! Vuélvete al cielo de donde vienes: allí donde todo es luz y alegría y los niños tienen donde jugar. Pero que nadie te vea llorar; no digas que tu padre ha cerrado la ventana cuando llamaste. Un niño pequeño no puede comprender los deberes que tenemos nosotros. Dí que le has visto triste, que le has oído suspirar, que ha recogido hermosas hojas para formarte con ellas una guirnalda. ¡Espera! ¿La ves? ¡Es suya! *(Escucha, vuelve en si y sacude la cabeza)*. ¡Oh! ¡Despierto! Pero el muro que nos separa es real. Solamente la llama que todo lo purifica puede salvarlo, derribar los muros, las paredes de la carcel, romper los goznes, abrir el terrible cerrojo. Es necesario que todas estas cosas se cumplan, antes de que nos reunamos. Debo trabajar, trabajar en silencio para vencer esta exigencia ávida. No me enterneceré: es preciso querer. Pero esta noche de fiesta. ¡Oh! Qué diferente de nuestra última Nochebuena. ¡Psit! La fiesta ha de ser hermosa. Quiero ver todos mis tesoros, los restos de una felicidad, de una vida destruida, esas riquezas de las que solo una madre puede comprender el valor infinito. *(Se arrodilla delante de la cómoda,*

abre un cajon y separa algunos objetos. Al mismo tiempo, Brand abre la puerta y quiere hablarla, pero, viendo lo que hace se detiene y mira, inmóvil, sin que Inés lo note).

BRAND.—*(Bajo.)* Siempre vuela por encima de esa tumba, siempre juega al cementerio.

INES.—Este es el velo y la capita de cristianar. El traje está en este paquetito. *(Coloca los objetos delante de ella).* ¡Dios mio! ¡Qué sano y hermoso estaba! ¡Que niño tan encantador, sentado en su sillita, en la iglesia! Este es el trajecito que le puse la primera vez que salió. Entonces le venia muy largo pero bien pronto le fué corto. Lo pongo aquí, á este lado. Los guantecitos calientes, aquí abajo. ¡Qué piernecitas tenía! Y la capita de seda que debía abrigarle durante el invierno: nunca se la puso; aún está nueva y flamante. ¡Oh! Este es su abrigo de viaje, que calienta y no pesa, y en el que fué envuelto dulcemente. Cuando lo volví al cajón, estaba fatigadísima.

BRAND.—*(Retorciéndose las manos con dolor).* ¡Ayúdame, Dios mio! No puedo destruir este último santuario del ídolo. Envía á alguien en mi lugar.

INES.—¡Una mancha! ¿Habré llorado? ¡Que riqueza...! ¡Bordados preciosos . adornos de dolor... embriaguez de lágrimas... explendor terrible del sacrificio... santidad! Este es el manto real que llevaba en su bautismo de sangre. ¡Oh! ¡Aún soy rica! *(Golpes violentos á la puerta de entrada. Inés se vuelve gritando. Vé á Brand. Al mismo tiempo una mujer harapienta, trayendo un niño en sus brazos, se precipita por la puerta que ha abierto violentamente).*

LA MUJER.—*(Con dureza viendo los trajes de niño).* Parte conmigo, madre rica.

Ines.—¡Ah! Tú eres mil veces más rica que yo.

La mujer.—¡Ah! Eres como las demás Solo das palabras

Brand.—*(Acercándose.)* Dime. ¿Qué quieres?

La mujer.—No necesito tu ayuda. ¡Vete, sacerdote! Valen más el frio y el viento del Norte, que tus sermones sobre nuestros pecados. Vale más afrontar los escollos, el naufrágio y la muerte, que ver al hombre negro que está camino del infierno. ¿Es culpa mía, por el diablo, si he llegado á ser lo que soy?

Brand.—(*Aparte.*) Esta voz... estos rasgos... ¿Qué sensación de miedo se apodera de mí?

Ines —Descansa, caliéntate si tienes frio y si el niño tiene hambre le daremos que comer.

La mujer.—¿Sentarse una pobre bohemia junto al hogar, en una habitación llena de luz? No. Para nosotros se hicieron las carreteras, los derrumbaderos, los bosques y las mesetas rocosas. Somos un pueblo de vagabundos siempre en marcha. Casas y hogares se hicieron para vosotros. Un abrir y cerrar de ojos y tengo de huir. ¡Me persiguen como perros! Jueces, prevostes y bailes, me cargarían de hierros si pudiesen.

Brand.—Aqui nadie te tocará.

La mujer —¿Aquí? ¿Entre muros? ¿Bajo techo? No. No. Necesitamos aire, y la noche helada nos sienta mejor á los dos. Solo quiero algunos trajes para mi hijo. Su hermano mayor, el infame, se ha escapado como un ladrón, llevándose los vestidos de su hermanito. Mira. Está medio desnudo, amoratado, rígido, transido por el viento del Norte que sopla.

Brand.—Mujer, en tu carrera salvaje no arrastres á este niño á la muerte. Puede lavarse

su deshonra, aligerar su carga, elevarlo hasta el cielo.

LA MUJER.—¡Cómo ha de ser! Nadie hará este milagro. Y además, no se necesita. ¡Guerra á vosotros que le habeis rechazado! ¿Sabes donde le echó al mundo su madre? Junto á un barranco, mientras todos á su alrededor bebían, reían y cantaban. Fué bautizado en el lodo, con un poco de ceniza se marcó una cruz en la frente, y se le hizo beber de la botella común. Cuando su madre le daba á luz, alrededor nuestro, vomitaban blasfemias. ¿Sabes quién? El padre, ¡si! ó mejor dicho, los padres del niño.

BRAND.—¿Inés?

INES.—¿Qué?

BRAND.—¿Comprendes tu deber?

INES.—*(Con espanto.)* ¡Brand! ¿A esta mujer? ¡Jamás!

LA MUJER.—¡Dámelo! ¡Dámelo todo! Telas de seda y trapos que no se utilicen. Nada es ni demasiado bueno ni demasiado malo, por poco que le sirva de envoltura. Pronto volará su alma. Que su cuerpo, á lo menos, se deshiele antes de morir.

BRAND.—*(A Inés.)* Ya oyes el llamamiento poderoso al sacrificio.

LA MUJER.—Tienes con que vestir á tu hijo. ¡Dime! ¿No tienes nada para el mío, para abrigarle mientras viva y para envolverle después de muerto?

BRAND.—¿No es una voz de lo alto que nos advierte por medio de su boca?

LA MUJER.—Dámelo.

INES.—Es un crimen, un sacrilegio contra el pobre muerto.

BRAND.—Nada esperaría si ese eamino acabase en el sepulcro.

INES.—¡Cúmplase tu voluntad! Arrancaré mi

corazón y lo pisotearé. Mujer, ven y toma, partiremos lo que me sobra.

La mujer.—Dame.

Brand.—¿Partir, Inés, partir?

Ines.—(*Con energía salvaje.*) ¡Que me maten antes que dejar que todo se lo lleven! Mira, he cedido poco á poco. ¡Ya no puedo más! Se lleva más de la mitad y está contenta.

Brand.—¿Te bastaba todo lo del mundo cuando se trataba del tuyo?

Ines.—(*Dándola ropa.*) Ven, mujer. Toma, coge la ropa que mi hijo llevaba el dia de su bautizo. Toma el zagalejo, la banda, el abrigo útil contra el frio de la noche, el gorrito de seda. Con él no tendrá frio. Toma; tómalo todo hasta el último girón.

La mujer.—Dame.

Brand.—Inés, ¿lo has dado todo?

Ines.—(*Dando.*) Ten, mujer, este es el manto real, que llevaba en el bautismo del sacrificio.

La mujer.—¡Basta! Ya veo que el cajón está vacío. ¡Si estuviera lejos ahora! ¡Vamos! Te arroparé en la escalera. Y después huiremos con la ropa. (*Se vá.*)

Inés.—(*Permanece un instante inmovil, como sosteniendo una lucha interior y al fin pregunta:*) Dime, Brand, ¿es justo exigirme más?

Brand.—Dime antes: ¿este terrible sacrificio lo has hecho voluntariamente?

Inés.—No.

Brand.—Lo que diste lo has echado al mar; la deuda pesa todavía sobre tí. (*Quiere marcharse.*)

Inés.—¡Brand!

Brand.—¿Qué?

Ines.—Te he engañado. Mira, me arrepiento y me humillo. Tú no dudas de nada. ¿Crees que lo he dado todo?

Brand.—¿Qué quieres decir?

INES.—(*Sacando un gorrito de niño arrugado.*) ¡Espera! Aún tengo algo.
BRAND.—¿El gorrito?
INES.—Si, regado con mis lágrimas, humedecido con el sudor de su agonía y desde entonces conservado sobre mi corazón.
BRAND.—Sigues, pues, sumisa á tus ídolos. (*Quiere salir.*)
INES.—Espera.
BRAND.—¿Qué me quieres?
INES.—(*Tendiéndole el gorrito.*) ¡Tú lo sabes!
BRAND.—(*Acercándose á ella sin tomarlo.*) ¿Voluntariamente?
INES.—Voluntariamente.
BRAND.—Dámelo. La mujer estará aún en la escalera. (*Sale.*)
INES —Despojada, despojada del tódo, del último lazo que me ligaba á la tierra. (*Permanece un instante inmóvil. Poco á poco su expresión cambia, un rayo de felicidad ilumina su rostro. Brand entra: ella corre alegremente á su encuentro, se echa á su cuello y grita:*) ¡Ya soy libre, Brand, ya soy libre!
BRAND.—¡Inés!
INES —¡Veo tinieblas que se han disipado! ¡Pesadillas y terrores huyen al abismo! ¡La voluntad triunfa! ¡No más sombras ni nubes! ¡Atrás la noche, atrás la muerte, allí arriba veo el alba que empieza! ¡El cementerio! ¡El cementerio! Este nombre ya no arranca lágrimas, ni ensangrienta heridas. El niño ha ganado el cielo.
BRAND.—Inés, ¡por fin! ¡La victoria!
INES.—Sí, es la victoria, la victoria sobre la tumba y las angustias. ¡Oh! Levanta la cabeza y mira. ¿Ves á Alf á los pies del trono, resplandeciente de alegría como cuando estaba vivo, que tiende sus brazos hacia nosotros? Aunque tuviese mil bocas para

pedir que volviese á la vida, aunque tuviese el derecho y el poder de hacerlo, no pronunciaria ni una sola palabra. ¡Oh! ¡Cuán grande es Dios! ¡Qué riqueza de medios posee! El sacrificio, la muerte de mi hijo, ha arrancado mi alma de la perdición eterna. Le eché al mundo para perderle y esto me ha conducido al combate victorioso. Gracias por haber ganado mi mano. Tú has combatido fielmente junto á mi. ¡Oh! He visto los padecimientos de tu corazón. Ahora á tí te toca luchar; á tí te toca escoger y sentir el peso de las palabras: *ó todo ó nada*.

BRAND.—Inés, tus palabras son obscuras: ¿las pruebas del combate no han terminado?

INÉS—Olvidas lo que está escrito: *Quien ha visto á Jehová debe morir*.

BRAND.—(*Retrocediendo un paso.*) ¡Desgraciado de mí! ¿Qué luz acabas de encender? ¡Nó! ¡Mil veces nó! Tengo brazos poderosos para retenerte. Tú no me abandonarás. ¡Nada quiero! Renuncio á todo lo de este mundo, ¡ah! pero á tí nó, á tí nó!

INÈS.—Escoge. Estás en el cruce de los caminos. Apaga la hoguera que arde en mi alma, y cierra en ella esta fuente de vida que la Nochebuena ha abierto; devuélveme los trapos del ídolo: la mujer aún no se habrá marchado. ¡Déjame volver los ojos al cielo entenebrecido; húndeme de nuevo en el fango del pecado en que vivía vergonzosamente; tú puedes hacerlo, ya lo sabes. Nada puedo contra ti. ¡Corta mis alas, abate mi sér, pon un plomo pesado en mis piés, átame, húndeme de nuevo en el fondo del abismo de que me has sacado; déjame vivir como hasta aquí, arrastrándome entre tinieblas. Si quieres, si te atreves á hacerlo,

seré tu esposa como antes. Escoge. Estás en el sitio en que los caminos se cruzan.

Brand.—¡Maldito sea si intento hacerlo! ¡Oh! Pero, abandonando estos lugares, estos recuerdos tristes, encontrarás reunidas la vida y la luz.

Inés.—¿Olvidas que tu lugar en el combate es éste? Por él recibistes la unión del sacrificio. ¿Olvidas á los millares de almas que tienes obligación de salvar, que el Señor te ha ordenado que conduzcas al hogar, á la fuente de salud? Escoge. Estás en el sitio en que los caminos se cruzan.

Brand.—No debo escoger.

Inés.—*(Arrojándose á su cuello)* ¡Gracias por estas palabras y por todo lo que por mí has hecho! Tú me has guiado fielmente cuando estaba fatigada, y ahora que mi cabeza se dobla, que la sombra se espesa, tú velarás fielmente á la cabecera de mi cama.

Brand.—Duerme; la obra de tu vida ha terminado.

Ines.—Ha terminado y la lámpara de la noche está encendida. La victoria me ha costado mi fuerza. Me encuentro cansada, aniquilada. ¡Oh! Pero es tan fácil alabar al Señor. ¡Buenas noches, Brand!

Brand.—Buenas noches.

Ines.—Buenas noches. Gracias por todo lo que has hecho por mi. Voy á dormir.

Brand.—*(Con las manos crispadas)* ¡Sé firme hasta el fin, alma mía! ¡La victoria de las victorias es la pérdida de todo! ¡Perderlo todo es ganarlo todo! No se posee eternamente más que lo que se ha perdido.



ACTO QUINTO

Un año y medio más tarde. La nueva iglesia está acabada y vá á ser consagrada. Se ha construido sobre la orilla misma del rio. Amanece. El cielo está oscuro.

Delante de la iglesia se vé al SACRISTAN, ocupado en colocar guirnaldas: á poco aparece el MAESTRO DE ESCUELA.

MAESTRO.—¡Caramba! ¡Trabajando ya!

SACRISTAN.—Sí, esto corre prisa. Ayúdeme usted un poco. Hay que adornar con guirnaldas todos estos palos. Por aquí pasará el cortejo.

MAESTRO.—Cerca del presbiterio, he visto una cosa redonda.

SACRISTAN.—Sí, sí.

MAESTRO.—Y ¿que puede ser eso?

SACRISTAN.—Un escudo hecho en honor del sacerdote: su nombre está inscripto sobre fondo de oro.

MAESTRO.—¡Un verdadero día de boda para el distrito! Viene gente de todas partes; el *fiord* parece blanco con tantas velas.

SACRISTAN.—Sí, es el despertar del pueblo. Con el último pastor, no hubo discusiones ni luchas; todos dormian ¿No era preferible esto?

MAESTRO.—Se empieza á vivir, sacristán.

SACRISTAN.—Sí, pero esto no es ni para usted ni para mí. ¿De donde proviene esto?

MAESTRO.—Hemos trabajado para que los demás pudiesen dormir. Ahora se despiertan. No nos necesitan y por consiguiente, nos llega el turno de dormir.

SACRISTAN.—Pero ¿no vale más la vida que el sueño? Usted lo dice.

MAESTRO.—El dean y el párroco lo dicen y pienso como ellos. Pero fíjese usted bien. No se trata más que de la masa. Nosotros, es dlferente. Funcionarios del pueblo, ajenos á los partidos y á las pasiones, nuestro deber es resistir, repartir la ciencia, sostener la moral y la iglesia.

SACRISTAN.—Pero y ¿el sacerdote? También está mezclado.

MAESTRO.—Se equivocó. Sus superiores sé que están descontentos, y que si no temiesen al pueblo hace mucho que lo habrían destituido. Pero es muy listo; ha descubierto la mecha y sabe con qué sujetarlos. Ahora edifica una iglesia. Lo que se necesita para deslumbrarnos es hacer algo. Poco importa lo que se haga; lo indispensable es hacer. Si se nos considera en conjunto, de arriba á abajo, se nos puede llamar una raza de *constructores*.

SACRISTAN.—¡A fé mía! Usted ha sido diputado. Usted debe conocer el pais. En cuanto á nosotros, cualquiera que haya recorrido el pueblo después de haberse despertado, dirá que para ser durmientes antigüos prometemos demasiado.

MAESTRO.—Es verdad; promete este buen pueblo. Promete mucho. Todas las bocas están llenas de promesas. Cada uno promete en nombre de todos.

SACRISTÁN.—Muchas veces me he preguntado... A ver... Usted me lo dirá, usted que

es sabio. ¿Qué quiere decir una promesa nacional?

MAESTRO —¿Una promesa nacional, querido sacristán? La pregunta exige demasiadas explicaciones. En fin, es una cosa que reune á la masa en virtud de una idea. Algo grande que se cumplirá en lo futuro.

SACRISTÁN —Gracias. Ya veo de que se trata. Una pequeña aclaración y termino.

MAESTRO.—Hable usted sin reparo.

SACRISTAN.—Dígame usted. ¿Ese futuro cuando llegará?

MAESTRO.—¿Cuando llegará? ¡Nunca!

SACRISTÁN.—¿Nunca?

MAESTRO.—¡No! Lo *futuro*, como su nombre lo indica, es lo que está por venir; cuando llega, deja de ser *futuro*: se convierte en *presente*.

SACRISTÁN —Si, es verdad. Nada se puede replicar. ¿Cuando se cumplirá pues, esa promesa?

MAESTRO.—Acabo de decirlo. Toda promesa pertenece á lo futuro y solo en lo futuro se cumplirá.

SACRISTÁN.—Sí; pero entonces... ¿cuando llegará ese futuro?

MAESTRO.—*(Aparte.)* Sacristán, bien está. *(En voz alta)* Vaya, amigo mío, ¿será necesario que se lo repita? El *porvenir* no puede *venir* porque cuando viene deja de serlo.

SACRISTÁN.—Gracias.

MAESTRO.—Detrás de cada proyecto hay una trampa. Y sin embargo, esta es muy sencilla para el que sepa contar hasta diez. Prometer, en resumidas cuentas, se reduce á mentir, por honorable que sea la persona que prometa. Se dice que *cumplir* es difícil y yò digo que es imposible. ¡Vaya! Dejemos volar las promesas. Dígame usted...

SACRISTÁN.—¡Psit!
MAESTRO.—¿Qué hay?
SACRISTAN.—¡Silencio!
MAESTRO —¡Espera! Se oye el órgano.
SACRISTAN.—Es él.
MAESTRO.—¿Quién? ¿El sacerdote?
SACRISTAN.—Si.
MAESTRO.—A fé mía, se levanta temprano.
SACRISTAN.—No creo que la cama de nuestro pastor se haya deshecho esta noche.
MAESTRO.—¿De veras?
SACRISTAN —Si. Nada tiene de extraño. Desde su viudez algo le roe interiormente. Oculta su pesar, claro está, y solo, de tarde en tarde, le hace traición. Su corazón rebosa, como un vaso demasiado lleno. Escuche usted esta sonata: ¿no parece á cada nota que llora por la pérdida de su mujer y de su hijo?
MAESTRO.—Sí, parece que habla con ellos.
SACRISTAN.—Y que hay uno que sufre y otro que le consuela, ¿no es eso?
MAESTRO.—¡Si uno se atreviera á enterarse!
SACRISTAN.—Si no fuera funcionario...
MAESTRO — Si no fuera por ciertos compromisos y consideraciones...
SACRISTAN.—Si me atreviese á enviar pluma y libros al diablo...
MAESTRO.—Si uno dejase de ser razonable y se atreviese á sentir...
SACRISTAN.—Amigo mío, nadie nos vé: conmovámonos.
MAESTRO.—No, no sería conveniente. No podemos descender á la esfera común. No se pueden ser dos cosas á la vez, como dice el sacerdote: hombre y funcionario. En todo, debemos copiar al baile.
SACRISTAN.—¿Porque á él más qne á otro?
MAESTRO.—¿Se acuerda usted del incendio que

estalló en su casa y de que se salvaron los archivos?

SACRISTAN.—Sí, una noche...

MAESTRO.—Una noche de tempestad. El baile se agitó, centuplicó sus esfuerzos. Pero detrás de él el diablo, en un rincón, se reía. De pronto su mujer lanza un grito, ha visto á Satanás y exclama: «¡Oh! ¡Salva tu alma; el espíritu maligno está detrás de tí mirándote!» «¿Mi alma?, grita el baile á través del fuego, ¡que el diablo se la lleve! Ayúdame á salvar solamente los archivos.» ¡Pues bien! hé aqui un baile que lo es desde los piés á la cabeza, del fondo del corazón á la punta de los dedos. Y estoy seguro de que su vida será dignamente recompensada y que á su muerte entrará en...

SACRISTAN.—¿En donde?

MAESTRO.—En el paraiso de los bailes buenos.

SACRISTAN.—¡Mi sabio amigo!

MAESTRO.—¿Le gusta?

SACRISTAN.—Usted me hace comprender lo que pasa. Lo que aparece claro es que todo se agita. Todo se conmueve. No se respetan ya las antiguas tradiciones.

MAESTRO.—Se necesita abono para la nueva cosecha. Lo que está podrido pertenece á la tierra. La raza debe escupir el mal que le destroza los pulmones; sinó al mal le será fácil tragársela. ¡Sí! ¡Todo se agita! Se vé bien sin necesidad de anteojos. El dia en que se derribó la antigua iglesia, se produjo un hundimiento general como si de pronto, hubieran despojado de todo á nuestra vida.

SACRISTAN.—Sí, se produjo un silencio en la muchedumbre y los que gritaban: ¡abajo!, se callaron cuando vieron el templo anti-

güo abatirse. Esto ha cambiado á más de uno. Se les veía pensativos, preocupados, con la vista baja, preguntándose de repente si la iglesia no era sagrada.

MAESTRO.—Y la muchedumbre, esperaba que todos los lazos que la retenían ligada á la antigua fortaleza, se rompiesen al inaugurarse la nueva. Veían como se iba elevando firme y sólida, y esperaban ansiosamente el gran día en que debía arriarse la vieja bandera gastada, para que ondease por el aire el nuevo pabellón. Pero á medida que la miés crecía, los rostros se tornaban más pálidos, las bocas se callaban... Y ahora... ¡por fin! éste es el gran día.

SACRISTAN.—*(Señalando los campos con el dedo.)* ¡Vea usted qué hormigueo! Todos acuden, grandes y pequeños.

MAESTRO.—Sí, por millares. Pero, ¡qué silencio!

SACRISTAN.—Sin embargo, parece un rayo que rueda ó el ruido de un mar agitado.

MAESTRO.—Es el corazón del pueblo que palpita. Diríase que comprenden la grandeza de los tiempos, que van hacia un campo de elección, llamados á cambiar de Dios. Escuche usted. ¿donde está el sacerdote? Estoy sobresaltado... quisiera ocultarme.

SACRISTAN.—Yo también.. yo también. .

MAESTRO.—Hay momentos en que uno no sabe lo que le pasa. Y por más que uno se sondee, no halla el fondo. Se avanza, se retrocede, querriamos animarnos...

SACRISTAN.—¡Amigo mío!

MAESTRO.—¡Ah! ¡Amigo mío!

SACRISTAN.—¡Hum!

MAESTRO.—¡Hable usted! ¿No se atreve?

SACRISTAN.—Creo que verdaderamente nos conmovemos.

Maestro.—¿Eh? Yo no.

Sacristan.—¡Ni yo! A nadie se le condena por un solo testigo.

Maestro.—Usted y yo somos dos hombres, y no dos tontos. Buenos días. La juventud de la escuela me espera. *(Se vá.)*

Sacristán.—Sueño como un bestia. Héteme de nuevo razonable y sosegado, indescifrable como una esfinge. A otro trabajo. Este se acabó y la ociosidad es la amiga del diablo. *(Váse. El órgano que durante este diálogo oíase con sordina, resuena de pronto con estrépito, y luego se para en una nota discordante.. Después, Brand sale de la iglesia.)*

Brand.—No. No arranco ni una sola nota sonora. El canto del órgano se convierte en un grito. Maderamen, bóveda y paredes, ahogan ese canto, dándole un sonido de madera, componiéndolo como á un muerto en su ataud. He ensayado, lo he intentado en vano; el órgano ha perdido su voz. Quería que los sonidos se elevasen convertidos en plegarias. Pero retumbaban sordamente como los de una campana hendida, resonando con ecos profundos. Hubiérase dicho que ensordeciendo el coro, el Señor encolerizado rechazaba al verbo, alzándose ante él. Es preciso que la casa del Señor sea grande: tales fueron mis votos, mi esperanza consoladora. Para derribar, nivelar, terraplenar los escombros, no me ha faltado el valor. Y la obra se ha terminado. Todos, al penetrar bajo la bóveda, exclaman juntando las manos: «¡Que grande!» ¿Tienen razón? ¿Este edificio es tal como lo había imaginado? ¿Corresponde á la visión confusa de que ha nacido? ¿Se parece en aspecto á ese otro templo que ví durante mi sueño, elevando su cúpula por encima de

las miserias humanas? ¡Ah! Si Inés hubiera vivido, la iglesia sería mejor. Ella sabía encontrar grandeza en las pequeñeces, y con una palabra, hubiera disipado mis dudas. Era la corona de follaje extendiéndose por la copa del árbol, era la unión entre el cielo y la tierra. *(Reparando en los preparativos de fiesta.)* Verdes guirnaldas, arcos y banderas, los niños de la escuela repitiendo una canción. Pronto la casa parroquial estará llena de gente, todos me saludarán. Mi nombre se destaca ya en letras de oro. ¡Señor, ilumíname! O sino, haz que me hunda á mil piés bajo tierra. Todos piensan en el sacerdote. Su nombre lo pronuncian todas las bocas. Y sus pensamientos, sus palabras me abrasan. Son como un sortilegio. Homenajes y alabanzas penetran en mi cráneo como una onda glacial. ¡Oh! ¡Si pudiera hundirme en el olvido, sepultarme en algún antro salvaje!

BAILE.—*(Que llega alegre, de gran uniforme, saluda á Brand.)* ¡Por fin! ¡Ya llegó el gran dia! La fiesta después del trabajo. Estendemos las velas, izemos la bandera y permitamos que la corriente nos conduzca con suavidad. Salve, noble y grande hombre, cuya gloria recorrerá todo el pais. ¡Salve! Me encuentro á la vez muy conmovido y rebosando alegría. Pero ¿y usted?

BRAND.—¿Yo? Estoy como si me apretaran la garganta con un tornillo...

BAILE.—¡Ah! Espero que le pase pronto. Es necesario predicar con voz de trueno. Todo el rebaño está congregado y quiere ración completa. Por otra parte la iglesia tiene buenas condiciones acústicas. Todos los que lo han probado, lo dicen.

BRAND.—¿De veras?

BAILE.—Sí, sí. Y el deán el primero. Y además ¡qué edificio! ¡Que estilo tan grande! ¡Que lineas tan nobles y tan atrevidas!

BRAND.—¿Usted cree...?

BAILE.—¿Qué?

BRAND.—¿La Iglesia le parece grande?

BAILE.—No me lo parece solamente. Lo es tanto de cerca como de lejos.

BRAND.—¿De veras?

BAILE.—Sí, ya lo creo. Es hasta demasiado grande para nuestro distrito, ya sé que esas dimensiones no son extraordinarias. Que hay otras mayores. Pero, en cuanto á nosotros, humildes habitantes de esta tierra inculta y de estos estériles arrecifes, aprisionados entre la montaña y el *fiord*, tanta grandeza nos deslumbra.

BRAND.—Tiene usted razón: hemos sustituído la mentira antigüa con otra nueva.

BAILE.—¿Qué quiere usted decir?

BRAND.—Sí. El pueblo respetaba un monumento decrépito. Se lo hemos arrebatado para que fijase sus miradas sobre esta construcción nueva que se eleva atrevidamente hacía el cielo. «¡Qué venerable!» murmuraba el coro contemplando la iglesia vieja. «¡Qué grande!» exclaman ahora, viendo la nueva «¡Nunca se ha visto cosa semejante!»

BAILE.—Verdaderamente, querido amigo, sería menester tener el gusto estragado para pedir algo mayor.

BRAND.—¡Pero si esta iglesia es pequeña! Salta á la vista y nadie lo puede negar, ni mentir.

BAILE.—¡Vaya! ¡Vaya! Rechace usted esas ideas. Nadie desprecia lo que le ha costado tanto trabajo edificar. El pueblo está muy contento. A sus ojos todo es perfecto:

nunca ha visto nada tan grande. Deje usted pues, esa idea. ¿A qué turbar á esos desdichados, encendiendo antorchas cuya luz ha de mortificarles? Todo depende de la fé. Nada importaría que la Iglesia fuese una pocilga, si el pueblo la encontraba gigantesca.

BRAND —¡Siempre el mismo principio!

BAILE.—Y además, hemos convidado á esas almas buenas á una fiesta. Es menester que se entreguen á la alegría, sin lo cual, faltaríamos á los deberes de hospitalidad. Y también su propio interés le obliga á rechazar esa nimiedad. Ciertas verdades son como los abscesos: más vale no tocarlas.

BRAND.—¿Qué quiere usted decir?

BAILE.—Escúcheme usted. En primer lugar nuestro municipio, le regala á usted un cáliz de plata, cuya inscripción sería ridícula si se discutiese la grandeza de su iglesia. Lo mismo ocurriría con el himno y hasta con mi disurso: para que tengan sentido, es preciso que la iglesia sea grande. Ya usted lo vé: no le queda más recurso que envanecerse de lo que ha hecho.

BRAND.—Lo que veo hace mucho tiempo, lo que me abre los ojos, es la mentira de esta fiesta y la falsedad de lo que celebra.

BAILE.—¡Dios eterno! Amigo mio. que palabras tan violentas. ¿A donde va usted á parar? Afortunadamente, para terminar con todas estas reflexiones, poseo un argumento final, y si el primero era de plata, este es de oro. Usted es un niño mimado, cargado de mercedes y de favores; en una palabra, le han condecorado á usted, y hoy mismo, caballero de una orden, podrá ostentar orgullosamente la cruz sobre su pecho.

BRAND.—Tengo otra más pesada que llevar sobre mis espaldas. ¡Quién pudiera descargarme de su peso!

BAILE.—¡Qué! ¿Ni una señal de emoción al recibir la noticia de tal favor? ¡Usted es un enigma! Pero piense... Dios eterno...

BRAND.—(*Golpeando el suelo con el pié.*) ¡Basta de esa vana habladuría! Sus palabras nada me dicen y usted no ha comprendido las mías. La grandeza de que le hablo no se mide con piés ni con varas. Es la grandeza misteriosa que irradia sobre el ser y que el ser refleja, que hiela y abrasa el alma, que la invita al reposo y al sueño, la exalta como una noche estrellada, la... ¡No! ¡Déjeme usted! ¡Estoy cansado! Lleve su elocuencia y sus argumentos á otra parte. (*Se dirige hacia la iglesia.*)

BAILE.—(*Aparte.*) ¿Qué quiere decir todo esto? ¿Una grandeza que irradia y que se refleja, que no se mide con la vara? ¿Y esta noche estrellada? ¡Vaya! Puede que el sacerdote no esté en ayunas. (*Se vá.*)

BRAND.—(*Volviendo.*) Nunca, atravesando las mesetas salvajes, me he visto tan sólo como aquí. A las más graves cuestiones contestan con gritos inconexos. (*Mirando en la dirección que ha tomado el baile.*) ¡A ese hombre quisiera aplastarle con el tacón de mi bota! Cada vez que quiero elevar su espíritu por encima de la lisonja y de la mentira, me escupe á la cara, cual un veneno, su alma corrompida. ¡Oh, Inés! ¿por qué me has abandonado? Estoy cansado de este luchar estúpido, en que nadie pierde ni gana. El que lucha sólo, lucha sin esperanza.

DEAN.—(*Llegando.*) ¡Oh! ¡Hijos mios! ¡Oh! mis ovejas!... ¡Perdone usted... quería decir: mi querido cofrade! Estos preparativos

de fiesta, este sermón que tengo que predicar... todo se me sube á la cabeza. Ayer lo preparé, pero aún no estoy dispuesto. ¡Bueno! Ya he hablado bastante sobre este asunto. Le doy gracias porque ha roto usted valerosamente el hielo, desdeñando proposiciones y clamores; porque ha derribado lo que apenas se tenía en pié, para edificar este nuevo edificio que se levanta soberbio, con su majestuosa cúpula.

BRAND.—¡Aún falta mucho!

DEAN.—¿Cómo, querido amigo, no se ha acabado aún? Si solo falta consagrarla.

BRAND.—Un nuevo edificio exige un alma regenerada, un espíritu purificado.

DEAN.—Todo vendrá á su tiempo. Esa hermosa bóveda, esa gran nave luminosa obligarán al pueblo á ser limpio y puro. Y la gran resonancia que duplica la fuerza de las palabras predicadas, aumentará en un ciento por ciento la fé de este pueblo. Estos son, en verdad, resultados que se obtienen poco en los más grandes Estados. Y todo se le debe á usted. Séale permitido á un compañero suyo, darle las gracias desde el fondo de su corazón. No dudo que en el banquete con que se le obsequiará á usted, á mi felicitación seguirán discursos inspirados, que pronunciarán oradores jóvenes de mi distrito. ¡Pero, querido Brand, está usted muy pálido!

BRAND.—Desde hace mucho tiempo la fuerza y el valor me hacen traición.

DEAN.—Se comprende. Tanto trabajo, sin ayuda ni sostén. Pero lo más trabajoso se ha hecho ya y todo le anuncia un día espléndido. ¡Así, valor! ¡Todo irá bien! Viene una muchedumbre inmensa de las parroquias más lejanas: Vaya usted y busque

un rival en elocuencia. Mire usted á sus compañeros como le tienden los brazos. El seno de la comunidad palpita de afecto y reconocimiento. Y la obra en sí ¡qué bien ha salido! ¡Qué grandes preparativos de fiesta! ¡Y el evangelio de hoy es también muy grande y muy elevado! Y como remate, el banquete tan expléndido.. Acabo de ir á la casa parroquial. Estaban descuartizando la ternera! ¡Qué animal tan grande! ¡Admirable de veras! Y no habrá sido fácil encontrar un bocado tan exquisito en estos malos tiempos en que la carne cuesta á tres marcos la libra, en el mercado. Pero no es esto lo que aquí me trae. Se trata de otra cosa.

BRAND.—¡Vaya' ¡Hable usted! ¡Acabe usted! ¡Abrevíe razones!

DEAN.—Amigo mío, procedo yo con más calma. Pero seré breve: tenemos los dos el tiempo medido Hay en su conducta un punto pequeño, uno solo, que pide reforma y que, en verdad, no le ha de ser pesado. Veamos: ¿adivina usted á lo que me refiero? Se trata de deberes de su cargo Hasta ahora se ha cuidado usted poco de las costumbres y de las conveniencias. Y esta es una materia de importancia, aunque no sea tan elevada como otras. ¡Dios mio! Yo no le acuso á usted. Se es joven, se principia, se llega de una gran ciudad, desconociendo las condiciones locales. Pero al presente, amigo mío, se trata, y esto ya es grave, de considerar con más detenimiento esta cuestión. Hasta hoy se ha ocupado usted demasiado de las necesidades de los particulares Esto, entre nosotros, constituye una falta grave. Péseles usted en la misma balanza y hágales pasar por la mis-

ma criba. Y créame usted, nunca se arrepentirá de ello.

BRAND.—Explíquese usted con más claridad.

DEAN.—Espere usted. Acaba usted de ofrecer una iglesia á la parroquia. Ella servirá de emblema al espíritu de concordia y de igualdad. Porque el Estado quiere en la religión una fuerza que eleve el diapasón público el más fuerte baluarte de su propia seguridad, en una palabra, la verdadera guía de la moral. Vea usted: el Estado tiene pocos recursos: necesita percibir anticipos. Buen cristiano, buen ciudadano, se dice. ¿Cree usted que quiere crearse cuidados nuevos, administrando el dinero de Dios y el del buen pueblo? De ningún modo, qnerido padre. El Estado no está loco. Y todos tendríamos que lamentarlo, si los designios firmes y precisos del Estado se limitasen á los cuidados de esta vida. Pero este fin, amigo mío, el Estado no puede alcanzarlo sin ayuda de sus empleados, esto es, en el caso presente, de sus sacerdotes.

BRAND.—¡Habla usted admirablemente! Continúe.

DEAN.—Solo me falta decir algunas palabras. Así, el Estado debe aprovecharse de la dádiva de esta iglesia y, por tanto, de hoy en adelante debe usted consagrar sus esfuerzos á sostener al Estado. Bajo este aspecto miro la fiesta de hoy. En esta creencia las campanas voltearán y se leerá el acta de donación. Sí, la dádiva misma implica una obligación, de la que usted debe examinar con detenimiento el alcance.

BRAND.—¡Bien sabe Dios que yo tenía otro designio.

DEAN.—¡Eh! Amigo mío, es damasiado tarde.

BRAND.—Demasiado tarde... Demasiado tarde... ¡Ya se verá!

DEAN.—Sea usted razonable. Me hace usted reir. ¿Que hay de extraño en esto? No se compromete usted á nada culpable. Usted no olvida el cuidado de las almas en provecho del Estado. Por poco que quiera entenderse, puede uno servir dos amos á la vez. Si usted es sacerdote, no lo es para arrancar á Pedro y á Pablo del infierno, sino para impetrar la gracia para la parroquia entera. Que la parroquia se salve y cada individuo de ella tendrá su parte de salvación. El Estado, como usted sabe, es semirepublicano. Si odia á la libertad como á la peste, ama mucho la igualdad. De nada se cuida tanto como de conseguir esa igualdad. Y eso es precísamente lo contrario de lo que usted hace: gracias á usted, los puntos de vista particulares difieren hoy como nunca se habian distinguido. Antes se era un miembro de la iglesia y hoy se es una personalidad. Y esto no le conviene al Estado. En tales condiciones no es fácil conservar ese tesoro de la igualdad, que es la herencia más hermosa de nuestra comunidad. Y es que la Iglesia, en las manos de usted, ha dejado de ser un sombrero que cubriese todas las cabezas.

BRAND.—¡Oh! ¡Cómo se abren mis ojos.

DEAN.—Nada de desfallecimientos que para nada sirven. Es verdad que reina aquí una espantosa confusión. Pero mientras hay vida hay esperanza. Y, merced á la unción eclesiástica, usted vé cual es su deber: concurrir al fin que el Estado asigna á su Iglesia. Se necesita una regla para todo. De otro modo las fuerzas desbordadas se convertirían en potro salvaje, derribando ba-

rreras, rompiendo vallas, destruyendo los mil postes que delimitan las conveniencias sociales. Todo orden de cosas exige una regla, siempre la misma, aunque cambie de nombre. En arte, se la llama *escuela*; en nuestra táctica militar se denomina si no me equivoco *disciplina* Sí, amigo mío, esta es la palabra: nada caracteriza mejor la acción del Estado Este encuentra que la carrera es demasiado rápida y que el moverse en un mismo sitio es insuficiente. El método que preconiza es un paso igual, una misma cadencia para todos.

BRAND.—¡Esto es! ¡El águila al arroyo! Y que las manadas de patos se ciernen por encima de los montes.

DEAN.—Nosotros no somos bestias, á Dios gracias. Pero si queremos recurrir al apólogo lo mejor es abrir la Escritura que puede servirnos para todo. Del Génesis al Apocalipsis ¡qué conjunto de admirables parábolas! Espere usted. Solo mencionaré aquella famosa torre de Babel. Diga usted á qué condujo al buen pueblo. Y ¿porqué? Fácil es de comprender. Rompieron las filas, queriendo cada uno hablar su lengua é ir por su lado, en vez de permanecer sujetos á la misma obediencia. En una palabra, se convirtieron en personalidades. Es la mitad del doble hueso que contiene la corteza de esta alegoría: *un hombre solo está sin defensa y se pierde el que se aisla.* Dios, al que quiere herirle en el combate de la vida, comienza por convertirle en personalidad independiente. Los romanos aseguraban que los Dioses cuando querían perder á alguien, le quitaban antes la razón. Porqué estar *solo*, ¿no es estar *loco*? Sí, todo hombre aislado debe esperar la suerte

de aquel Urias á quien David envió á que muriera en la vanguardia.

BRAND.—¡Es posible! Pero ¿está usted seguro que si los obreros de Babel hubiesen tenido un solo pensamiento y una sola lengua, habrían podido levantar su torre hasta el cielo?

DEAN.—¿Hasta el cielo? Nadie puede llegar por completo. Y aquí viene bien, la segunda mitad del doble hueso, que oculta la corteza de esta alegoría: *Toda obra que tienda á escalar el cielo, está condenada á perecer*

BRAND.—Al cielo, sin embargo, llegaba la escala de Jacob y al cielo suben los deseos de nuestra alma.

DEAN.—¡Ah! ¡Si se trata de esto, sí! ¡Claro está! Es evidente que una vida honesta, una vida de fe y de oracion, encuentra su recompensa en el cielo. Y sin embargo, la fé es diferente de la vida. No pueden mezclarse sin hacerlas violencia. Hay seis días para el trabajo y uno para los esparcimientos del espíritu. No habría domingo si la iglesia estuviese abierta toda la semana. Su palabra, si usted la prodiga, pierde toda la brillantéz de su fuerza. La religión, como el arte, tiene medio á la evaporización. Ensalce usted el ideal mientras esté en el púlpito, durante la inspiración sagrada. Pero déjele usted con los ornamentos sacerdotales antes de volver al aire libre. Una vez más se lo repito: hay una ley general que señala á cada uno su sitio Y para aclarar este punto he tomado la palabra.

BRAND.—Solamente veo, que no me conviene velar por esas cajas de almas establecidas por el Estado. No son esas mis obligaciones.

DEAN.—Pero si usted, querido amigo, las de-

sempeñará admirablemente. Solo tiene que elevarse, que subir más alto.

BRAND.—Comenzando por sumergirme en el lodo.

DEAN —El que se humilla será ensalzado. Es menester que el gancho esté encorvado para que pueda servir.

BRAND.—Y un hombre, para que sirva, debe ser antes aniquilado.

DEAN.—¡Dios nos libre! ¿Cómo puede usted atribuirme tal propósito?

BRAND.—Sí, sí. Antes una sangría. Es preciso ser un esqueleto para acomodarse á vuestra vida exangüe y macabra.

DEAN. —¿Sangrarle á usted? ¿yo, que no sangraría á un gato? He creido sencillamente cumplir con mi deber entreabriendo la puerta del camino que yo mismo sigo.

BRAND —¿Sabe usted lo que me pide? A la voz del Estado, deberé renunciar al ideal, por el cual he vivido hasta hoy.

DEAN.—¿Renunciar á su ideal? ¿Quien lo exige, amigo mío? Yo no he hecho más que indicarle su deber. Quiero que guarde dentro de sí lo que no puede servir á la comunidad. Guárdelo usted todo, si quiere, pero téngalo herméticamente cerrado. Tenga usted tanto entusiasmo y tanto ideal como usted quiera, pero interiormente, nó delante de la muchedumbre. Créame usted á mí. Siempre viene el castigo á esas extravagancias y á esas opiniones.

BRAND.—¡Ah! ¡Temor del castigo, esperanza de la recompensa, sello de Cain que veo marcado en tu frente; él proclama la muerte de tu corazón, puro Abel asesinado por tu sabiduria mundana.

DEAN.—*(Aparte.)* ¡Y ahora me tutea! ¡Esto ya es demasiado! *(En voz alta.)* No quiero

prolongar esta disputa. Espero solamente que le haré comprender á usted, que sepa ante todo en qué país y en qué tiempos vive usted. Nadie triunfa si no es de su época. ¡Vea usted las artes y la poesía! ¿Desprecian las leyes de nuestro tiempo? ¡Vea usted nuestros militares! Una espada cortante solo es para ellos una leyenda. Y ¿porqué? Por la ley natural que exige que todo se acomode á las necesidades del país. Es preciso que cada uno modere su temperamento, que no se eleve por encima del nivel común, que no se precipite hácia adelante y que, al contrario, se confunda entre la muchedumbre. Vivimos, dice el baile, en un siglo humanitario. Si se inspira usted en ese espíritu llegará usted á algo grande. Pero es necesario, para conseguir esto, borrar los ángulos, abatir las ramas que sobresalen, ser liso como los demás y no seguir nunca caminos trillados: únicamente en este caso su obra será durable.

Brand.—¡Fuera de aquí! ¡Fuera de aquí!

Dean.—Es verdad. Un hombre como usted necesita un campo más vasto. Pero trabaje usted en pequeña ó en grande escala, tiene usted que vestirse el uniforme de la época. Lo que nos hace falta es un cabo que marque el paso con su varilla. El cabo encarna para nosotros el ideal de mando. Como un cabo conduce su pelotón á la iglesia, el sacerdote debe conducir sus ovejas al paraiso. ¡Esto es tan fácil! La fé tiene su base en la autoridad. Ella, teniendo por fundamento al saber, merece una confianza ciega y absoluta. Es preciso tenerla y seguir el camino que nos trazan la ley y la costumbre para llegar á la fé. ¡Así pues, nada de desfallecimientos, hermano mío! Tome us-

ted el tiempo que necesite para reflexionar. Examine usted la situación y no se atormente en balde. Voy á la iglesia á ver si puedo aumentar el diapasón de mi voz. No estamos acostumbrados, en este país, á que resuenen tanto las palabras. ¡Adios! ¡Adios! Tomaré por tema la discordia que reina en la naturaleza humana y que borra de nuestra alma, la imagen de Dios. Pero ante todo, tomaré un poco de refresco. *(Se aleja, Brand, abismado en sus pensamientos, permanece un instante como petrificado.)*

BRAND.—Todo lo he sacrificado á la vocación. ¡Estaba ciego y creía que Dios me la había dado! Y de pronto, oigo la trompeta del siglo y veo á qué espíritu he servido. ¡Pues bien, nó! Aún no me poseen. Los cimientos de esta iglesia han sido regados con sangre. ¡Mi gozo y mi vida se enterraron aquí, pero mi alma no será suya! ¡Es horrible estar solo, no ver por todas partes más que á la muerte; es horrible recibir piedras cuando se pide con vivas ansias pan! Tenía razón, mucha razón, y sin embargo ¡qué horrible vacío en mis palabras! ¡El vacío del abismo! La luz de Dios, la blanca paloma se oculta. ¡Ah! Nunca ha aleteado por encima de mí. ¡Oh! ¡Si encontrase aunque solo fuese un hermano de mi fé, para fortificarme, para apaciguar mi angustia!

(Eynar viene por la carretera, vestido de negro, pálido y descompuesto. Al percibir á Brand se para.)

BRAND.—¡Eres tú, Eynar!

EYNAR.—Sí, este es mi nombre.

BRAND.—Buscaba un corazón que no fuese de madera ni de piedra. ¡Ven á mis brazos!

EYNAR.—Es inútil. He llegado al puerto.

Brand.—Me guardas aún rencor por lo pasado: piensas en nuestra última entrevista.

Eynar.—No. Eres inocente No fuiste más que el instrumento ciego de Dios. Te colocó en mi camino cuando estaba extraviado.

Brand.—¿Qué lenguaje es este?

Eynar.—El de la felicidad y el reposo. El lenguaje de una alma adormecida en el pecado que despierta en la regeneración.

Brand —Es extraño. Me habían dicho que seguías otro camino.

Eynar.—Me arrastró el orgullo porqué confiaba en mis propias fuerzas. Los dioses á los cuales sacrifica el mundo, el talento que me atribuían, la voz cuyo canto cautivaba, no eran sinó otros tantos lazos del demonio á los cuales he sucumbido. Pero ¡bendito sea Dios, que no ha abandonado á su pobre oveja desgarriada! El tuvo piedad de mí, en la hora de la desgracia.

Brand.—¿De qué modo?

Eynar.—Llegué á ser un perdido.

Brand.—¿Un perdido? ¿Cómo?

Eynar.—Por el juego y la orgía. Me hizo amar los naipes y los dados

Brand.—Y á esto ¿llamas la obra de Dios?

Eynar.—Fué el primer paso hacia la redención. Después me quitó la salud. Perdí mí talento. Huyó mi carácter regocigado. Me puso en un hospital, en donde estuve enfermo mucho tiempo. Me devoraba un fuego interior. Creía ver moscas por todas partes. A mi salida del hospital, encontré á tres hermanas al servicio del cielo, y formando parte de su milicia. Estas hermanas y su teólogo me han librado del yugo del mundo, han roto las mallas del pecado que me retenían y me han transformado en hijo de Dios.

BRAND.—¡Ah! Muy bien.

BRAND.—Hay muchos caminos: unos costean los valles; otros atraviesan las montañas.

BRAND.—Pero ¿después? ¿Qué ocurrió?

EYNAR.—¿Después? Es verdad. Fuí á predicar la continencia. Pero este cargo está muy expuesto á tentaciones. Busqué otro y ahora voy como misionero...

BRAND.—¿A qué país?

EYNAR.—Al Africa. Pero es preciso que te deje, porqué mi tiempo es oro.

BRAND.—¿No te detienes aquí ni un instante? Ya ves. Estamos de fiesta.

EYNAR.—No, gracias. Mi sitio está entre las almas negras. *(Quiere alejarse).* ¡Adios!

BRAND.—¿Ningún recuerdo te retiene? ¿Ninguna pregunta te sube á la boca?

EYNAR.—¿Respecto de qué?

BRAND.—Respecto de aquella á quien hubiera podido disgutar la distancia que te separa del pasado.

EYNAR.—¡Ah! Ya me acuerdo. Te refieres á aquella joven que me retuvo entre las mallas del placer, antes de que mi alma fuese lavada con las aguas de la fé. Pues sí. ¿Que ha sido de ella?

BRAND.—Un año después se casó conmigo.

EYNAR.—Esto no tiene importancia. No me detengo en esas cosas. No me cuido más que de lo *esencial.*

BRAND.—Nuestra existencia fué pródiga en alegrías y dolores. Murió nuestro hijo...

EYNAR.—Esto no tiene importancia.

BRAND.—¡No! Fué un préstamo más bien que un don. Y además, algún día nos reuniremos. Después, ella también me ha abandonado. Este césped cubre las dos tumbas.

EYNAR.—Esto no tiene importancia.

BRAND.—¿Tampoco?

EYNAR.—Nada te pregunto de todo esto. Solo quiero saber *cómo* murió.

BRAND.—Esperando, aguardando la aurora, rica de corazón, firme de voluntad hasta la hora suprema, agradecida á todo lo que la vida le había dado, á todo lo que la había arrebatado: asi bajó á la tumba.

EYNAR.—¡Pequeñeces, miserias! Díme como era su fé.

BRAND.—Inquebrantable.

EYNAR.—¿En quien?

BRAND.—En Dios.

EYNAR —¡Ah! ¿Nada más que en Dios? Entonces se ha condenado.

BRAND.—¿Que dices?

EYNAR.—¡Que se ha condenado! ¡Esto digo!

BRAND —*(Fuera de sí)*. ¡Vete, miserable!

EYNAR.—El rey de los infiernos te aferrará entre sus garras. Como ella estás destinado á la muerte eterna.

BRAND —¡Infame! ¡Te atreves á hablar de condenación, tú que te revolcabas en el fango del pecado!

EYNAR.—Nada resta de él. Me he lavado en las aguas de la fé, me despojé de toda mancha pasando por el tamiz de la santidad. Tomando la pala de la devoción he batido los vestidos de Adán y el jabón de la plegaria me ha hecho resplandecer como un sobrepelliz sin mancha.

BRAND.—!Puaf!

EYNAR.—A mi me corresponde decir ¡puaf! Aquí se percibe el olor del azufre y veo los cuernos de Satanás. Yo soy el buen grano y tú eres la zizaña que se rechaza. (*Se aleja*).

BRAND.—*(Le sigue un momento con la vista. De pronto sus ojos brillan y exclama:)* Este es el hombre que necesitaba. Todos los lazos

están rotos y levanto mi propio estandarte, aunque nadie me siga.

BAILE.—*(Llegando aprisa)*. Apresúrese usted, mi querido pastor. La procesión está formada y pronta á partir.

BRAND.—¡Que venga!

BAILE.—¿Sin usted? Vamos, despierte usted, vuelva en sí. El pueblo no quiere esperar. Como en irrupción, la muchedumbre se dirige á la casa parroquial. Grita y llama al sacerdote. ¡Oigales usted! ¡Le llaman una vez más! ¡Apresúrese usted! Temo casi que pierdan el espíritu humanitario.

BRAND. – Nunca me confundiré entre la multitud de los que os siguen. Yo me quedo aquí.

BAILE.—¿Está usted loco?

BRAND.—Su camino es demasiado estrecho para mí.

BAILE.—Se estrecha á medida que la muchedumbre se agolpa. ¡Por mi honor! ¡Es un asalto! Vea usted: coloca al deán, á los sacerdotes y á los empleados casi al borde del barranco. ¡Venga usted, venga usted, amigo mío! ¡Deténgalos usted con su influencia! ¡ah! ¡Es demasiado tarde! ¡Rompen las vallas! La procesión se ha desorganizado. *(La muchedumbre desordenada se dirige hacia la iglesia)*.

VOCES.—¡El sacerdote!

VARIOS.—*(Señalando á Brand)*. Aquí está.

OTROS.—Que dé la señal.

DEAN.—*(Arrollado por la multitud)*. ¡Baile, deténgalos usted!

BAILE.—Se burlan de mi autoridad.

MAESTRO DE ESCUELA.–*(A Brand)*. ¡Hable usted! ¡Alumbre esos espíritus inquietos! ¿Qué es ello? ¿Una gran obra ó una vil tarea?

BRAND.—¡Ah! ¡Por fin una corriente conmueve

la pesada inercia de este pueblo! ¡Hombres, estais en el sitio en que los caminos se cruzan! Con toda vuestra voluntad, debeis preferir el nuevo y el aniquilamiento de todas las construcciones carcomidas, para que el gran santuario ocupe el lugar que le corresponde.

Los empleados.—El sacerdote desvaría.

Los sacerdotes.—¡Está loco!

Brand.—Lo estaría si admitiera que con vuestro culto servíseis á Aquel que no quiere sino espíritu y verdad. Lo estaría, esperando unirle á vosotros por medio de artificios y de compras. ¡La antigüa iglesia era pequeña: ofreciendo el doble obtendré algo y con el quíntuplo llegaré al fin que me he propuesto! ¡Ah! No veia que era necesario ó *todo* ó *nada*. Me deslicé por la pendiente de los compromisos. Pero hoy ha hablado el Señor. La trompeta del juicio acaba de resonar por encima de ese templo. Escuchaba yo, temblando de ansiedad anonadado como David ante Natán, muerto de espanto, azotado por un viento de terror. ¡De hoy en adelante, nada de duda! ¡Pueblo: el espíritu de compromiso, he ahí á Satanás!

La muchedumbre.—*(Cada vez más enfurecida).* ¡Atrás los que nos han cegado! ¡Abajo los que nos han robado la médula!

Brand.—El enemigo, emboscado traidoramente detrás de vosotros, os ha aprisionado con sus astucias. Habeis dilapidado vuestras fuerzas, os han dividido en dos, os han desmenuzado. Y después ha sucedido á todo un vacio espantoso. ¿Que venis á hacer á la iglesia? El esplendor, solo el esplendor os atrae, el canto del órgano, el sonido de las campanas, el deseo de tem-

plaros en la llama de una elocuencia altisonante, cuyos acentos se elevan ó desciendan, que se desborde, truene ó fustigue según las reglas del arte!

El dean.—*(Aparte)*. Se refiere á las divagaciones del baile.

Baile —*(Aparte)*. Un latigazo á las redundancias del deán.

Brand.—Lo que buscais es el explendor de la fiesta, su aspecto exterior. Después volvereis á vuestra indolencia, gimiendo y sufriendo bajo el yugo ordinario, con el alma tan pobremente vestida como el cuerpo. Y hasta la fiesta próxima, el libro de la vida yace olvidado en el fondo del armario. ¿Es esto lo que yo soñaba, vaciando mi cáliz? Quería que la iglesia fuese grande, y que cobijase bajo su bóveda, no sólo la enseñanza y la fé, sinó todo lo que constituye la existencia, todo lo que Dios ha dotado del derecho de vivir, el sencillo trabajo cotidiano, el reposo de la tarde, el temor de la noche, las risueñas alegrías de una juventud de sangre ardiente y, desde el más pequeño al más grande, todos los bienes legítimos de nuestro corazón El bramar de los torrentes que huyen, las cascadas que se precipitan en los abismos, los sonidos de la tempestad que ruje, y la voz formidable del mar, debían unirse y no constituir más que un alma con los acordes del órgano y los cantos populares. ¡Abajo la obra que se levanta ante nosotros! ¡Solo es grande en mentira! Concebida por un espíritu que la condena desde un principio, es digna de vuestras almas débiles. Quereis sofocar todo gérmen vital partiendo vuestra vida en dos: seis días de trabajo, durante los cuales

la bandera del Señor está plegada y olvidada y el séptimo día para hacerla flotar al viento.

Una voz.—¡Condúcenos! Hay tempestad en el aire. ¡Condúcenos y seremos vencedores!

Dean.—No le escucheis. No tiene la fé que necesita un cristiano.

Brand.—No; y tú has puesto el dedo en la llaga, en lo que nos falta á los dos, en lo que falta á todo el mundo aquí. Para tener fé, es preciso tener alma. Enséñame una sola alma en esa muchedumbre. Muéstrame uno solo que no haya, en alguna hora de cansancio ó de prisa, arrojado lo que en él había de mejor. El placer desbordado, inquietante, con sus músicas y sus histriones, ha destruido en vosotros la alegría de vivir. Y solo entonces, restos de almas cansadas y ridículas, os presentais para danzar ante el tabernáculo. Cada vez que un impotente, un loco miserable ha vaciado su copa hasta el fondo, ¡aprisa!... ¡Ya tendremos tiempo de esperar, de rogar, de hacer penitencia! Borrais, desde un principio, de vuestros corazones, la huella del sello divino; os convertís en bestias de dos piés, luego os dirigís hácia las puertas de la gracia y solo como inválidos llegais ante Dios. Así su reino toca á su fin. ¿Qué quereis que haga de esas almas agotadas, de esos viejos que se fatigan al subir los escalones de su trono? ¿No lo ha dicho bien claro? Solo quiero como á hijos predilectos á los que tienen el corazón jóven y la sangre palpitante. Si no os convertís en niños, no entrareis en el reino de los cielos. Nadie se desliza á hurtadillas. ¡Adelante, hombres y mujeres risueños y alegres como

los niños, entrad en la gran iglesia de la vida!

Baile.—Abrala usted, en este caso.

La multitud.—*(Con angustia.)* ¡No! ¡Esta no!

Brand.—La Iglesia no tiene ni límites ni recinto. Su suelo es la tierra cultivada, los matorrales, los pinos, el *fiord*, el mar. Solamente los cielos pueden extender sobre ellos una bóveda demasiado grande. Hombre, en ella debes trabajar. El trabajo de la semana no se ha hecho para profanar ese templo que se extenderá por todas partes cual la corteza del árbol. Entonces la vida se confundirá con la ley. En ese refugio, la ley, la doctrina y nuestras obras más sencillas. formarán un solo todo; el trabajo cotidiano se unirá á los anhelos del cielo, á los juegos de los niños junto al árbol de Navidad, á la danza real ante el tabernáculo. *(Movimiento en la muchedumbre. Algunos retroceden; la mayor parte se agrupa alrededor de Brand.)*

Miles de voces.—¡La luz reemplaza á las tinieblas! Sí; la vida y el culto no son más que una sola cosa.

Deán.—¡Desgraciados de nosotros! Nos arrebata nuestra gente. ¡A mí, baile, regidor, alcalde y sacristán!

Baile.—*(Bajo.)* No grite usted tan fuerte ¡qué diablo! ¡No se hace frente á un toro! Déjele usted que antes desahogue su furor.

Brand.—*(A la muchedumbre.)* ¡Fuera de aquí! ¡Dios está en todas partes! No está en medio de vosotros, porqué su reino es grande y lleno de libertad. *(Cierra la iglesia con un candado y coge las llaves.)* Ya no soy vuestro sacerdote: retiro mi donación. Ninguno de los que habeis concurrido á la fiesta recibirá esas llaves de mis manos. *(Las echa en el torrente.)* Acudid, naturalezas

fuertes y jóvenes. ¡Que un soplo de vida barra el polvo que os cubre en estos sombríos lugares! ¡Seguidme, marchemos á la victoria!

LA MUCHEDUMBRE.—¡Condúcenos! ¡Nosotros te seguiremos!

BRAND.—A través de montes, llanuras, ventisqueros, á través de todo el país, iremos destruyendo los lazos en que están aprisionadas las almas del pueblo. Vamos a airear, libertar, edificar, hacer desaparecer todo hundimiento. Hombres y sacerdotes, imprimiremos el sello del Señor, en todos los sitios de que ha sido borrado y del reino entero haremos un gran templo! *(La muchedumbre, á la que se han unido el sacristán y el maestro de escuela, rodean á Brand, quien es llevado en hombros.)*

MUCHAS VOCES.—¡Es el gran día! Gigantescas visiones atraviesan el aire resplandeciente. *(La muchedumbre se dirige hácia el valle. Algunos quedan atrás.)*

DEAN.—*(A los que se alejan.)* Ciegos, ¿á donde vais? ¿No veis que todos esos discursos hermosos son embustes de Satanás?

BAILE.—¡Eh! ¡Volved atrás! ¡Tornad á vuestras aguas comunales! ¡Seguid su curso apacible! ¡Deteneos, buena gente! ¡Marchais á vuestra perdición! ¡Ah! ¡Perros! ¡No responden!

DEAN.—Pensad en vuestros hogares, en vuestras casas.

ALGUNAS VOCES.—Mayores casas nos esperan.

BAILE.—Pensad en vuestros prados, en vuestros campos, en vuestros carneros y en vuestras vacas.

VOCES.—El Cielo envió el maná á sus elegidos que tenían hambre.

DEAN.—¡Deteneos! Vuestras mujeres os llaman.
VOCES.—*(Desde lejos.)* Seríamos desertores.
DEAN.—El niño gimotea: «mi padre me abandona.»
LA MUCHEDÚMBRE.—*(Toda.)* Con nosotros ó contra nosotros.
DEAN.—*(Retorciéndose las manos y siguiéndoles con mirada desesperada.)* Solo, llorando la pérdida de su rebaño, aquí queda el viejo pastor á quien todo se lo han quitado.
BAILE.—*(Con un gesto de amenaza en dirección de Brand.)* Será su vergüenza y su deshonra. ¡Ea! ¡Deán, la victoria es nuestra!
DEAN.—*(Casi llorando.)* ¿La victoria? ¡Nos han abandonado!
BAILE.—Pero no vencido: conozco mucho á mi ganado. *(Sigue á la muchedumbre.)*
DEÁN.—Pero ¿a donde vá el baile? Tan cierto como que existo. les sigue. ¡Ah! Recobro el valor. ¡Yo también. correré detrás de ellos. cargaré sobre la masa haré prisioneros! ¡Pronto! ¡Que me ensillen un caballo, una mula de paso seguro, una bestia de montaña! *(Se aleja.)*

Paraje alpestre en el punto más elevado del distrito Un gran *field* desierto al fondo. Llueve.

BRAND seguido de la muchedumbre, hombres, mujeres y niños se dirije á la colina.

BRAND.—¡Mirad ante vosotros. Es el camino de la victoria. Allí, abajo, yacen las tierras comunales, el valle angosto que cubre un manto de niebla qne va de *field* en *field*. ¡Dejad la vergonzosa apatía sepultada en ese agujero y volad libremente, vivid elevados, hombres del Señor!

UN HOMBRE.—¡Espere usted! ¡Espere usted! Mi anciano padre no puede más!

OTRO.—Y yo no he comido nada desde ayer.

VARIOS.—Dadnos de comer! ¡Calmad nuestra sed!

BRAND.—¡Adelante! ¡Esperemos por atravesar el *field!*

MAESTRO.—¿Por qué camino?

BRAND.—Todos los caminos son buenos, por poco que conduzcan á un fin. Seguidme.

UN HOMBRE.—No. La pendiente es muy rápida y no llegaremos antes de la noche.

SACRISTAN.—Ese camino conduce á la *iglesia de hielo*

BRAND.—Los caminos rocosos son los más cortos.

UNA MUJER.—¡Mi hijo está enfermo!

OTRA.—Tengo el pié llagado.

OTRA.—¿Donde encontrar una gota de agua?

MAESTRO.—Sacerdote, reanime á la muchedumbre. Vea usted; su valor desfallece.

VARIOS.—¡Un milagro sacerdote, un milagro!

BRAND.—¡Ah! ¡Esos estigmas de la esclavitud! Lo que vosotros quereis es la recompensa antes de padecer. ¡Adelante! ¡Sacudid vuestro entorpecimiento mortal, ó sinó, regresad á la tumba!

MAESTRO.—Tiene razón; primero el combate. La recompensa no faltará, ya lo sabemos.

BRAND.—No faltará, pueblo, tan de veras como que un Dios omnividente mira un mundo bajo sus pies.

VARIOS.—¡Profetiza! ¡Profetiza!

MUCHOS.—Escucha, sacerdote. ¿La lucha será reñida?

OTROS.—¿ Será larga? ¿Será sangrienta?

UN HOMBRE.—Dí, sacerdote. ¿Será necesario ser muy valiente?

MAESTRO.—*(Bajo).* ¿No estará en peligro mi vida?

UN HOMBRE.—¿Cual será mi recompensa?

UNA MUJER.—¿Perderé á mi hijo?

SACRISTAN.—Y la victoria ¿será antes del martes?

BRAND.—*(Mirando en torno de sí con asombro).* ¿Qué me preguntais? ¿Qué quereis saber?

SACRISTAN.—Ante todo, ¿cuanto durará la guerra? Después ¿que pérdidas sufriremos? Y por último, ¿que ventajas nos dará la victoria?

BRAND.—¿Esto es lo que me preguntais?

MAESTRO.—Sí, aún no nos lo ha explicado usted bien.

BRAND —*(Indignado).* Os lo explicaré.

LA MUCHEDUMBRE.—¡Habla! ¡Habla!

BRAND.—¿Cuanto durará la lucha? ¡Durará hasta vuestro último día, hasta el sacrificio supremo, hasta que os veais libres de compromisos, dueños de toda vuestra voluntad, y hasta que no vacileis vergonzosamente delante de esta orden: ó *todo* ó *nada!* ¿Qué pérdidas experimentareis? ¡Todos vuestros deseos, todas las restricciones que hagais al juramento solemne; todas las cadenas bruñidas, doradas que os convierten en esclavos de la tierra, y todos los narcóticos que os adormecen! ¿Qué ventajas os traerá la victoria? ¡Una voluntad pura, una fé elevada, con alma entera y el espíritu de sacrificio que lo dá todo con alegría, hasta la vida; y por último, una corona de espinas en cada frente: este será vuestro premio!

LA MUCHEDUMBRE.—*(Gritos furiosos).* ¡Traición! ¡Traición! ¡Nos ha engañado, robado!

BRAND.—Mis palabras no han cambiado.

VOCES.—Nos has prometido la victoria y la cambias por el sacrificio.

BRAND.—Os he prometido la victoria y os la daré, lo repito Pero el que lucha en primera fila, debe morir por la buena causa. El que no se atreva, que deponga las armas. Una bandera defendida por manos vacilantes caerá en poder del enemigo. El que tiene miedo al sacrificio, es que está ya condenado á muerte.

LA MUCHEDUMBRE.—¡Atrevido! ¡Reclama nuestra muerte en provecho de una raza que está por venir!

BRAND.—El camino que conduce á nuestro Canaan, atraviesa el desierto del sacrificio. Marchemos á la victoria con la muerte. ¡Caballeros del Señor, seguidme!

SACRISTAN.—¡Pues bien! ¡Buena recompensa! Allí abajo nos engañaron.

MAESTRO. — No podremos volver nunca á nuestras casas.

SACRISTAN.—Y nadie se atreve á seguir avanzando.

ALGUNOS.—¡Matadle!

MAESTRO.—Sería peor. Tenemos necesidad de un jefe.

LAS MUJERES.—*(Señalando hacia el camino con terror)*. ¡Oh! ¡El Deán!

MAESTRO —¡Vaya! ¡Vaya! ¡No tengais miedo!

DEAN.—*(Llegando seguido de algunos de los que habían permanecido abajo)*. ¡Oh! ¡Hijos míos! ¡Ovejas mias! Escuchad la voz de vuestro viejo pastor.

MAESTRO.—*(A la muchedumbre)* Ya no tenemos hogar allí abajo; por lo tanto conviene que nos apresuremos hasta llegar al *field*.

DEAN.—¿Como podeis darme ese disgusto? ¿Inferirme esa herida?

BRAND.—Durante toda la vida has herido las almas.

DEAN.—No le escucheis. Os alimenta con hermosas promesas.
VARIOS.—Es verdad.
DEAN.—Nosotros somos clementes y perdonamos al pecador arrepentido. ¡Volved en vosotros! Reconoced las astucias infernales de que se ha valido para atraerse el pueblo.
VARIOS.—Sí, es verdad, nos ha armado una asechanza.
DEAN.—¡Reflexionad! ¿Que podeis vosotros, débil rebaño nacido en este rincón apartado? ¿Habeis nacido para grandes destinos? ¿Os toca á vosotros libertar a los cautivos? Cada uno tiene su pequeño trabajo cuotidiano: después de él no hay más que pecado. ¿Qué podría vuestro brazo en el campo de batalla? ¿No teneis que defender vuestras chozas? ¿Qué haríais entre el águila y el halcón? ¿Qué haríais entre el oso y el lobo? Seríais la presa del más fuerte. ¡Oh! ¡Hijos míos! ¡Mis ovejas!
LA MUCHEDUMBRE.—¡Ah! ¡Desgraciados de nosotros! ¡Dice la verdad!
SACRISTAN.—Y hemos abandonado nuestras casas ¡Teníamos un hogar y ya no lo tenemos!
MAESTRO.—No, después que le ha abierto los ojos para mostrarle sus defectos su podredumbre y sus engaños, el pueblo no puede ni dormir ni vivir, aquella vida que tanto le agradaba.
DEAN.—¡Ah! ¡Creedme! Esto pasará por poco que os detengais. Permaneced tranquilos y aparecerán los antiguos pliegues y la comunidad encontrará la paz del pasado.
BRAND.—Escoged, hombres y mujeres.
ALGUNOS.—Queremos regresar á nuestras casas.

Otros.—¡Ya es tarde! ¡Demasiado tarde! ¡Por la cuesta!

Baile.—*(Corriendo)*. ¡Qué felicidad! ¡Por fin os encuentro!

Las mujeres.—¡Querido Baile! ¡Buen Baile! ¡No te ofendas!

Baile.—¡No se trata de esto! ¡Venid! Un hermoso día empieza para la comunidad. Si queris oir la razón, todos sereis ricos antes de esta noche.

Muchos —¿Cómo? ¿Cómo?

Baile —Un banco grandioso de millones de peces está allí, en el *fiord*.

Todos.—¿Qué dice?

Baile —¡Vaya! ¡Preparaos! Dejad la cuesta, la lluvia, el viento del Norte y la escarcha. Es la primera vez que llega hasta vosotros un banco de pescado. Ea, se acercan mejores tiempos para nuestro rincón del Norte.

Brand.—Escoged entre la voz del Señor y la suya.

Baile.—No sigais más que al sentido común.

Deán.—¡Oh! ¿No es un milagro? ¿No es una advertencia del cielo? Hace mucho tiempo que lo venía soñando. Creí que se trataba de un sueño sin importancia, pero hé aquí lo que significa.

Brand.—Perdereis al retroceder.

Todos.—¡Un banco de pescado!

Baile.—¡Millones, lo repito!

Deán.—Pan, oro para vuestras mujeres y vuestros hijos.

Baile.—Ya veis que este no es el momento á propósito para combatir, sobre todo contra fuerzas ante las cuales el mismo señor Deán se considera pequeño. Se trata ahora de otra cosa que de levantar los ojos al cielo. El Señor sabrá protegerse á sí mismo en su ciudadela celestial. No os mezcleis en

cuestiones de otros y corred á recoger los tesoros del mar Este es un fin práctico que se alcanza sin sablazos y sin heridas. Os dará el bienestar sin exigiros sacrificios.

BRAND.—¡Pero el Señor exige sacrificios! ¡El rayo, iluminando las nubes, escribe su mandato en caracteres de fuego!

DEÁN —¡Ah! Si os sentís impulsados al sacrificio, acudid con confianza, venid á mí un día, el domingo por ejemplo...

BAILE.—Sí, sí, sí. *(Interrumpiéndole.)*

SACRISTAN.—*(Al Deán.)* ¿No perderé mi plaza?

MAESTRO.—¿No se me echará de la escuela?

DEAN.—*(En voz baja.)* ¡Si haceis que el pueblo ceda. se os tratará con indulgencia!

BAILE —¡Ea, regresad sin perder más tiempo!

SACRISTAN.—¡Al mar! Al mar todo el que tenga sentido común.

ALGUNOS.—Y ¿el sacerdote?

SACRISTAN.—¿El sacerdote? ¡Dejad á ese loco!

MAESTRO.—La voluntad del Señor se os aparece clara como en un libro.

BAILE.—¡Abandonad al sacerdote puesto que os ha engañado con sus cuentos y sus sofismas.

MUCHOS.—¡Nos ha engañado!

DEÁN.—Y le falta la fé. Consideradlo, no tiene la *nota superior*.

VARIOS.—¿Qué quiere decir?

BAILE.—Que tiene mal genio.

SACRISTÁN.—Sí, es verdad. Salta á la vista.

DEÁN.—Su anciana madre le esperó en balde. La negó los sacramentos.

BAILE.—¡Mató á su hijo!

SACRISTAN.—¡Y á su mujer!

LAS MUJERES.—¡Ah! ¡Miserable!

DEAN.—¡Mal hijo, mal padre, mal esposo! Por fuerza tiene que ser mal cristiano.

MUCHOS.—¡Destruyó nuestra antigua iglesia!

OTROS.—¡Y nos ha cerrado la nueva!

OTROS.—Nos ha conducido al naufragio.

BAILE.—Quitóme la idea del hospital de locos.

BRAND.—Vuestras frentes están marcadas. Bien veo á donde vá esta raza.

TODOS.—*(Gritando.)* ¡Fuera! ¡Fuera! ¡No le escucheis! ¡A pedradas y á cuchilladas, arrojemos el malvado de entre nosotros! *(Brand, bajo una lluvia de piedras, se aleja y desaparece. Los que le han perseguido vuelven enseguida á reunirse con los otros.)*

DEAN.—¡Oh, hijos míos, mis ovejas, vais á volver al redil! Que el arrepentimiento alumbre vuestras miradas y todo marchará bien. Sabemos que el Señor es bueno y que no pide la sangre de los inocentes. Nuestro gobierno también es suave como ningún otro Las autoridades, el prefecto y el baile no os harán pasar una vida molesta. Y yo mismo, estoy lleno de amor, como conviene á estos tiempos de cristianismo humanitario. Así todos los que os gobiernan, vivirán con vosotros en transportes de paz y de alegría común.

BAILE.—Y si hay algunas imperfecciones, se corregirán. Cuando la calma se restablezca, se nombrará una comisión, que verá hasta que punto pueden remediarse las faltas de luz y de fé. Se compondrá de algunos sacerdotes que designaremos el dean y yo, y además, si quereis, del maestro de escuela, del sacristan y de algunos hombres que representen al pueblo. De modo que podeis estar tranquilos.

DEAN.—Sí, os ayudaremos á llevar la carga, eomo habeis aliviado á vuestro viejo pastor del peso de su angustia Fortaleceos pensando en el milagro que acaba de verificarse. ¡Adios! ¡Y que hagais una buena pesca!

SACRISTAN.—Esta es la dulzura del cristiano.
MAESTRO.—Se presenta sin ruido ni ostentación.
LAS MUJERES.—Son muy amables y atentos.
ALGUNOS.—Saben tratar con la muchedumbre.
SACRISTAN.—No piden ninguna víctima.
MAESTRO.—Y saben más que el otro *(La muchedumbre desciende por la montaña.)*
DEAN.—¡Oh! Ahora todo va á cambiar y las cosas quedarán mejor, porque esto es una verdadera reacción.
BAILE.—Gracias á mí, el escándalo ha sido sofocado desde un principio.
DEAN —Ante todo se lo debemos al milagro.
BAILE —¿A qué milagro?
DEAN.—Al banco de peces.
BAILE.—*(Soplando como para apartar el polvo.)* ¡Vaya! ¡Esa mentira!
DEAN.—¿De veras? ¿Una mentira?
BAILE.—He dicho la primera invención que se me ha ocurrido. ¿Es pecado, cuando se trata de una cosa tan grave?
DEAN.—¡Oh! ¡Dios mío! ¡No! La necesidad es una excusa excelente.
BAILE.—Además, mañana, cuando el pueblo esté tranquilo, poco importará que el triunfo se deba á la verdad ó á la mentira.
DEAN.—Amigo mío, no soy inflexible. *(Mirando hacia la llanura).* Pero, ¿aquel hombre que se percibe allí abajo, arrastrándose penosamente, no es Brand?
BAILE.—Sí, es el generoso que marcha solo al combate.
DEAN —¡Pero nó! ¡Espere usted! Veo otra figura que le sigue de lejos.
BAILE.—¡Sí, es Gerd! La única compañía digna de él.
DEAN.—*(Bromeando).* Cumplido su sacrificio se le podría poner este epitafio: «Aquí ycae

Brand; su triunfo fué efímero; conquistó una sola alma y esta alma estaba loca.»

BAILE.—*(Rascándose la nariz).* Me parece, sin embargo, á medida que lo voy pensando que el pueblo acaba de faltar un poco al espíritu humanitario.

DEAN.—*(Moviendo las espaldas). Vox populi, vox Dei.* Venga usted, Baile. *(Se alejan).*

En lo alto de la meseta. El huracán ruge cada vez más, llevando ante sí las nubes que huyen pesadamente, tocando la nieve. De vez en cuando se vé aparecer un pino negro, ó una cresta que desaparecen enseguida tras la niebla.

BRAND aparece moribundo y ensangrentado.

BRAND.—*(Deteniéndose y mirando en torno suyo).* Millares de hombres me seguían, y ni uno tuvo el valor de subir á las alturas. Los corazones ansían tiempos mejores; resuena en todas las almas un grito de guerra que las invita al combate. ¡Pero el sacrificio, el sacrificio las espanta! La voluntad se oculta, débil é indecisa. Porqué uno murió por todos, creen que se puede ser cobarde impunemente *(Se sienta en una piedra y echa á su alrededor miradas extraviadas).* Yo también he conocido el miedo. El terror erizaba mis cabellos, grité, aullé, como los niños cuando entran en el cuarto oscuro. Pero dominé mi espanto y mi corazón se calmó á la idea de que más allá respiraba la luz, que esas tinieblas no provenían ni del atardecer ni de la noche, sinó de que las ventanas estaban cerradas. Y pensé que, abriéndolas, penetraría la luz del sol, alegre y triunfante, en el cuarto

oscuro. ¡Ah! ¡Que decepción tan amarga! Fuera reinaba la noche profunda.. la noche envolviendo á los hombres, las mujeres y los niños. *(Se levanta de un salto).* Veo negros fantasmas cruzar los aires. semejantes á escuadrin infernal Han llegado nuevos tiempos, tiempos de tempestad que exigen obras de relámpago, tiempos en que el acero debe reemplazar al bastón ó se han de colgar las vainas vacías en la espalda. Y veo la cobardía en todo su horror, hombres que gritan, mujeres que se la mentan, oidos que se cierran á la oración y á los mandatos. Pálidos, escuchan el ruido del combate, y creen estar seguros porqué son impotentes. ¿Donde está el arco iris irradiando sobre el campo de Mayo, la bandera tricolor flotando en el asta, hendiendo los aires á los compases del himno nacional? ¿Para qué sirve ese bandera si el dragón no se atreve á enseñar los dientes? Un navío se encalla y ya enarbola el pabellón blanco, en señal de desgracia Pero aun vendrán tiempos peores; visiones más horribles alumbran siniestramente la noche del porvenir. La negra humareda de carbón inglés se abate en nube espesa sobre el país del que mancha el fresco verdor. Mesclada con miasmas pútridos, se arrastra, ahogando los gérmenes más nobles, velando los rayos del sol y cubriéndolo todo, como en otro tiempo la lluvia de ceniza sepultó á las ciudades malditas. La raza se ha convertido en perversa. Se oye el canto sordo de las gotas de agua, filtrándose en el laberinto de una mina en el fondo de la cual, con el alma y la espalda encorbadas, un grupo de pigmeos obreros trabajan sin descanso para librar al cautivo

del mineral, el oro resplandeciente y falaz que alumbra sus miradas de enanos ávidos. Están su alma sin voz, su boca sin sonrisa y sus corazones no sangran ante las desdichas de sus hermanos. Se les puede enterrar sin que el león se despierte. Esta raza solo se cuida de amontonar dinero. Los emisarios de la luz la han abandonado. A tal extremo ha venido á parar esta raza, olvidándose que es preciso *querer* siempre aunque no se pueda. Pero veo tiempos peores. Visiones más espantosas oscurecen la noche del porvenir. Levántase en el mundo el lobo de la razón vomitando burlas é injurias contra el sol del Verbo. Una voz de alarma llega hasta el Norte y á lo largo de los *fiords* ordena la resistencia. Pero el rostro húmedo del enano gesticula, reclina los dientes «¡Qué le importa!» chilla. Que otros pueblos resistan; nosotros no tenemos sangre que verter. No es tarea vuestra luchar por la verdad. No se vació por nosotros el cáliz de la amargura, no fué la frente del hombre, herida con la corona de espinas por nosotros, no penetró por nosotros la lanza romana en su costado, no fueron por nosotros atravesados con clavos sus pies y sus manos, no llevó por nosotros la cruz. Los azotes é insultos de Ashaverus arrojando su manto de púrpura sobre las espaldas del condenado: esta es nuestra parte de pasión. *(Se arroja sobre la nieve ocultándose la cara. Al cabo de un instante levanta la cabeza y mira)*. ¿He soñado? ¿Este es el despertar? Todo á mi alrededor es sombrío y nebuloso. ¿Cuanto he visto hasta hoy habrá sido solo una ilusión de mi espíritu enfermo? ¿Se ha borrado la imágen á semejanza de la cual se formó

el alma humana? ¿El espíritu primitivo ha sido vencido? *(Escuchando).* ¡Me parece oir un canto!

Coro invisible.—*(Mezclándose al rugido del huracán).* ¡Nunca, nunca te parecerás á él porqué fuiste creado en la carne. Sirve á su causa ó hazla traición; no por eso serás menos maldito!

Brand.—*(Oye estas palabras y dice en voz baja).* ¡Desgraciado! ¡Desgraciado de mi! ¿No es él quien, de pié en el centro del coro responde á mi pregunta con airado acento? ¿No es él quien todo me lo arrebatado, cerrándome el camino hacia la luz? ¿No me ha hecho combatir hasta el fin para llegar á una vergonzosa derrota?

El coro.—*(Resonando más fuerte por encima de él).* Gusano despreciable, nunca te parecerás á el. Has vaciado el cáliz de la muerte. ¡Sé fiel ó traidor, tu obra no estará por eso menos maldita!

Brand.—Inés, Alf, he cambiado la luz de la vida, el reposo y la paz por la lucha y el sufrimiento. He desgarriado mi pecho con el hierro del sacrificio pero nada ha vencido al dragón popular.

El coro.—*(Dulce y acariciador).* Nunca, soñador, te parecerás á él. Has perdido feudo y patrimonio pero tus sacrificios no te enriquecen. Has sido creador para vivir la vida de la tierra.

Brand.—*(Deshaciéndose en lágrimas).* ¡Oh Alf! ¡Oh Inés! ¡Volved á mí! ¡Ya me veis, solo encima de la cumbre desierta, azotado por el viento del Norte, asaltado por espectros, herido y ensangrentado! *(Levanta los ojos. Un punto luminoso se forma en la niebla, y aparece una figura de mujer vestida de blanco, con un manto sobre las espaldas: es Inés).*

La aparición.—*(Sonriendo y tendiéndole los brazos)*. ¡Aquí estoy, Brand!

Brand.—*Levantándose asombrado)*. ¿Qué veo? ¡Inés! ¡Inés!

La aparición.—¡Amigo mío! Todo esto no ha sido sinó fiebre y delirio. La niebla se disipa; la curación se acerca.

Brand.—¡Inés! ¡Inés! *(Precipitándose hacia ella)*.

La aparición.—*(Lanzando un grito)*. ¡Detente! ¡No te acerques! Hay un abismo entre nosotros. Debajo de mí, se desliza el torrente del *field*. *(Con dulzura)*. Ya no duermes; tu sueño ha terminado. No eres ya presa de fantasmas. Has estado enfermo, querido esposo. La locura te hizo beber su brevaje amargo. Soñaste que tu mujer te habia abandonado.

Brand.—¿Vives? Gracias á...

La aparicion —¡Psit! Ya las darás después. Ea, sigueme, nuestro tiempo está tasado.

Brand.—Y ¿Alf?

La aparicion.—Vive también.

Brand.—¡Vive!

La aparición.—¡Fuerte y sonrosado! Tus pensamientos no han sido más que sueño, tus combates, ilusión. Alf está con tu anciana madre. Esta vive como una santa y él crece. La antigua iglesia aun está en pié. Sí tu quieres, se puede demoler. Allí abajo, la gente del pueblo trabaja, y lucha como en sus buenos tiempos.

Brand.—¿En sus buenos tiempos?

La aparición.—Sí, cuando vivíamos en paz.

Brand.—¿En paz?

La aparición.—¡Oh! ¡Brand! ¡Apresúrate! ¡Ven pronto!

Brand.—¡Oh! ¡Sueño!

La aparición.—¡No! Ya no sueñes. Pero necesitas un refugio.
Brand.—Soy fuerte.
La aparición.—¡Oh! ¡Aún nó! ¡Otra vez se apodera de tí el horrible sueño! Quieres huir de mí y del niño. De nuevo se velará tu pensamieeto.... si no buscas el remedio.
Brand.—¡Dámelo!
La aparición.—Eres hombre. Búscalo. Nadie te lo puede dar.
Brand.—¡Dime cual es!
La aparición.—El anciano médico que ha leido tantos libros y que es la misma sabiduría, ha eescubierto la raiz de tu enfermedad. Tres palabras han evocado esos viles y pálidos fantasmas. Bórralas decididamente, arrójalas de tu memoria, arráncalas de las tablas de la ley. Ellas encadenaron la enfermedad en tí, y son el gérmen de tu locura.
Brand.—¡Dime cuales son!
La aparición.—*¡O todo ó nada!*
Brand.—*(Retrocediendo.)* ¿Es verdad?
La aparición.—Tan verdad como que vivo y que tú has de morir.
Brand.—¡Desgraciados de nosotros! ¡Contra nosotros la espada ha sido desenvainada de nuevo!
La aparición.—¡Piedad! ¡Brand! ¡Ven á mi en abrazo estrecho! ¡Tómame en tus brazos fuertes! Vamos á buscar el verano y el sol.
Brand.—El mal ha pasado. No volverá.
La aparición.—Sí, Brand, volverá. ¡Puedes estar seguro!
Brand.—*(Sacudiendo la cabeza.)* ¡No! ¡Está léjos de mí! ¡Le he arrrojado y ahora cesen ya las angustias del sueño! ¡Las de vida! ¡Comiencen las de vida!
La aparición.—¿Las de la vida?

BRAND.—¡Sígueme, Inés!

LA APARICIÓN.—Detente, Brand. ¿Qué quieres hacer?

BRAND —Mi deber. ¡Vivir lo que yo sólo había soñado, convertir en realidad lo que no era más que una apariencia!

LA APARICIÓN.—¡Es imposible! ¡Mira lo que te ha sucedido!

BRAND.—Comenzaré de nuevo.

LA APARICIÓN.—¿Qué? ¿Te lanzarías valerosamente, por tu propia voluntad, al espantoso galope que tu pesadilla engendraba?

BRAND.—Sí, valerosamente, por mi propia voluntad.

LA APARICIÓN.—¿Sacrificarías á tu hijo?

BAILE.—Si.

LA APARICIÓN.—¡Brand!

BRAND —¡Es necesario!

LA APARICION.—¿Desgarrarías mis galas, me arrancarías ensangrentada para golpearme con el azote del sacrificio?

BRAND.—¡Es necesario!

LA APARIGION.—¡Una noche obscura, sin resplandores, sin dia, sin que jamás se gustaran los frutos de la vida! ¡Sin un canto que conmueva y exalte! ¡Ah! ¡Y yo que sé tantos!

BRAND.—Es preciso. Tus ruegos son vanos.

LA APARICION.—¿Olvidas cual fué el precio del sacrificio? Sufrió nna decepción tu esperanza, y fuistes vendido y apedreado por aquellos á quienes querías libertar.

BRAND.—No sufro para mi provecho. No busco mi triunfo.

LA APARICION.—Combates por un pueblo que no sabe más que arrastrarse.

BRAND.—Necesito una antorcha que ilumine su camino.

La aparicion.—¡Ven! Ellos y su descendencia están condenados.

Brand.—La voluntad de uno solo puede obrar milagros.

La aparicion.—Acuérdate del ángel, que, armado con una espada de fuego, guarda la entrada del paraiso. Ante la puerta se abre un abismo que nunca podrás salvar.

Brand.—Pero deja abierto el camino del deseo eterno. *(La aparición desaparece tras un grande estruendo y luego la niebla se espesa. Se oye un grito agudo, resonante, como de alguien que huye, y se perciben estas palabras:)* ¡Muere! ¡No sirves para nada en el mundo!

Brand.—*(Después de un momento de asombro.)* El fantasma se ha hundido en la sombra por encima de los montes Sus grandes alas hienden los aires como las de un ave de rapiña. Me pedía el dedo pequeño para tomarse la mano entera. ¡Ah! ¡Le conozco! ¡Era el espíritu de compromiso!

Gerd.—*(Llegando con un fusil en la mano.)* ¡El buitre! ¿Has visto al buitre?

Brand.—Sí, esta vez le he visto.

Gerd.—Se ha escapado, pero vamos á perseguirle y alcanzarle.

Brand.—Ninguna arma puede herirle. Muchas veces parece que huye, herido de muerte, con un pedazo de plomo en el corazón, pero si vas á darle el golpe de gracia, le ves detrás de tí, más fiero que nunca, que te arrastra y te hiere de nuevo.

Gerd.—He robado el fusil del cazador de renos y le he cargado de acero y plata. ¡Ves! ¡No estoy tan loca como dicen!

Brand.—¡Que aciertes á lo que apuntas! *(Quiere irse.)*

Gerd.—¡Te arrastras, sacerdote! ¿Que te ha pasado?

BRAND.—¡El pueblo me ha herido!

GERD.—Hay algo de canto en tu voz. Ya no produce su ruido seco como el crugido de las hojas en otoño.

BRAND.—He sido...

GERD.—¿Qué?

BRAND.—Traicionado en todo y por todos.

GERD,—*(Mirándole.)* ¡Ah! Te reconozco al fin. Te tomaba por el sacerdote. ¡Tan miserable como los suyos! ¡No! ¡Tú eres el primero de todos: tú eres *el hombre!*

BRAND.—Tuve casi la locura de creerlo.

GERD.—Enséñame tus manos.

BRAND.—¿Mis manos?

GERD.—¡Las atravesaron los clavos! ¡Veo gotas de sangre en tus cabellos: te han hundido con crueldad las espinas en la frente! ¡Cierto! Tú has llevado el árbol de la cruz. ¡Cuando era pequeña, me hablaba mi padre de otro que llegaría con el tiempo! ¡Evidentemente se trataba de una fábula porque el salvador eres tú!

BRAND.—¡Retírate! ¡Vete!

GERD.—¿Quieres que me arroje á tus piés y te adore?

BRAND.—¡Te digo que te vayas!

GERD.—¿La sangre que derramas, no tiene el poder de salvar á todos los hombres?

BRAND.—No tengo ni una tabla de salvación para mi pobre alma que ha naufragado.

GERD.—¡Mátales! ¡Toma! ¡Este es mi fusil!

BRAND.—*(Sacudiendo la cabeza.)* Es la derrota la que debe quererse y buscarse.

GERD.—No. Tú no. Tú marchas delante de todos. Tu mano tiene la señal de los clavos. ¡Eres el elegido, el primero de todos!

BRAND.—Soy el último gusano de la tierra.

GERD.—*(Levanta los ojos. Las nubes se disipan.)* ¿Sabes en donde estás?

BRAND.—*(Mirando ante sí.)* En mi primer camino. La cuesta es áspera y mi pié sangra.

GERD.—*(Con extravío creciente.)* ¡Respóndeme! ¿Sabes donde estás?

BRAND.—Sí, la niebla se disipa.

GERD.—Se ha disipado ya, y aquí está el Pico Negro que se levanta hasta el cielo.

BRAND.—*(Mirando.)* ¿El Pico Negro? ¿La Iglesia de hielo?

GERD.—Sí, estás entre los fieles.

BRAND.—¡Huyamos lejos de aquí! ¡Oh! ¡Tengo sed de luz, de sol, de dulzura! ¡La paz! ¡Una paz inalterable de iglesia! ¿Cuándo conoceré yo el verano de la vida? *(Vierte lágrimas.)* ¡Jesús! He invocado tu nombre y nunca me has abierto los brazos. Te has deslizado cerca de mí, y has desaparecido como desaparece el sentido de una palabra que no se usa. ¡Déjame que alcance el manto de salvación! ¡Dame nada más que un pan, una migaja solamente y una gota del vino de la vida!

GERD.—*(Pálida.)* ¿Quién eres? ¿Lloras? ¿Tú? ¡Lágrimas tan ardientes que se evaporan en tus mejillas, tan ardientes que el sudario de escarcha se funde y resbala desde lo alto de las crestas y los picos, tan ardientes que mi pensamiento se deshiela y llora también, tan ardientes que la capa pluvial se cae de las espaldas del sacerdote de hielo! *(Extremeciéndose.)* ¡Hombre, tú no has llorado hasta hoy.

BRAND.—*(Cuya mirada se ilumina y resplandece.)* Al principio el invierno de la ley y después el sol del estío, enviado por el cielo. Hasta hoy he sido la tabla de piedra en que ha escrito el Señor. Desde hoy el poema de mi vida se deslizará bello y ardien-

te: el hielo cede: lloro; mis rodillas se doblan y puedo rezar. *(Cae de rodillas.)*

GERD.—*(Mira al aire y dice tímidamente en voz baja.)* ¡Espera! ¿Le vés al mónstruo? Él produce esta sombra. ¡Está allí, sobre el pico, al que azota con sus alas! ¡Ah! ¡Esta es la hora de la libertad, por poco que acierte yo y que reciba él la carga de plata! *(Apunta y tira. Un ruido como el de un trueno repercute en lo alto del muro de hielo.)*

BRAND.—*(Saltando.)* ¡Ah! ¿Qué haces?

GERD.—¡Tocado! Vacila y cae. ¡Mírale como cae! Oye sus gritos. Toda la montaña retiembla. ¡Y estos miles de plumas que caen desde la cima! ¡Mira que blanco y que grande es! ¡Ah! Va á rodar hasta aquí.

BRAND.—*(Dejándose caer.)* ¡Cada raza envía uno de sus hijos á la muerte para que expíe los crímenes de todos!

GERD.—La bóveda del cielo se extiende diez veces más desde que ha caido Mira. Cae. Rueda. ¡Ah! ¡Mis angustias han terminado! ¡Qué blanco es! ¡Como una paloma! *(Lanzando un grito de espanto.)* ¡Qué ruido! ¡Qué ruido terrible! *(Se echa boca abajo.)*

BRAND.—*(Revolcándose, mientras el alud avanza impetuoso.)* Respóndeme, Dios mío, á la hora en que la muerte se apodera de mí: ¿basta toda la voluntad de un hombre para comprar una partícula de salud? *(Desaparece arrastrado por el alud que llena toda la cañada.)*

UNA VOZ.—*(Dominando el estrépito.)* ¡Dios es caridad!

FIN.

TEATRO ANTIGUO Y MODERNO

Colección económica de las mejores obras dramáticas

I—*Ibsen.*—HALVARD SOLNESS.
II— » —HEDDA GABLER.
III — » — LOS PUNTALES DE LA SOCIEDAD.
IV — » —UN ENEMIGO DEL PUEBLO.
V—*Strindberg.*—LA SEÑORITA JULIA.
VI—*Shakespeare.*—HAMLET.
VII—*Ibsen.* CASA DE MUÑECA.
VIII— » — LA UNIÓN DE LOS JÓVENES.
IX—*Balzac.*—LUCHA ETERNA.
X *Ibsen.*—BRAND.

EN PRENSA

XI—*Ibsen.* - EL PATO SILVESTRE.



